

BOLSILIBROS  
BRUGUERA

 SERIE  
**PUNTO  
ROJO**

# como una araña

**cliff bradley**





COLECCION

# PUNTO ROJO







CLIFF BRADLEY

## COMO UNA ARAÑA

Colección PUNTO ROJO n.º 438  
Publicación semanal  
Aparece los SABADOS



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES  
- CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO





*Depósito Legal B, 29.155 - 1970*

*Impreso en España - Printed in Spain*

*1. edición: setiembre, 1970*

© CLIFF BRADLEY - 1970  
*sobre la parte literaria*

© JORGE NUÑEZ - 1970  
*sobre la cubierta*

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970



## CAPÍTULO PRIMERO

Aquel pescador no se diferenciaba en nada de los demás pescadores deportivos del lago. Podía tener cualquier edad alrededor de los cuarenta años, manteníase físicamente en forma, sus cabellos habían comenzado a agrisarse y clarear, vestía ropas bastante usadas y se tocaba con un viejo sombrero de fieltro. Al igual que otros días, había llegado en su pequeño automóvil hasta cerca de la orilla, lo metió en el prado y debajo de un castaño frondoso, sacó del vehículo sus trebejos de pesca y caminó el escaso centenar de metros hasta el borde del agua sin ninguna prisa. Una vez allí, buscó su puesto favorito, una roca negruzca semejante al lomo de un hipopótamo que se adentraba en el agua tranquila, alistó la caña, sentóse en el pequeño taburete de lona y se dedicó a su afición pacífica y sedentaria tras encender su pipa y acomodársela entre los dientes.

Aproximadamente una hora llevaría el pescador en su apacible tarea cuando le mordió el anzuelo un sollo de buen tamaño. Había que trabajar un poco para sacarlo del agua y el pescador se puso en pie.

Por el lago ya evolucionaban las embarcaciones deportivas de todo tipo. Ahora una de ellas, una canoa con motor fuera borda y tirando de un esquiador náutico, acercóse, rauda y estruendosa, hasta cosa de cincuenta metros de la orilla.

Pareció que de pronto el pescador se enfadaba con los de la canoa, pues se irguió cuán alto era y una de sus manos, soltando la caña, dio la impresión de extenderse hacia ellos en gesto irritado. Pero acto seguido el pescador cayó al agua de una forma rara...

Había otros pescadores relativamente cerca, gente apacible y a quienes tampoco gustaban aquellos niños bonitos de las motoras que les espantaban a los peces con sus alardes deportivo-circenses; de ahí que su atención se centrara también en los de la canoa

aquella y sólo un par de ellos captaran la caída de su compañero de afición. Al pronto creyeron que había perdido el equilibrio, dándose un chapuzón inesperado.

La canoa y su seguidor se alejaron raudos e indiferentes. El oleaje por ellos levantado se acercó a la costa y rompió sin fuerza allí, por fin, retomando más despacio lago adentro.

Entonces resurgió el pescador a la superficie. Estaba boca abajo y tenía ambos brazos abiertos, no del todo, las piernas un poco, también. La suya era una siniestra quietud que quedó remarcada cuando las límpidas y azules aguas se fueron tiñendo lentamente de rojo... del rojo sangriento que brotaba de un punto situado más o menos a quince centímetros más abajo de donde se juntaban el cuello y el hombro.

Fue entonces cuando los otros pescadores notaron algo extraño. Primero uno, luego otro, miraron con recelo y alarma. Luego uno tiró su caña y corrió hacia la roca, otro le imitó...

Los dos que primero llegaron tiráronse precipitadamente de la roca en sendas zambullidas, mientras ya venían otros tres más a toda prisa, alertados por sus gritos de alarma. El primero que alcanzó al hombre que flotaba inmóvil descubrió la verdad y gritó nerviosamente al otro que ya se acercaba:

—¡Está muerto! ¡Le han disparado un tiro...!

La policía llegó a aquel lugar escasamente cuarenta minutos más tarde. Ya se había congregado allí un grupo bastante nutrido de gentes, abundando los pescadores y algunos habitantes de los chalets cercanos, algún campesino, algún tipo de paso... Evidentemente habían estado haciendo cábalas sobre lo sucedido. Un gendarme del servicio de carreteras estaba montando guardia junto al cadáver, que había sido cubierto provisionalmente con una manta vieja traída de un chalet cercano.

Los policías eran tres, dos agentes y un inspector, éste de edad mediana y bruscos modales. Primero escucharon lo que tenían que contarles los nerviosos pescadores, luego el inspector examinó al cadáver mientras sus ayudantes mantenían, con el gendarme de carreteras, separados a los curiosos. Naturalmente, se realizó todo el trabajo rutinario que las circunstancias requerían.

—Marcel Bonnard, nacido en París en 1924. Viudo, sin hijos, comerciante, domiciliado en Marsella, rue Piquevin, 42. Desde hace

cuatro meses tenía alquilado un pequeño «cottage» en las afueras de Iverdon. Según la mujer que se lo limpiaba, se había retirado de los negocios a causa de una lesión cardíaca. Pero sospecho que todo es una pantalla.

El comisario de policía de Iverdon frunció el entrecejo ante la afirmación de su subordinado.

—¿Qué se lo hace suponer?

—Todo. Para comenzar, el modo cómo ha sido asesinado. El proyectil le penetró por la espalda y le salió por el pecho, luego no provino, como en un principio pareció y creyeron quienes le vieron caer al agua, de la canoa a motor que en aquellos momentos pasó a lo largo de la costa y a corta distancia de la misma. Personalmente me inclino a suponer que le dispararon con un rifle provisto de mira telescópica. La autopsia nos dirá si estoy engañado.

—¿Y para qué tenían que asesinar a un tipo así, según usted?

—Verá, sólo he tenido tiempo de realizar unas pocas investigaciones. Pero me dan un Marcel Bonnard muy extraño. ¿Qué opinaría usted de un pequeño comerciante francés, viudo y aficionado a la pesca, con una presunta lesión cardíaca, que guardara ocultos bajo llave aparatos tensores de gimnasia, una pistola «Beretta» especial del nueve largo con tres cargadores de repuesto, gemelos de campaña del tipo de los usados por el Ejército y un radiotransmisor portátil?

—¿Todo eso?

—Más. Tenía una formidable colección de discos estereofónicos de música clásica, con un aparato que yo no puedo costearme, de alta fidelidad, alemán, y una no menos formidable colección de películas de ocho milímetros con filmes «de arte» de esos que se producen sobre todo en Escandinavia y el Japón, capaces de hacer estallar el corazón mejor templado. También un montón de libros de política, economía, sociología y psicología, encuadernados en tapas con títulos de obras de literatura deleznable o simplemente remanida, vulgar. Esos textos están por lo menos en tres idiomas. En cambio nada, absolutamente nada, que pueda informarnos acerca del nombre Marcel Bonnard; ni fotografías familiares, ni correspondencia de ninguna clase, ni objetos personales de éstos a que son tan aficionados los franceses de las clases medias... Y otra cosa, ese hombre se había hecho cambiar la cara, noté señales de

cirugía plástica.

—Muy interesante... ¿Cree que debemos poner el caso en manos de la policía federal?

—Podemos esperar el resultado de la autopsia. Collon y Sprengmann están haciendo todo cuanto pueden, yo también. Pero recelo que nosotros solos no vamos a poder resolver este caso.

El comisario estaba comenzando a sospechar lo mismo. De todos modos esperó a conocer el informe del forense y también a tener más datos de la víctima.

Uno y otros tardaron poco en obrar en su poder.

—Le dispararon desde por lo menos medio kilómetro de distancia, tal vez uno, con un rifle de los empleados para caza mayor, seguramente provisto de mira telescópica, y usando proyectil blindado. El asesino es un excelente tirador, le metió la bala justo donde el impacto debía ser mortal de necesidad, pasando entre las dos costillas y atravesando limpiamente el pulmón y el corazón, con grandes destrozos que provocaron la muerte instantánea... No he encontrado ningún vestigio de lesión cardíaca, a no ser que el proyectil los haya hecho desaparecer, cosa que dudo mucho. En cambio tenía una avanzada cirrosis hepática... Sí, le había sido practicada una operación de cirugía facial, le habían cambiado la forma de la nariz y le subieron algo los párpados, también el maxilar inferior está transformado...

Desde Marsella llegó por teletipo la respuesta de la policía francesa.

«Marcel Bonnard, efectivamente, tuvo un comercio de pescadería en esta ciudad durante diez años, era viudo y sin hijos. Hace once meses vendió su negocio y dijo que regresaba a París, a raíz del fallecimiento de su esposa. Hombre bastante rudo de modales, buen bebedor, de escasa cultura...».

—Ya no caben dudas, el individuo asesinado esta mañana y el verdadero Marcel Bonnard son dos personas distintas. Evidentemente el primero se apropió la identidad del segundo por alguna razón de importancia.

—Tal vez la misma clase de razones que han hecho a otro venir a matarlo aquí de esa manera. Hemos calculado que el disparo fue

hecho desde un punto en la ladera del monte, único que podía escoger un tirador para matar a nuestro hombre precisamente en ese lugar. Se trata de un rellano, al pie de un frondoso abeto, a tal altura que el asesino podía ver la roca entre las copas de los árboles que crecen en las cercanías de la orilla. Nadie, que no mirase allí especialmente, podría por otra parte descubrir a un tirador. El lugar está lo bastante aislado de viviendas u otras edificaciones, no hay tampoco un sendero especialmente válido para llegar hasta allí ni motivos que pudieran llevar a nadie a las cercanías, aparte de que en tal caso serían descubiertos, al subir, por el que se encontrara apostado.

—¿Encontraron algo?

—Desgraciadamente, el cine, la televisión y las novelas han enseñado mucho a los criminales. El asesino recogió el cartucho gastado, no dejó cigarrillos a medio consumir, ni prácticamente ningún otro rastro de su estancia allí, salvo las huellas de unas botas claveteadas, de éstas tan comunes entre cazadores, alpinistas o simples excursionistas de montaña. Hemos rastreado todo el terreno circundante sin ningún éxito.

—Alguien debió verle, a tal hora siempre suele haber gente por los prados y en los jardines privados...

—Seguro. Tenemos cinco descripciones del presunto asesino.

—¿Y...?

—Cada una de ellas difiere sustancialmente de las otras en lo importante, o sea la descripción física. Coinciden en un hombre trajeado como más o menos suelen andar la inmensa mayoría de los paseantes de montaña que llegan a disfrutar de ella unas horas desde la ciudad. Hay un dato que podría ser valioso.

—¿Cuál?

—Una mujer afirma haber visto llegar casi dos horas antes de la del asesinato a un individuo trajeado de excursionista o cazador, que llevaba un maletín negro, estrecho y alargado. Llegó en un coche utilitario de marca inglesa pintado de gris, dejó el vehículo cerca de su casa, pero fuera de la carretera y siguió a pie por la montaña. No habían transcurrido veinte minutos desde el momento del asesinato cuando esa misma mujer vio retornar al mismo individuo, con cierta premura, meterse en su coche y marcharse hacia Iverdon. Ella es de esas mujeres observadoras, curiosas y

charlatanas. Le ha calculado unos treinta años al tal individuo, pero no pudo precisar sus facciones, aunque cree que tenía el pelo oscuro.

—¿Y...?

—Nadie en sus cabales, proponiéndose matar a un hombre, andaría a media mañana por una ladera bastante concurrida de excursionistas y cercana a una zona relativamente poblada de chalets con un rifle provisto de mira telescópica. Pero un excursionista con un maletín donde bien pudiera llevar algunas provisiones no llamaría la atención. Y creo que nuestro hombre usó uno de esos modernos rifles especiales de largo alcance, desmontables, que pueden llevarse dentro de un pequeño maletín, montarse en cinco minutos y desmontarse en menos tiempo. Si también usó un silenciador, prácticamente pudo realizar su trabajo con absoluta tranquilidad e impunidad...

## CAPÍTULO II

Roger Gaillard tenía dos vidas. Así dicho no parece nada especial, puesto que muchos hombres y mujeres las tienen y muchísimos más sueñan con tenerlas. Pero en su caso resultaba interesante porque una de tales vidas tenía mucho que ver con los Servicios Especiales de su país.

Tener dos vidas siempre es una fuente de complicaciones imprevistas y obliga a estar muy alerta. Si en una de ellas uno es agente secreto...

Por eso ahora Roger Gaillard había debido abandonar intempestivamente su agradable competición deportiva, alegando una inoportuna lesión, tomar de inmediato el avión y presentarse a hora poco usual en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

No hay nadie tan conservador como un alto funcionario, salvo un alto funcionario de los Servicios Secretos. En las divertidas historias de la televisión, el cine y la literatura, tales personajes suelen ser de lo más estrambóticos y detonantes, o sea la antítesis del «secreto». En la realidad, no se diferencian en nada del más gris de los burócratas y ponen mucho empeño en no diferenciarse. La «regla de oro» de todo buen profesional consiste, precisamente, en no llamar nunca la atención.

El propio Gaillard sólo la llamaba a las mujeres y por su físico. Vestía con adecuada pulcritud casi siempre, sus atuendos deportivos eran relativamente conservadores, no solía vérselo jamás acompañado por beldades de campeonato, no le gustaba apostar a ninguna clase de juegos de azar y sus aficiones eran de lo más ortodoxas y normales. Incluso tenía padres conocidos, muy respetables, dos hermanas bien casadas y un lote de sobrinos. Oficialmente era un tipo con excelente salud, alegre sin detonar, correcto, buen deportista, sobrio bebedor, no menos sobrio amador, un poco tacaño, dispuesto a ayudar a un amigo siempre y cuando

no le costara dinero, célibe por convicción y vocación, licenciado en Química y Medicina, pero sin ejercer porque poseía medios de fortuna discretamente suficientes para cubrir sus gastos...

Ni siquiera sus más íntimos, ni aún su propia madre y, desde luego, no sus hermanas o sus amigas, sospechaban su segunda vida, la de agente secreto. Eso lo sabía únicamente su padre, por razones lógicas.

Ahora llegó al Ministerio y entró en el despacho de su jefe, el coronel retirado De Fayolles, sin llamar la atención. De hecho, el coronel De Fayolles aparecía en la nómina del Ministerio como jefe de la Sección «K» del Departamento de Coordinación y Planificación de Inversiones en el Extranjero, uno de tantísimos como en una bien organizada burocracia diluyen el trabajo y los dineros del presupuesto. La Sección «K», en efecto, se ocupaba de ciertas inversiones en el Extranjero.

—Siéntese Gaillard. Espero no haberle estropeado sus vacaciones.

—Lamento que no fuera así. Estaba venciendo en mi tercer partido del Torneo de tenis no profesional de Cap Richard e iba a pasar a la semifinal, con muchas posibilidades de ganar, lo cual habría significado una hermosa copa de plata sobredorada y cierta notoriedad entre las damas de la colonia de vacaciones de primavera.

—Algo desolador. Va a marchar a Suiza, concretamente a Iverdon, inmediatamente.

—¿Razones?

Leyó lo que le tendía su jefe, incluida la información de un periódico de Lausana y la de otro de Ginebra, y miró al coronel.

—¿Uno de nuestros hombres?

—No. ¿Ha oído hablar de Julio Augusto Morães?

Gaillard frunció el entrecejo.

—¿Es él?

—Sí. Habíamos conseguido, o al menos así lo creíamos, ocultarlo con eficacia. Cambió el rostro, se le dio una nueva personalidad... Suiza era el último lugar donde podían pensar en buscarlo, bajo la apariencia de un apacible y anodino comerciante francés, viudo sin hijos y con una lesión cardíaca, que se había retirado a un rincón tranquilo para descansar. Durante varios meses no pudimos detectar

ningún síntoma de que alguien hubiera descubierto su nueva identidad y su refugio, por eso decidimos retirar la vigilancia y protección...

—¿Cuándo lo hicieron?

—Hace cinco días. Han tardado justas setenta y dos horas en matarlo. Y lo han hecho con absoluta limpieza.

Roger Gaillard escuchó la historia fumando despacio, con expresión casi aburrida. En realidad su cerebro estaba no sólo recogiendo y reteniendo la información en todos sus detalles, sino recordando otras muchas cosas, todas referentes al tal Julio Augusto Morâes.

—Así que el general se salió con la suya...

—Existe la posibilidad de que haya un informador aquí mismo, en el Ministerio. Sólo así puede comprenderse lo ocurrido.

—¿Tengo que localizarlo?

—De eso se van a encargar otros. Para usted la tarea será cazar al asesino, conseguir su conexión con el general Fragoso y traemos pruebas suficientes para presentárselas al Gobierno de su país.

—¿Y de qué va a servir todo eso? Fragoso es demasiado conocido por sus métodos, todos sabían que Morâes era hombre muerto desde el punto y hora en que se le enfrentó, provocando su derrocamiento y posterior exilio. Ese pequeño Napoleón es tan sanguinario como todos los pequeños Napoleones. Además, cuenta en su propia patria con un poderoso núcleo de seguidores...

—Ése es el juego. Sabemos que Fragoso prepara una buena revolución, la vuelta a su país y la reconquista del poder por la violencia. Si lo consigue, Francia puede despedirse de las concesiones y los privilegios comerciales que el actual Gobierno de su país nos ha facilitado. Necesitamos el titanio y ferguson de Esperanza para nuestros programas nucleares y Fragoso se lo ha prometido a ciertos grandes amigos nuestros a cambio de su ayuda para recuperar el poder. Sólo que nuestros grandes amigos no pueden hacerlo de modo descarado, pues deberían enfrentarse con la potente opinión liberal de su propio país, ya soliviantada cuando Fragoso hizo asesinar a aquellos jóvenes «líderes» universitarios y ametrallar a los obreros en huelga.

Gaillard esbozó una fina sonrisa.

—Siempre me pregunto qué es mayor, si la dosis de cinismo o la

de hipocresía, en estas salvajes partidas entre «grandes y antiguos amigos» por el dominio de las fuentes del poder.

—No es de nuestra incumbencia, Gaillard. Somos soldados en un frente subterráneo, brutalmente despiadado, pero necesario de sostener por el bien de la patria...

—Connigo puede dejarse de latiguillos, coronel. Al grano. ¿Cuál es el plan, concretamente? Porque Morães ya está muerto...

—Pero a Fragoso le interesa muy poco que su muerte sea proclamada. En estos momentos es lo que menos le interesa, y que puedan conectarlo de algún modo con ella. Tiene muy adelantados sus preparativos para asaltar el poder, pero aún le falta completar algunos puntos esenciales.

—Comienzo a entender. Yo debo ser la avispa que le pique en la nariz en el momento más inoportuno.

—Exacto. Si Fragoso sabe que hemos conseguido pruebas fehacientes de que envió a un asesino contra Morães, y que nos proponemos presentarlas de modo público, por intermediarios, naturalmente, haciendo de modo que el Gobierno suizo pida su extradición, bloquee sus cuentas bancarias y todo lo demás, tendrá que arriesgar el todo por el todo sin contar con el apoyo seguro de quien usted y yo sabemos.

—Son demasiado prudentes últimamente, sí...

—Así es. El Gobierno de Esperanza conoce todos los detalles principales del plan de insurrección, pero no podría probablemente hacerle frente con éxito si nuestros queridos y antiguos amigos volcaran el peso de su financiación y sus presiones de toda índole en favor de Fragoso. En cambio, si éste comete el error de atacar a destiempo, antes de haber anudado plenamente todos los hilos de su conjura...

—Fracasará, porque son muchos más sus enemigos que sus amigos dentro de su país. Y hasta cabe la posibilidad de que en el calor de la pelea...

—Alguien temeroso de que pueda volver a escabullirse se convierta «de motu proprio» en juez y ajusticiador, en efecto. Con lo cual Esperanza entrará en el camino de la paz y el progreso...

—Contando con la generosa ayuda de nuestro país, tan dispuesto siempre a proteger la libertad, la democracia y demás bellos mitos... Ya veo volcarse a nuestros financieros y grandes

negociantes en esa hermosa y desinteresada ayuda.

—Deje sus sarcasmos.

—Usted manda. Llego a Iverdon. ¿Qué hago?

—Alójese en el Aubergue du Lac. Alguien entrará en contacto con usted inmediatamente...

—¿No de los nuestros?

—No. El Gobierno de Esperanza ha enviado a uno de sus mejores agentes especiales para que colabore con nosotros en esta tarea. Parece ser que se trata de alguien que puede no sólo introducirle a usted sin despertar sospechas en el círculo íntimo de Fragoso, sino que en caso necesario le será de muchísima ayuda.

Gaillard hizo una mueca.

—No desestimaré la valía de ese colega, coronel, pero ¿no podría trabajar solo, como otras veces?

—Esta vez lo hará en colaboración. Su castellano es excelente, no ha de tener problemas con ese hombre.

—Eso sí, debe eludir roces y motivos de competencia profesional, sea humilde.

—Seré un San Francisco.

—Sea también muy prudente. Podría ocurrir que nuestro hombre de Esperanza resultara a la postre estar jugando a dos paños y me disgustaría mucho tener que borrar su nombre de la lista de mis colaboradores en activo.

—Imagínese cuál iba a ser en tal caso mi disgusto, coronel. ¿Algo más?

—Ahí tiene todo lo que hemos podido reunir sobre el caso. Estudiéelo a fondo, memorícelo y destrúyalo, son meras copias. Una cosa, el agente de Esperanza llevará un ejemplar de *Le Monde* en la mano izquierda, un «foulard» verde al cuello y le preguntará, en francés, naturalmente, si conoce la mejor ocasión de visitar las ruinas del castillo de Maisonvielle...

### CAPÍTULO III

—«Pardon, *Monsieur*». ¿Por casualidad podría usted decirme cuál es la mejor ocasión para visitar las ruinas del castillo de Maisonvielle?

Gaillard había esperado muchas cosas; muchas menos ésta. Tan era así que tardó casi un cuarto de segundo en reaccionar.

—¡Oh, sí, sí, claro...! Las ruinas del castillo de Maisonvielle... Según afirmaba mi abuelo, la mejor ocasión era llevando al lado a una bella mujer...

Ella estaba mirándole con una expresión divertida en los ojos negros y chispeantes. Sin lugar a dudas había advertido su reacción.

—Y yo, desde luego, disto mucho de ser una bella mujer, ¿verdad, señor Gaillard? Sea sincero, estoy muy habituada.

Ni siquiera el mayor de los exagerados podría ciertamente considerar bello a aquel ejemplar femenino. Incluso un Robinson que hubiera pasado varios años en una isla desierta, siendo de toda su vida un apasionado de las mujeres, encontraría serias dificultades para apasionarse con aquélla, demontres.

Alta y, más que flaca lisa por delante y por atrás, puros huesos, las piernas como de historieta cómica, los pies enormes, rodillas de jamelgo, un gaznate larguísimo donde la nuez semejava un ascensor fluctuante al compás de la voz y el trasegar saliva, cara caballuna, una boca casi de oreja a oreja, nariz ganchuda, cejas hombrunas, ojos pequeños y negrísimos, la frente estrecha y grande la mandíbula, los dientes acomodados a la boca, los pómulos altos y salientes... Sólo había dos cosas cuya belleza resultaba de asombro por hallarse donde se hallaban; un cabello negro, brillante, espeso y largo en melena hasta media espalda, decididamente bien cuidado, y una piel tersa, finísima, sin mácula. Entre los treinta y los cuarenta años, cualquier edad veníale bien a aquel ejemplar femenino.

Las ropas eran horribles, pero no se sabía si por sí mismas o por la «percha». Y «aquello» era un agente secreto... ¿Qué idea tenían de los agentes secretos en Esperanza?

—Pues... la verdad... Creí... esperaba... a un hombre...

—Aunque no lo parezca, soy mujer. Y créame, muy femenina. Mi nombre es Dora Vásquez. Tendrá que acostumbrarse a mí.

Por lo menos, ella parecía tener sentido del humor... Gaillard se repuso rápidamente y estrechó la mano larga, huesuda y cuidada, con uñas recortadas casi a estilo masculino. Notó que ella olía a buen perfume francés. Una mujer... Y qué mujer...

«Aquí quisiera ver yo a todos esos idiotas que creen verdaderamente las aventuras de los James Bond...».

—Supongo que cuando su Gobierno la ha escogido...

—Será porque confían en mí. Confío en que antes de terminar con esta misión usted también habrá cambiado de opinión con respecto a mis capacidades, señor Gaillard. ¿Me da fuego?

Gaillard se lo dio mientras pensaba, con una irritación creciente, en lo que le esperaba. No era un donjuán, ni mucho menos; pero caramba, tener que trabajar con semejante espantapájaros...

Dora Vásquez abrió su boca de batracio en una sonrisa que le apretaba alrededor de los ojos un semicírculo de finas arrugas y que, lo captó Gaillard con sorpresa, hacía hasta atractivo su feo rostro.

—Mi absoluta carencia de atractivos físicos para los hombres me permite actuar con absoluta tranquilidad en tal aspecto. Y comoquiera que ellos tienen una curiosa tendencia a catalogarme como una fea, desgarbada, tímida y tonta, y sobre todo, solterona, no se imagina la cantidad de ventajas que esa actitud casi general me reporta.

Eso podía ser cierto. Gaillard sacó de donde pudo una sonrisa cortés. Después de todo, no iban a un crucero de placer, sino a una partida mortal... Y aquel adefesio tenía la voz cálida, bonita.

—Creo que sería estúpido por mi parte intentar ahora una rectificación galante, ¿verdad? E inútil...

—Del todo inútil. Hace muchísimo tiempo que estoy resignada a ser como soy y a provocar una reacción desoladora a los hombres. Créame, no tengo vanidad ni amor propio en ese aspecto. Ni en muchos otros.

Menos mal... Gaillard trató de arreglarlo lo mejor posible.

—¿Le apetece un trago de algo reconfortante?

—Usted lo necesita más que yo. Vamos a tomarlo.

Sentáronse en un extremo de la terraza del bar del hotel. La vista sobre el lago era espléndida en la hermosa mañana primaveral, y había mucha animación, tanto en el lago como en el mismo hotel. No dejaron de mirarse...

—Me van a envidiar mucho la pareja, mientras que se preguntarán, compadeciéndole, de qué circo, o parque zoológico, me sacó —comentó Dora Vásquez con aquella alacridad automortificante que parecía serle característica. Poco a poco iba Gaillard cambiando su primera impresión.

—No creo eso. Hay muchas mujeres feas y desgarbadas en el mundo.

—Gracias por su actitud, es tranquilizadora. ¿Sabe que probablemente tengamos cerca a alguno de los esbirros de Fragoso?

Eso relegaba cualquier otro tema a un rincón. Gaillard asintió:

—Lo supongo. ¿Identificó a alguno?

—Aún no. En realidad acabo de llegar, procedente de España. En mi país saben que soy una estrambótica mujer con suficiente dinero para no tener que depender de nadie. Se comenta que soy tan fea y desangelada que puedo permitirme todos los lujos de un hombre sin correr ninguno de los riesgos de una mujer y que por eso prefiero Europa, ya que aquí son posibles todos los extravíos. De ahí que cuando ciertos de mis compatriotas me descubran acompañada por usted no se imaginarán la verdad.

—Tengo entendido que el general Fragoso posee un servicio de información eficientísimo.

—Lo tiene. Y sabe perfectamente que yo lo detesto. Por lo mismo que lo sabe se comportará con nosotros muy bien.

—La veo muy convencida. ¿Cómo se propone conseguirlo?

—Del modo más sencillo. Yo le presentaré a usted como un antiguo y excelente amigo, bastará para que pueda entrar en su casa abiertamente.

—¿Sí?

—Mi segundo apellido es Fragoso. El general es primo hermano de mi madre.

Aquello era algo inesperado. Gaillard respiró hondo y se dijo

que la situación iba caldeándose rápidamente.

—Diablos, eso es interesante...

—Se está preguntando cómo siendo así soy una agente al servicio del actual Gobierno de mi país y cómo, siéndolo, el general lo ignora. Usted no conoce la mentalidad del general Fragoso, Gaillard; ni usted ni muchos más, incluidos algunos de los que hoy gobiernan en mi país. Es un inmenso ególatra con una negra alma de asesino y una absurda, casi increíble, mesiánica, confianza en su estrella y su destino. Es retorcido, astuto, frío, cauteloso y falso, jamás se fió de nadie. Su gran habilidad, cuando estuvo en el poder, consistió en manejar a los distintos grupos de fuerzas que lo auparon al mismo, cada cual creyendo que iba a proteger sus intereses particulares, enfrentarlos, hacer que cada grupo, cada oligarquía, llegara a admitir como dogma el que sólo mientras permaneciera él arriba, ellos podrían medrar a su sombra y si él fallaba ellos pagarían con sus cabezas. Así logró sostenerse, así y con el empleo de un terror salvaje, frío, calculado, que no sólo dirigió contra sus enemigos políticos, sino también contra sus mismos colaboradores, no permitiendo que ninguno de ellos sobresaliera, antes bien escogiendo a las más ineptas medianías, a los hombres de menos relevancia personal, carentes de inteligencia, personalidad y empuje, pero, eso sí, fieles a su persona con la fidelidad de los abyectos para los cargos importantes. A sus incondicionales se lo permitió todo, excepto que actuaran con independencia. La mayoría se enriquecieron mucho y muy aprisa, pero alguno hubo que descubrió su verdadera calidad de hombre y, tras apoyarlo en un principio con fervor, desengañado y enfurecido por su traición trató de desenmascararlo. Ésos, todos, sin excepción, murieron con horribles y silenciosas muertes.

Se le había enronquecido y calentado la voz, que cobró un poder de sugestión extraño. Gaillard la escuchaba con sumo interés.

—Toda esa historia la conozco muy bien, señorita Vásquez. Tenemos información muy completa de las hazañas del general.

—Pero no le ha dicho nada mi apellido.

—¿Tendría que decírmelo?

—Mi padre era el general Héctor Miguel Vásquez, comandante en jefe de la guarnición de Puerto Alcázar cuando Fragoso tomó el poder.

Ahora Gaillard no evitó un respingo y una sensación de ser incompetente al máximo. ¿Cómo pudo pasársele por alto? El general Héctor Miguel Vásquez, uno de los militares más prestigiosos de Esperanza, un soldado liberal y apolítico, educado en academias militares europeas, historiador militar, ministro de Defensa en un gabinete de signo liberal, había dimitido al convertirse el movimiento reformador que apoyara años antes en el clásico enjuague de oligarcas conchabados con poderosos intereses económicos anglosajones. Le dieron mandos militares importantes porque tenía prestigio entre los jóvenes oficiales y los intelectuales, los universitarios... Y cuando Fragoso, con otros militares llenos de ambición y otros oligarcas, otros grupos de presión cuyos intereses estaban siendo perjudicados por quienes gobernaban en una aparente democracia, se sublevaron, fue quien decidió la situación al mando de la potente guarnición de la base naval-militar de Puerto Alcázar. Fragoso pagó su apoyo con el Ministerio de Defensa. Y luego, pocos meses más tarde, el general Vásquez murió al disparársele accidentalmente la metralleta a un suboficial durante unas maniobras.

—Aquel sargento era meramente un asesino a sueldo de Fragoso. Recibió el encargo y lo estuvieron entrenando cuidadosamente. Mi padre se había desengañado de la persona e intenciones de Fragoso, le había advertido claramente que no le permitiría alzarse con la dictadura y continuar con aquella oleada de terror y de crímenes, llegó a amenazarle con derrocarlo por la fuerza. Mi padre era un idealista y un imprudente. Fragoso dio la orden de matarlo y todo se preparó convenientemente en aquellas maniobras. El coronel Galiano, que luego fue durante años jefe de la policía secreta, y el siniestro capitán Algarra, cuyo nombre aún usan las madres para asustar a sus hijos en mi patria, se encargaron de conducir a mi padre al punto exacto donde debía suceder el accidente. Todo fue muy sencillo para los asesinos, cuando mi padre, a una observación de Galiano, se adelantó dos pasos para ver mejor determinado detalle de la maniobra, al sargento se le disparó la metralleta certeramente y mi padre cayó cosido a balazos. Delante de todos, para que no hubiesen dudas...

Las había habido. Pero fueron rápidamente sofocadas al estilo que más tarde Fragoso hizo clásico. El sargento fue inmediatamente

prendido, dio la impresión de estar abrumado por su desgracia y de ser inocente. Un consejo de guerra sumarísimo le halló culpable de imprudencia temeraria con homicidio de un superior como resultante, pero sin preintencionalidad. Expulsado del ejército y condenado a diez años de prisión, se había desesperado, ahorcándose en su celda, según la versión oficial. Galiano ascendió más tarde a general y fue ministro del Interior. Oficialmente murió de una embolia, mientras era operado de la vesícula biliar, años después. Algarra, un asesino sádico que en lo físico y en la mentalidad se asemejaba a un clásico junker germano, se convirtió en el terror de los opositores al dictador, hasta que un día fue cazado en hábil trampa por un comando y metido lentamente en un horno de cal viva...

—Mi padre fue convertido en héroe nacional, se le concedieron los máximos honores... Pero a mi madre y a mí se nos tuvo desde entonces aisladas. Yo tenía catorce años, era demasiado joven para entender muchas cosas, adoraba a mi padre, que para mí sí que era un verdadero héroe. Mi madre era una mujer sensible, inteligente, pero sin carácter, no se atrevió a rebelarse, a hacer nada para averiguar lo realmente sucedido. Nos dejaron en paz, oficialmente rodeadas de honores, de hecho vigiladas para que no se nos acercase nadie peligroso para el dictador. Sin embargo, pudieron acercarse, y me contaron la verdad acerca de la muerte de mi padre. Entonces decidí convertirme en una *Pimpinela* femenina. Tenga usted en cuenta que sólo contaba dieciocho años...

—Pero lo logró...

—Lo logré. ¿Quién cree que puso en manos de ustedes a Julio Augusto Morães? Durante quince años he estado engañando a todo el mundo en mi país con respecto a mis verdaderos pensamientos, sentimientos e intenciones. Incluso a mi muy desconfiado tío, el dictador... Esta absoluta falta de atractivos mía me ha servido de mucho, amigo Gaillard. En mi país, una mujer tan fea como yo no cuenta, simplemente. Antaño las metían monjas... A mí me rodearon de conmiseración burlona, me dejaron hacer, me dejaban entrar en el Palacio Presidencial y en todas partes como a una especie de bufón femenino. Y yo les dejé que me consideraran eso, un bufón femenino a la moderna. Aumenté mi fealdad física con atuendos horribles, me convertí en un perfecto espantapájaros, hice

el ridículo a conciencia, me interesé ostensiblemente por materias tales como la Poesía, lo Esotérico, los gatos persas... Mi omnipotente tío, el dictador, acabó dando órdenes de no malgastar más dinero en vigilarme, y a mis amistades. Nadie, a su juicio, podía tomarme realmente en serio. En realidad, para mi tío las mujeres sólo han sido seres de segunda clase, aptos nada más para media docena de cosas muy crudas y concretas, en eso su mentalidad es típicamente de soldado. No se fía de ninguna, pero sin concederles mayor beligerancia.

—Un gran fallo, en un dictador.

—Cuenta, contaba, mejor dicho, con otros que lo cubrían, como Algarra y Galiano. Por eso necesité quitármelos de en medio antes de lanzarme a la tarea principal.

Gaillard respingó:

—¿Usted?

—Querido amigo, tengo entendido que es un excelente agente secreto, no debe sorprenderle. Sí, yo. Primero conseguí la intimidad de la muy estulta, chismosa, presumida y vacía esposa de Galiano. A su debido tiempo saqué cierta caja fuerte de Galiano, tomando microfotografías de un puñado de documentos que guardaba allí. Estaba muy oculta, muy ingeniosamente oculta, aquella caja, pero Galiano había cometido el enorme error de confiar en su esposa, él, que no se fiaba de ninguna de las mujeres, ni siquiera de sus múltiples amantes. Hice que los microfilmes y un par de aquellos documentos originales llegaran a manos de mi tío por un conducto que jamás llevaría a sospechar de mi persona, exactamente por medio del ya coronel Algarra. Y mi tío ordenó matar a Galiano antes de que pudiera sospechar lo que le esperaba. Un cirujano militar le partió el corazón con su bisturí, cuando estaba anestesiado. Todo el equipo había sido preparado personalmente por Algarra.

—¿Y a Algarra?

—Era una fiera sádica, pero además había comenzado a sospechar de mí. Sin embargo, fui más astuta, las mujeres siempre lo somos, usted sabe. Hallé a una hermosísima joven dispuesta a todo para ver morir ante sus ojos a Algarra y la aleccioné debidamente. Algarra y sus verdugos habían asesinado al padre de aquella muchacha, su madre se volvió loca. Cosas de las que

sucedían casi a diario en mi patria, pero eran ignoradas en el extranjero. Yo llevé fuera del país a aquella muchacha, le facilité una personalidad diferente, la conecté con los grupos de resistencia al tirano más seguros. Finalmente se convirtió en un cebo perfecto para Algarra, que odiaba a las mujeres porque su madre fue adúltera y cosas peores aún, se gozaba torturándolas y humillándolas hasta arrancarles su dignidad... pero no podía pasar sin ellas. Todo un tipo de estudio para los psicoanalistas, créame. Aquella muchacha llegó a obsesionarlo y no consiguió descubrir su verdadera personalidad, creyóla extranjera. Él siempre tomaba infinitas precauciones porque se sabía acechado por muchos; pero una vez más yo supe ser más hábil, más astuto, y sólo llevaba cuatro hombres consigo cuando fue a visitar por primera vez a la muchacha. El grupo que había sido especialmente preparado para la operación lo componían hombres que habían perdido algún familiar a manos de los verdugos de Algarra, o ellos mismos sufrieron prisión y tortura. No fallaron, los cuatro guardaespaldas fueron degollados en silencio y a él no se le dio tiempo a coger un arma. Después aquella muchacha y yo presenciábamos cómo la cal viva lo devoraba lentamente y ambas gozamos de nuestra venganza.

Ahora ya no miraba Gaillard a aquella mujer flaca, fea y desgarbada con una mezcla de asombro, diversión e irritación. Se daba cuenta de que tenía delante a un personaje de tragedia griega.

—Ahora debo de estar horrorizándolo, ¿verdad? —Dora Vásquez esbozó una sonrisa, demostrándole de nuevo su extraordinaria versatilidad—. Espero que no me considere un monstruo. Para mí, la venganza es sagrada, como para muchísima gente en mi país, llevo sangre india y española en las venas; pero además, estoy luchando por los mismos ideales de mi padre, para que mi patria se convierta en un país realmente libre, próspero y tranquilo, donde nunca más puedan rebrotar los Fragosos. Mi padre decía que el Ejército es el espinazo medular de la patria, su sostén, jamás su verdugo; y que quién lo utilizara contra los sagrados intereses de la patria, contra el pueblo de quien a la postre se nutría, era el peor de los traidores. Yo recuerdo muy bien sus palabras.

Una fanática iluminada, una Juana de Arco injertada en Medea... Peligroso enemigo para cualquiera... Gaillard se mojó los labios y asintió:

—Nosotros, en Francia, tenemos esa misma opinión desde hace mucho tiempo.

—Por eso queremos su ayuda, con preferencia a la de los anglosajones. Nos encaja mejor su mentalidad, su cultura. Y a la hora de pasar la factura son menos rapaces.

—Es muy amable.

—¿Valdría la pena? Usted me agrada. Se trata de un sentido especial innato que me permite intuir desde un principio cómo es más o menos el hombre al que me enfrento. Ya le dije que soy muy femenina. También una mujer de acción. Ahora ya conoce mis móviles para desear el aniquilamiento del dictador. Pudo escapársenos por milagro, de ahí que no quisiera yo revelar mis aportaciones al triunfo de la revolución libertadora. Mientras él viva mi tarea no estará terminada, quiero verle muerto, a mis pies, y ofrecer su muerte a la memoria de mi padre, a la paz y libertad de mi patria. Luego me convertiré en una verdadera solterona...

Rió en tono bajo y cambió de expresión, mientras sacaba el enésimo cigarrillo.

—Yo soy el jefe supremo del servicio secreto especial de mi país, Gaillard. Nadie, ni siquiera el Presidente, lo sabe. En realidad, mi identidad y mis trabajos de tantos años contra Frágoso sólo son conocidos por tres personas. Eran cuatro hasta el otro día. La cuarta, Julio Augusto Morães.

## CAPÍTULO IV

Gaillard alentó fuerte. No podía quitar ojo del extraordinario rostro de su interlocutora.

—¿Morães?

—Jugó a dos paños con astucia y habilidad durante años, consiguió entrar en la intimidad del tirano y convertirse en uno de sus fieles y seguros servidores. De hecho, yo fui quien lo capté, lo aleccioné, lo catequicé y lo introduje en el círculo íntimo a su debido tiempo, yo también quien conseguí que mi prima Haydèe se fijara en él, se apasionara con él y, finalmente, que ambos fuesen sorprendidos en comprometida situación de modo que el matrimonio fuera inevitable.

Gaillard encendió otro cigarrillo para sí. Recordaba el asunto, lo había leído en el *dossier* de Morães pero también era una de las historias secretas del tiempo de Fragoso más extendidas por Esperanza. Cierta día, mientras el tirano paseaba con el recién nombrado embajador de Estados Unidos, un puritano con grandes conexiones capitalistas, por los magníficos jardines de su residencia particular en las afueras de la capital, ambos se dieron de narices con una pareja fogosamente dedicada a conjugar el verbo amar en presente de imperativo. La muchacha era nada menos que la hija tercera del tirano, Haydèe, entonces de dieciocho años, y el hombre Julio Augusto Morães, a la sazón miembro de la casa civil del tirano. De no haber estado presente el embajador, Morães habría sido ejecutado aquel mismo día, tras una buena ración de tortura. Así, se convirtió en yerno de Fragoso a las tres semanas, recibió una embajada, después una serie de cargos de importancia, convirtiéndose en un personaje... y un buen día se le vio sublevarse contra su suegro en compañía de los jóvenes oficiales, políticos, obreros y profesionales que se alzaron como titánica ola para barrer de un golpe la tiranía. Su aportación de pruebas materiales acerca de los

innumerables crímenes del tirano, su denuncia de la ubicación de numerosos depósitos secretos de divisas, joyas, obras de arte, reunidas durante largos años en concepto de regalos del país a su benefactor, impidieron que muchísimos millones se perdieran para el país. Eso, Frágoso nunca se lo perdonó. Y como Morães lo sabía, desapareció súbitamente poco después del triunfo de la revolución, ayudado por ciertos servicios secretos y llevándose ciertos documentos de máxima importancia...

—Ahora está muerto, pero mi tío no ha dado con esos documentos, ni tiene la menor idea de dónde se encuentran. Por eso sospecho que no ha sido él quien lo mató.

Gaillard respingó de nuevo.

—¿Qué?

—No se haga de nuevas. Hay mucha gente a quien le convenía que Morães muriese de modo fulminante, sin poder revelar a nadie dónde ocultaba los documentos que conservó como seguro de vida.

—No pensará en nosotros...

—No me habría puesto en contacto con ustedes de pensarlo. Esos documentos no podrían dañar a su país, Gaillard. Pero sí a otro, al demostrar sin lugar a dudas su conexión antigua y apretada con la tiranía. Han estado buscando a Morães durante todo este tiempo para comprárselos al precio que pidiera.

—Entonces, matarlo, ¿para qué?

—Esas gentes no conocían a Morães. Era un patriota puro, sólo siéndolo así pudo realizar todo lo que realizó y luego aceptar el ingrato silencio, la lacra de imputaciones infamantes que ha caído sobre su nombre. Ni siquiera buscaba proteger su vida, yo lo sé. Tiene cuatro hijos que son a la vez nietos del tirano y ése era su gran dolor. Su esposa, Haydée, se ha convertido en su peor enemiga, retiene a los niños, llegará un día en que ellos abominen hasta el nombre de padre. Eso le dolía como un ácido a Julio Augusto, por eso guardó los documentos, para, algún día, pensaba, poder mostrárselos a sus hijos y que ellos comprendieran por qué se alzó contra su abuelo, el siniestro tirano...

Extraordinaria mujer Dora Vásquez, con sus continuos y súbitos cambios de voz, mirada, expresividad...

—Julio Augusto nunca habría vendido esos documentos. Por eso lo mataron. Y quienes le mandaron matar conocían su verdadera

personalidad. Pero no han podido ser esbirros de Fragoso, ya que para Fragoso tienen una importancia vital esos documentos y ante todo habría buscado conseguirlos.

—¿Entonces?

—Hay un poderoso grupo financiero en determinado país. Desde el principio de su tiranía, Fragoso se ligó a ellos por medio de una especie de tratados secretos, concediéndoles prácticamente el monopolio de explotación de las minas de nuestra patria. Ha sido para ellos un negocio inmenso... y no les ha gustado perderlo. Ahora tienen en cierto modo las manos atadas, contra lo que creen por ahí, incluso las Cancillerías y algunos servicios secretos, Fragoso no desea retornar a Esperanza. Ya cumplió sesenta y dos años, está enfermo del estómago, avejentado por las orgías y la continua tensión. Ha conseguido salvar la piel y una suma aproximada de quinientos millones de dólares, aquí, en Suiza, vive muy tranquilo y a gusto. Nunca se distinguió precisamente por su arrojo, aunque no sea un cobarde, sabe que su tiempo ha terminado, que la oposición interna y externa a su persona es demasiado fuerte. Está dándoles largas a sus epígonos porque les conoce y no desea arriesgar la vida para favorecer la ambición de Justo Iglesias, o de Sigfrido Vacaray, por citar a dos de los coroneles más ansiosos de cubrir su puesto. Sólo hay un medio de forzarlo a salir de su cubil y arriesgarlo todo a la cara o cruz de una nueva insurrección.

—¿Esos documentos?

—Esos documentos. Tienen suficiente importancia para conseguirlo. Si nosotros, nuestro actual Gobierno, los obtenemos y ustedes, los franceses, ciertos periódicos franceses prestigiosos y muy leídos, los publican en exclusiva mundial, será una bomba de muchos megatones hecha estallar bajo los asientos de los consejos de administración de ese grupo financiero, pulverizará para siempre todas sus posibilidades de recuperar el dominio monopolístico de la minería de nuestra patria; también destruirá todas las maniobras y presiones de ese país contra el nuestro para que revoquemos las concesiones hechas a ustedes, los franceses y, finalmente, representará el R.I.P., para el fragosismo. Morães y yo necesitamos mucho tiempo, esfuerzos, suerte y astucia, habilidad... de todo, para conseguir apoderarnos de ellos en el momento preciso, ni antes ni después. Yo no podía llevármelos, él sí, pues aún no era

sospechoso al tirano; por eso se los llevó. Y luego pude comprenderle cuando me pidió que le permitiera conservarlos, ya que con Fragozo vivo y libre, fuera del país, era su único seguro de vida... y el mío.

—Ah...

—Sí. Según parece, entre los tales documentos hay uno en el cual determinado servicio secreto informaba a mi tío de que yo, y no otra persona, parecía ser el misterioso agente que los suyos nunca habían podido desenmascarar. Acababa de llegar por valija especial y mi tío no había llegado a abrirlo, Morães mató al comandante Silva, jefe del Servicio Secreto y sucesor de Algarra, antes de que pudiera entregárselo. Tampoco lo abrió entonces, no le dio tiempo. Lo hizo más tarde y lo guardó en lugar seguro, ya se habían precipitado los acontecimientos. Después... no me lo entregó para forzarme a aceptar sus condiciones. Estaba en su derecho.

—Entendido. ¿Cuál es, entonces, la situación?

—Concretamente, ésta: Tenemos que lograr que el tirano se decida a emprender su última aventura cuanto antes, se trata de una carrera contra el tiempo. El grupo financiero del que le hablé puede haber hecho matar a Morães sólo para asegurarse de que, muerto él, nadie, jamás, o al menos en muchos años, encontrará sus documentos; si es así ahora presionarán a Fragozo para que acepte sus condiciones y retome al poder apoyado por mercenarios, dinero y todo lo demás. Si lo hiciera según esos planes, tal vez lograría el éxito, nuestra revolución está todavía muy tierna, lucha con extraordinarias dificultades, sobre todo económicas, y hay dentro del país oligarquías que añoran su manga ancha de cuando dominaba el tirano, militares ambiciosos y sin escrúpulos que sueñan imitarle, masas de campesinado analfabeto fáciles de arrastrar. Pero si alguien comunica a Fragozo que los documentos de Morães están en manos de cierto grupo de digamos profesionales, que los cederán al mejor postor, mi tío se pondrá inmediatamente en movimiento. Y si descubre que los actuales poseedores de esos documentos han entrado en tratos con alguno de sus ambiciosos epígonos, aún se moverá más aprisa. Entonces se verá presionado por las circunstancias, por su destino; él tiene una supersticiosa fe en su estrella, cuando se crea acorralado hará lo único que puede a su juicio salvarle, asaltar de nuevo el poder. Y

entonces, cuando venga a Esperanza, estaremos esperándolo con todo tan preparado que no podrá escabullirse de nuevo. No habrá arresto y juicio, ni nada de eso. Le aplicaremos su misma medicina y el mundo se enterará después de que el tirano fue muerto en combate contra fuerzas leales cuando intentaba invadir la patria apoyado por mercenarios extranjeros y los consabidos traidores. Ya sabe, Gaillard, que es así como se suele escribir la Historia.

—Sí, lo sé. Y cuán distinta suele ser la verdad de los hechos.

—La Humanidad necesita dioses a quienes reverenciar y seguir, no le basta con Dios, lo siente demasiado lejos de su pequeñez y se fabrica otros objetos de culto a su imagen y semejanza. Los fabrica con barro, porque no puede, ni sabe, utilizar otra materia. Dioses o demonios, tanto da, le sirven lo mismo. Mi tío es uno de esos Janos de fango sobredorado pero sólo uno entre muchos. Yo voy a terminar con él, pero sé muy bien que nunca conseguiré acabar con su aureola incrustada en los cerebros de ciertas gentes, muchas, por desgracia, y que andando el tiempo no habrán de faltarle panegiristas, como los obtienen todos los monstruos cuando se olvida la mucha sangre que vertieron, se convirtieron en polvo los huesos de sus innúmeras víctimas y sólo quedan los cuatro monumentos inútiles que su megalomanía levantó, más los libros que panegiristas a sueldo cubrieron de mentiras y falsedades hablando de ellos y su obra. En cambio, no habrá ningún biógrafo de la mía, ni de la dura, larga, tenaz, sacrificada y oscura pugna de tantos y tantos héroes y mártires como laboraron, a menudo sin éxito, para destruir el sangriento mito y devolver a su patria la libertad perdida...

Una Juana de Arco injertada en Medea... Gaillard, ahora, estaba sintiéndose fascinado por su interlocutora. Y también se sentía como al mismísimo borde de un abismo sin fondo, con algo oscuro y temible llegando por su espalda a empujarle.

Una muy ingrata sensación.

## CAPÍTULO V

«En la ladera Sur de Le Chasseron...»

A las nueve y media de la mañana, al pie del roble grande junto al nacimiento del arroyo Lestrières, a tres kilómetros y medio de Sainte Croix. El aviso le había llegado el día anterior, a media tarde, mientras tomaba una taza de café en Le Canard Bleu, contemplando el deambular de muchachas frutales por la plaza de Calvino, de Iverdon. Había sido la voz inconfundible de Dora Vásquez.

Y ahora eran justas las nueve y veinte de la mañana. Una espléndida mañana de primavera. El había venido en coche hasta la aldea de Sainte Croix, por una estrecha, retorcida y agradable carretera desde la cual se distinguían magníficos panoramas. Luego dejó el coche delante de la pequeña iglesia, se echó su mochila a la espalda y tomó su bastón de alpinista, emprendiendo la marcha por el monte arriba. A juzgar por la expectación despertada, los aldeanos debían suponerlo uno de tantos excursionistas de montaña.

Desde Sainte Croix hasta las fuentes del arroyo el camino trepaba por un estrecho y hermoso valle Le Chasseron era una alta y abrupta montaña caliza, típica del Jura, con laderas densamente arboladas y cimas cubiertas de nieve. Había vacas en lo hondo del valle, algún que otro campesino o pastor...

El arroyo nacía en un flanco del cordal que descendía de la montaña hacia la aldea. Y a cosa de un tiro de piedra crecía, solitario, un frondoso roble de grata sombra. Desde allí, con la espalda arrimada al tronco, uno podía muy bien comprobar si estaba siendo seguido, o si alguien venía a su encuentro, porque tenía vista despejada por casi un kilómetro.

También era un lugar muy apto para que a uno le metieran una bala de rifle con mira telescópica, por ejemplo desde la ladera opuesta del valle, a menos de un kilómetro y lo bastante frondosa.

De ahí que Gaillard procurara colocarse al resguardo del grueso tronco y luego, bien a cubierto, sacara los potentes prismáticos de su mochila y comenzara a escrutar palmo a palmo todo el terreno circundante.

Hacía cuarenta y ocho horas que Dora Vásquez lo abandonó. Contra lo imaginado por los devoradores de literatura policíaca y de agentes secretos, no siempre éstos se mueven como hormigas a quienes pisotearon su hormiguero, o al estilo del nunca bien ponderado James Bond. Ahora mismo, en cuarenta y ocho horas Roger Gaillard se había limitado a pasear mucho y muy plácidamente, tomar numerosos cafés solos y alguna que otra cerveza o incluso una copa de licor, comer, dormir, fumarse tres paquetes de cigarrillos, contemplar a las mujeres contemplables, a las embarcaciones de recreo en el lago, a los pescadores...

Había también conversado con mucha gente, pero de temas intrascendentes. Si en ocasiones salió a relucir la muerte extraña y misteriosa del tendero marsellés días atrás fue un hecho lógico, puesto que el tema permanecía caliente en las bocas de quienes vivían o se hallaban de vacaciones en Iverdon. Por lo demás, nadie en sus cabales habría considerado apasionante la tarea de Gaillard.

Ni tampoco habrían sospechado de él o sus actividades, tan idénticas a las de cualquier aburrido caballero en estado de vacación. No era lógico que recelaran cuando metió la mochila en su coche y se marchó. ¿Quién, viniendo a reposar, no hacía una o varias excursiones?

Pero un buen agente secreto nunca se descuida. Y por eso Gaillard estaba ahora seguro de ser acechado. Nada concreto, sólo leves indicios... pero suficientes para él.

Y si lo acechaban, era porque sospechaban, o incluso conocían, su identidad. De ahí podía deducirse peligro...

No había nada sospechoso en la ladera de enfrente. Claro que eso nada significaba, a la postre, si era un profesional consciente quién actuaba. Tampoco veíase llegar a Dora... ni a nadie, por el valle. Podía ver las casitas de la aldea, y su iglesia, como un «Nacimiento», también la placa azul del lago de Neuchâtel en la distancia y, más lejos aún, la cadena de nieves perpetuas de los Alpes. Un maravilloso panorama...

¿Dónde diablos estaría Dora Vásquez? Si lo citó aquí a las nueve

y media, al menos debería vérsela llegar. Como mujer, no tendría demasiado sentido de la puntualidad...

Se habían despedido amistosamente y ella abandonó el hotel una hora y media después, para, dijo, encaminarse a Lausana. Docenas de personas habían podido advertir que parecían buenos amigos y nada más, se les vio almorzar juntos, dar un paseo por el lago en lancha... Lo que pensaran de tal amistad era otra cosa, pero nadie dijo a Gaillard nada al respecto.

—Permanezca aquí cubriendo las apariencias hasta que reciba mi llamada. Investigue para entretenerse, pero no haga nada por su propia iniciativa.

Lo había dejado incómodo, de veras. Seguro de estar representando el papel de cobaya o, lo que aún era más desagradable, de cebo, mientras que ella... ¿por dónde demonios andaría...?

—No hay nadie ahí enfrente, puede tranquilizarse.

Gaillard casi dejó escapar una maldición mientras se volvía con rapidez, desconcertado y malhumorado.

Así parecía menos fea, parecía un hombre. El atuendo varonil ocultaba todos sus muy escasos signos externos de femineidad, su hermoso cabello estaba cubierto por un gorro de lana de colores vivos. ¿Cómo diablos pudo llegar a su espalda sin que él la oyera?

La vio reír. Resultaba siempre tonificante la risa de aquella boca grande, grande...

—Se nos enseña a deslizarnos como las culebras y las liebres por el terreno libre, Gaillard, allá en mi patria. ¿A ustedes no?

—También. Pero yo la esperaba por ahí...

—Estoy allí arriba desde el amanecer y vigilando todos los alrededores. A usted le deben haber seguido hasta Sainte Croix, pero no para matarlo. Les interesa nada más, por ahora, identificarlo, saber para quién trabaja y qué es lo que busca.

—¿Cómo lo sabe?

—Por lo que usted ya sospecha. Uno de mis hombres ha estado siempre cerca de usted y en contacto conmigo. Sabemos que en Iverdon hay ahora unos cuantos agentes secretos y otros peligrosos individuos, acechándose unos a otros y también a todos los forasteros que están llegando a la ciudad. Usted es un buen mozo y al parecer amigo mío, de modo que alguien se alertó.

Hablaba con toda naturalidad se llegó al roble y pegó allí la espalda, sacando tabaco y ofreciéndole a Gaillard. Éste no le quitaba ojo.

—¿Para qué estamos aquí?

—Para realizar una excursión. Vamos a subir la Chasseron. ¿No le gusta el alpinismo?

—Moderadamente. ¿Alguna razón especial para subir allí?

—Una sola. Julio Augusto ocultó parte de sus documentos en una pequeña cueva situada sobre la cara Sur del monte.

Gaillard se la quedó mirando.

—¿De veras?

—El era astuto y lógico. Temiendo que tarde o temprano llegaran a descubrirle y pudieran asesinarlo, o torturarlo para obligarle a declarar dónde los tenía ocultos, llevaba siempre consigo una cápsula de cianuro oculta dentro de una muela postiza. De caer en manos de gente de Frago se habría suicidado, negándoles la información. Si lo mataban, tampoco Frago, ni otros conseguirían encontrar el escondrijo. Sin embargo, dejó una pista que sólo una persona podía hallar.

—¿Usted?

—Yo, sí. Y ahora, si no le importa, vámonos. Tenemos una ruda escalada por delante.

Aquella extraordinaria mujer le demostró a Gaillard una nueva faceta de su caleidoscópica personalidad. Semejaba tener de hierro sus flacos músculos y ser infatigable.

—Procuró mantenerme en forma —le dijo cuando él pidió tregua. Se encontraban ya a media altura del Chasseron, en un punto desde el cual se divisaba, hacia el Este y el Sur, un maravilloso panorama. Batiales el viento con cierta fuerza y un águila solitaria volaba majestuosa, bien protegida por las leyes de caza, a corta distancia, no se divisaba a nadie, la soledad era perfecta—. Además; me gusta mucho montañear.

Aceptó su coñac y no le hizo remilgos, ni mucho menos.

—Espero que llegaremos a nuestro destino poco después del mediodía. Comeremos y descansaremos allí, usted tiene que estar de regreso en Sainte Croix esta tarde a la puesta del sol.

—¿Y usted?

—Tomaré otro camino.

Cuando ella no quería dar información, no la daba. Gaillard se preguntaba por qué diablos habría sido tan expresiva y gárrula en contarle su vida y hazañas. No encajaba ni poco ni mucho con el tipo de mujer-espía que durante muchos años acertó a engañar a muy peligrosos agentes. Pero tal como estaban las cosas no le quedaba a él otro recurso sino el de seguir yendo a remolque... mientras sus órdenes no cambiaran de signo.

La parte más dura de la escalada duró dos horas y media. A su final, halláronse a cosa de doscientos metros de la cima del monte y debajo mismo de una pequeña cueva horadada en la alta, hostil pared caliza cuya base estaba a otros cien metros bajo ellos. Todo lo demás, a sus pies, era solitaria grandeza, roca, nieve y frío viento aullador. También a su alrededor y por encima.

—Ahí, en esa caverna.

—Diablos, Morães era un tipo que sabía hacer las cosas...

—Sabía. Pero aun así, lo mataron. Suba usted primero, afiance una cuerda y yo le seguiré.

A decir verdad, Gaillard no era ningún perito en escaladas, pero su amor propio estaba en entredicho. Aquella docena de metros de lisa pared vertical era todo un reto a su hombría y a su entrenamiento en el Servicio. Apretando los dientes, agarró el piolín y comenzó a trepar...

Tardó exactamente veinte minutos en alcanzar, sudoroso y cansado de veras, la entrada de la cueva. Ni tan siquiera había una cornisa, el agujero, de poco más de un metro de diámetro y prácticamente invisible desde el pie del cantil, ni que decirlo desde más lejos, abríase directamente sobre el vacío. Morães había hallado un formidable escondrijo para sus documentos secretos, desde luego...

Gaillard reptó al interior de la caverna. Luego se revolvió como pudo y desenrolló la cuerda de alpinista que llevaba alrededor de su cuerpo, en bandolera. Hallando una rendija apropiada, aseguró allí el «clavo» y después se asomó, viendo a Dora Vásquez aguardando.

Le tiró la cuerda y, cuando ella comenzó a trepar con su agilidad de cabra montés, sostuvo su peso con la cuerda ceñida a su cuerpo al estilo montañero. De todos modos, ella pesaba muy poco...

Ella entró gateando. Su cara estaba sonrosada y sus ojos muy brillantes por el esfuerzo. Por un instante, Gaillard hasta la halló

casi atractiva.

—Vamos para dentro.

La cueva se ensanchaba, en efecto, a cinco o seis metros más adentro. Aún así, apenas si le permitió a Gaillard ponerse en pie. Toda su anchura no debía exceder de seis metros ni de diez su profundidad, dejando aparte la boca de entrada. Un simple agujero en la pared...

Había huellas indicadoras de que los montañeros solían usarla como punto de descanso e, incluso, de refugio alguna que otra vez. Por lo demás, nada que valiera la pena. Al menos Gaillard no pudo notarlo a la escasísima claridad que penetraba por la boca de la cueva.

—¿Dónde diablos habrá ocultado Morâes esos documentos?

—Aquí.

—De acuerdo, pero ¿en qué punto exacto de la cueva?

—Pronto lo vamos a saber.

Ella había extraído una potente linterna eléctrica de su mochila. La encendió y comenzó a registrar con el rayo de luz las paredes y el techo lentamente, mientras Gaillard la seguía con interés. De pronto el círculo luminoso se detuvo...

—Aquí está.

Al pronto, Gaillard no consiguió ver nada. Luego sí... y se le escapó un silbido de excitación.

—¡Diablos! Esto sí que es inesperado...

Lo era. Porque en la casi lisa pared de roca caliza, a una altura de más o menos dos metros del suelo de la cueva, alguien había trazado un mensaje a punta de clavo, ahumándolo luego de tal modo que cualquier vulgar excursionista o montañero nunca habría reparado en los signos, a no ser que mirase precisamente allí buscando algo.

Y muy difícilmente un deportista montañero sería, a la vez, experto en escritura cuneiforme.

—Cuneiforme babilónica, bastante más difícil de descifrar que la persa —una vez más Dora Vásquez le probó que debía poseer poderes telepáticos o algo parecido—. Julio Augusto y yo la estudiamos en los Estados Unidos precisamente para así disponer de un medio de comunicación difícilmente comprensible por cualquier vulgar policía o agente secreto. Además, si la escritura es babilonia

del siglo dieciocho antes de Cristo, parte de las palabras usadas serán seguramente hititas del siglo catorce.

—Fantástico... Y supongo que es lo único que hay aquí, no esos documentos...

Ella le favoreció con una de sus sonrisas. Parecía divertida.

—En efecto. Julio Augusto me ha dejado aquí su segunda indicación. Tal vez haya cuatro o cinco, esparcidas por varios kilómetros a la redonda. Habrá que ir descifrándolas para llegar a conocer todo su mensaje y dónde guardó los documentos. Aunque alguien, por suerte, casualidad, o lo que fuere, llegase a encontrar uno de estos mensajes, de nada le serviría, sin conocer su cadencia, su simbología y, sobre todo, sin conocer el sentido exacto de algunas de las palabras de los textos. Incluso para ello tendría que reunir todos los mensajes.

—Un endiablado *puzzle*... Les felicito a ustedes dos.

—El ya no puede recibir felicitaciones.

De su mochila, Dora sacó unas varillas metálicas, las más gruesas con agujeros, luego una placa de duraluminio con goznes. Rápidamente ensambló las varillas más delgadas en las más gruesas y sobre el conjunto la placa abierta. Quedó una especie de taburete de medio metro de alto o algo más.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—¿Tiene conocimientos de limpieza de inscripciones antiguas?

—No. Pero ésta es muy moderna.

—Trazada de tal modo que si una mano inexperta tratara de limpiarla para descifrar los signos, los borraría. Déjeme a mí. Puede, si quiere, regresar a la boca de la cueva y comprobar si hemos sido seguidos.

Era una buena sugerencia. Y había que resignarse. Mientras Dora sacaba un recipiente metálico y un paquete de algodón hidrófilo de su mochila, Gaillard tomó sus prismáticos y se fue a vigilar.

## CAPÍTULO VI

Sólo parecía haber soledad y silencio por las cercanías. A lo lejos, en uno de los espinazos de la montaña, Gaillard distinguió a cuatro montañeros trepando en línea. Tal vez hubiese más por alguna parte, aunque no serían demasiados porque el Chasseron era una montaña de tercer orden poco tentadora para los verdaderos escaladores y demasiado abrupta para los simples excursionistas. Además, era un día laborable...

La voz de Dora, alegre y agradable de escuchar, le sacó de sus elucubraciones, haciéndole regresar al interior.

Ella debía haber terminado su trabajo. Una mirada a la pared mostró a Gaillard borrada totalmente la inscripción. La agente secreto se había sentado en el taburete, con las piernas abiertas de modo hombruno, y se fumaba con fruición un cigarrillo.

—¿Alguna novedad?

—He visto a unos montañeros, cuatro, pero no me han parecido gente ocupada con nosotros, estaban demasiado lejos y alejándose. ¿Terminó su tarea?

—Sí.

—Copió la inscripción y la borró, claro. ¿Puedo verla? Simple curiosidad.

—Lo lamento. Pero me he pegado la copia al pecho y, aunque no presumo de belleza física ni de acendrado pudor, considero que sería una inmoralidad, a más de una situación francamente incómoda para usted como hombre de buen gusto estético, el mostrarle mis risibles encantos.

Lo dijo de tal modo que sólo cabía una actitud. Gaillard se echó a reír y después preguntó:

—¿Nunca le han hecho el amor, Dora?

Ella le miró con dos chispas risueñas en los ojos.

—Jamás. Tendría que ser en enfermo mental o un fanático del

feísmo, ¿no le parece?

—¡Hum! No sé...

—¿Piensa hacérmelo usted ahora? Santo Dios, sería una experiencia nueva y alucinante para mí, casta y desvalida doncella encerrada en una cueva del monte con un varón tan atractivo en todos los aspectos.

—Usted es extraordinaria, Dora. De veras. Y no siempre los hombres nos enamoramos de la mera belleza física, ¿no lo sabía?

—Será mejor que comamos, Roger —dijo ella tuteándolo por vez primera y sin dejar de mirarle de aquel modo chispeante y cálido con sus pequeños ojos repletos de inteligencia... y muchas cosas más—. O terminará poniéndome nerviosa. Ya le dije que soy muy femenina y los hombres guapos me gustan tanto como a la que más, después de todo. ¿Le apetece el queso o prefiere el salchichón?

Gaillard tenía un hambre de loco y, desde luego, ninguna intención de llevar a vías de hecho sus palabras. Por otra parte estaba archiconvencido de que su compañera de aventura no pensaba tampoco en la posibilidad de tal contingencia desde ningún aspecto. Jugaban un juego demasiado importante...

—De todos modos, imagino que ya habrá descifrado ese mensaje. ¿No me puede revelar lo que hay en él?

—Aún entendiendo perfectamente el cuneiforme babilónico, y el hitita coloquial del Imperio Nuevo, no soy tan experta como para traducirlo sobre la marcha sin fallos. Y ya le dije que se trata de un *puzzle*. De todos modos, tengo la seguridad de que usted me acompañará a recoger esos documentos, forma parte del trato.

—Es una alegría saberlo. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Usted va a retornar inmediatamente a Sainte Croix. Yo me quedaré aquí.

Gaillard respingó.

—¿Aquí? Pero... Bromea, ¿verdad?

—De ningún modo, mi querido amigo. En estos momentos debe haber un par de individuos al acecho de nuestro retorno en alguna parte de la montaña y es muy posible que uno de ellos lleve un rifle con mira telescópica y silenciador. Yo confío en que sus intenciones no sean demasiado crueles, pero en todo caso es ésa su parte en la tarea... además de haberme acompañado hasta aquí para ayudarme a trepar. Para volver no le necesito y, además, quiero pasar

desapercibida, cosa que no conseguiría si descendiéramos juntos hasta Iverdon.

Aquélla era la vida del agente secreto... Roger Gaillard tenía órdenes muy tajantes y concretas. Además, estaba aquello de la galantería con una dama...

Descolgar-se por la pared de roca hasta el pie del cinto cretáceo, con el hormigueo inquietante de pensar en que pudiera hallarse algún buen tirador centrándolo con la mira telescópica de su rifle, era todo un excitante deporte. Desde el pie del cantil, envuelto en las rachas de viento, Gaillard respiró hondo y miró hacia lo alto, descubriendo la mano y el brazo, y el gorro, de Dora Vásquez que lo despedía...

Poco antes, cuando ya él se encontraba colgando sobre el abismo y fuertemente cogido a la cuerda, ella había hecho algo del todo inesperado. Le tomó la cabeza con ambas manos y lo besó en la frente, un beso de insólita suavidad y frescura, de lo más femenino. Luego le miró con sus risueños, brillantes ojos negros, y le dijo:

—Buena suerte, *sir* Galahad. Espero volver a verle pronto.

Y ahora él tenía que seguir haciendo de cebo para los ocultos tiradores, a fin de proporcionarle una fácil escapatoria. De lo más divertido...

Llevaba una excelente automática con un cargador de repuesto, pero era como no llevar nada. Podían dispararle sobre seguro desde un kilómetro de distancia, sin que supiera previamente dónde se agazapaba su matador. Una divertida broma...

Durante algo más de media hora nada sucedió. La tarde era de lo más hermosa, pero él, Roger Gaillard, ya no tenía ojos para tanta belleza. Todos sus sentidos se polarizaban en lo más urgente, la absoluta necesidad de proteger su vida...

Un agente secreto está muy avezado a servir de pieza de ojeo, pero por mucho que lo esté, siempre tal situación, le provoca escalofríos. Después de todo, morir es algo que a pocos agrada, si están en sus cabales. Roger Gaillard no sentía el menor deseo de ser liquidado como una vulgar liebre o cabra montés, desde luego...

Iba ya embocando a una fragosa y hermosa barranca que descendía velozmente entre dos cordales ásperos y relativamente arbolados cuando, de pronto, a sus alertados oídos llegó el inconfundible eco de un disparo de rifle, desde un punto alto a su

derecha...

En la misma relampagueante fracción de tiempo, sus músculos y nervios se dispararon. No había sentido ni golpe, ni dolor, ni siquiera silbar el proyectil. Pero se dejó caer a tierra como si de verdad le hubieran dado de lleno.

Cayó mientras el eco del disparo rebotaba en la silente soledad de la montaña y la tarde, rodó veloz hacia el amparo de una peña y quedó, de costado, inmóvil... con su pistola firmemente empuñada y medianamente oculta bajo su cuerpo.

El augusto silencio de las cumbres retornó. Y el viento aulló en un largo lamento por la barranca. Gaillard no se movió. Sabía que ahora alguien iba a venir a buscarlo, comprobar su muerte y registrarlo. Lo que no acababa de entender era cómo un tipo provisto de rifle de caza con mira telescópica fuese tan pésimo tirador. Ni siquiera oyó silbar la bala cerca y, desde luego, herido no estaba...

Pasaron los minutos. ¡Cuán largo el tiempo cuando uno está tumbado y casi inerme medio al descubierto y sabiendo que un asesino bien armado se acerca por alguna parte, sin poderlo ver...!

Luego el asesino se materializó.

Era un tipo alto, de ágiles y cautelosos movimientos. Vestía como suelen hacerlo los montañeros, sin nada especial, pero no traía rifle, sino una hermosa automática de cañón largo. Con todos los nervios en tensión, Gaillard le vio acercarse lentamente, desconfiado...

A su vez, movió la mano lo necesario, dando gracias a que el pedrusco que medio le ocultaba le permitiera sacarla y encañonar al otro. Ahora todo era cuestión de suerte y puntería, pero él tenía fama de ser uno de los mejores tiradores del Servicio, en cualquier postura.

El otro venía con mucha cautela. Pero necesitaba dar un rodeo para ver bien a Gaillard y comprobar su muerte. De todos modos, el instinto avisó a Gaillard que aquel tipo no pensaba descuidarse.

Y cuando le vio detenerse y alzar su arma no vaciló. Apretó el gatillo en forzada posición...

Sin embargo le acertó al otro en el costado. El tipo gritó y disparó a su vez, encogiéndose y saltando al mismo tiempo en busca de amparo.

Ya Gaillard estaba haciendo lo mismo, desde el suelo, con impulso de todo su cuerpo. El proyectil medio lo cegó, al echarle a la cara tierra y piedrecillas con violencia, pero resultó inofensivo. Apoyado en la piedra con una mano, en postura algo menos forzada que antes, disparó de nuevo y le metió la segunda bala en pleno pecho al tipo, que cayó sin rechistar.

Gaillard corrió veloz, agazapado y alerta, hacia el caído. Le bastó con una ojeada para comprobar que estaba muerto y que le conocía, de vista. Por lo menos recordaba haberle visto dos veces en Iverdon, pero sin notarle nada extraño. Representaba unos treinta años y tenía aspecto de deportista...

Un rápido y eficiente registro resultó desilusionante. Aquel tipo no llevaba encima nada de interés, salvo una cartera con cerca de seiscientos francos suizos en billetes de Banco nuevecitos y un permiso de conducir a nombre de un tal Klaus Schultze, alemán de Fráncfort. Ni siquiera su pasaporte...

Comprendiendo que allí no le quedaba nada a hacer por el momento, Gaillard se apresuró a alejarse del lugar. Ahora sentíase de lo más a gusto, a decir verdad; y no lo embargaba ningún remordimiento.

Fue un error imperdonable en un agente secreto. Porque justo cuando pasaba por debajo del roble a cuya sombra estuviera esperando a Dora por la mañana, una voz seca y clara, con un francés fuertemente teñido de anglosajón, resonó a sus espaldas, conminatoria:

—¡No se mueva y brazos arriba!

Viniendo de donde venía, sólo podía hacerse una cosa, obedecerla. Y eso hizo Gaillard mientras maldecíase con violencia. Cuando fue a volver la cabeza, la misma voz le avisó:

—¡Si se vuelve lo mato!

Alguien estaba llegando aprisa por su espalda, pero Gaillard no se movió. El otro se apresuró a cachearlo al estilo usado por la policía norteamericana, despojándolo de su pistola. Y un instante después, Gaillard sentía como si le estallara el cráneo en mil pedazos...

Su siguiente sensación fue del todo incómoda. Dolores feroces en el interior del cráneo y agudos en diversas partes del cuerpo. Cuando por fin pudo abrir los ojos descubrió el motivo.

Estaba completamente desnudo y rencorosamente amarrado a un improvisado potro de tortura que normalmente fungía de escalera para subir al piso superior de una a todas luces rústica cabaña de montañeses. Brazos y piernas se los habían retorcido hacia atrás, de forma que todo el peso de su cuerpo cargaba sobre los duros salientes de la escalera.

Dos individuos estaban ante él. No pudo verles las caras simplemente porque las tenían enfundadas en medias femeninas y porque uno de ellos acababa de encender una potente linterna eléctrica que le asestó a los ojos, deslumbrándolo.

—Bien, amigo, veo que ya despertó. Ahora nos va a contar todo lo que deseamos saber.

El francés no era malo, pero el acento denotaba la procedencia de un país muy grande sito al otro lado del Atlántico. Gaillard tragó saliva y gruñó:

—¿Se han vuelto locos o qué? ¿A qué viene todo esto? Si lo que buscan es dinero...

—No se moleste, amigo. Sabemos perfectamente lo que buscamos y cómo conseguirlo. ¿Dónde ha ido su compañero y qué encontraron en esa cueva de la cima?

Gaillard estaba pensando muy aprisa. Sospechaba en qué manos acababa de caer y ellos acababan a su vez de darle una posibilidad de respiro.

—No sé de qué me habla...

—¿Quiere que le apretemos las clavijas, amigo? Podemos hacerlo hasta que guste y no le van a oír, esta cabaña está muy aislada.

—¿Acaso no son ustedes quienes asesinaron a mi amigo Klaus?

Le pareció que se sobresaltaban. El que llevaba la voz cantante se volvió más imperioso.

—¿Asesinaron, a quién?

—Klaus Schultze. Habrán encontrado en mis bolsillos, su carnet de conducir. Cuando descendíamos de la montaña alguien nos disparó con un rifle, matándolo. Yo hice fuego con mi pistola y pude huir después, por eso cuando me atacaron ustedes no quise reaccionar, sabía que estaba viéndomelas con asesinos.

Al parecer, aquellos dos estaban sopesando sus palabras.

—No encontramos nada encima de usted, Gaillard. ¿Dónde están

esos documentos?

—No sé de qué me hablan...

Su deber era dar tiempo a que Dora Vásquez escapara.

—Usted se lo ha buscado, Gaillard...

Una de las pocas cosas acerca de la asendereada vida de los agentes secretos del cine, la televisión y la literatura que son ciertas es, precisamente, lo de las torturas. Ahí sí que el agente secreto de verdad tiene razones para aborrecer a quienes se ganan la vida inventando historias que ninguno de ellos vivió ni vivirá jamás, porque muchas de esas torturas no se les hubieran ocurrido a los que trabajan en ese negocio, por falta de imaginación. Gaillard, pues, debió soportar una sesión de eso ahora tan en moda en el cine y la televisión, pero que suele tachar la censura en las novelas sin duda porque también hay castas para el sadismo y se opina que es mucho mayor la influencia de la letra impresa que la de la imagen.

Pero los agentes secretos son realmente tipos bastante duros de pelar y Gaillard aguantó hasta perder los sentidos. Era lo menos que podía hacer...

## CAPÍTULO VII

Al volver en sí solo había un hombre con él. El tipo manteníase en la penumbra densa y volvió a enfocarle la linterna a los ojos.

—Es duro de verdad, amigo —gruñó en su *slang* característico, sin molestarse en pelear con el francés—. Pero nosotros vamos a hacerle hablar, descuide.

—No podré decirles lo que ignoro. ¿Por qué no me da un poco de agua?

—Hable y tendrá agua, también lo pondremos en posición más cómoda.

La que tenía, desde luego, no podía ser más incómoda. Y después de la pasada que acababan de propinarle, todo su cuerpo era un puro dolor que al recuperar los sentidos se volvió lacerante, al punto de provocarle náuseas y ganas de aullar. Pero eso eran gajes del oficio.

—No veo a su amigo...

—Fue a buscar órdenes. Tal vez vuelva con la de que le rellenemos el cuerpo de plomo o le cortemos el pescuezo.

—Y todo porque no tengo lo que buscan... Tal vez si me dijeran lo que es...

El tipo aquél se le acercó, pero manteniéndose detrás de la insoportable luz de la linterna. Una mano dura y grande golpeó con reciedumbre el rostro de Gaillard, haciendo correr de nuevo la sangre de su boca y sus narices ya reventadas por anterior castigo.

—Ten por seguro que vamos a ablandarte, *cochon* —dijo, aplicándole el que sin duda era para él un piropo francés. Luego volvió a sentarse detrás de la luz de la linterna, mientras el mareado Gaillard procuraba cauterizar sus labios con la lengua y rumiaba toda suerte de ingratos pensamientos.

Luego ocurrieron cosas.

Primero fue una llamada a la puerta de la cabaña. El tipo aquél

se alertó y Gaillard, de oído —pues sus ojos ardían a consecuencia de la luz fija sobre ellos y debía mantenerlos todo el tiempo cerrados— le notó quedarse quieto, luego levantarse y amartillar una pistola. Después avanzar a la puerta cauteloso...

Fue como en las películas de éxito del género. A la espalda de Gaillard pero hacia su izquierda, estalló un cristal y hubo a la vez un característico ruido. Acto seguido, allí delante resonó un gemido de agonía, seguido por el no menos característico ruido de un cuerpo humano al caer pesadamente...

Gaillard abrió los ojos, pero nada vio, pues seguía deslumbrándolo la maldita linterna estratégicamente colocada sobre sus pupilas: Sin embargo ya sabía que los recién llegados no eran amigos de sus raptos. Que pudieran ser suyos era la gran incógnita.

La puerta de la cabaña se abrió y alguien entró. Gaillard continuaba deslumbrado. Pero de repente sintió una loca alegría cuando la voz cálida, burlona y grata resonó en sus oídos.

—Esto es justamente lo que una solterona británica definiría como *shoking*.

Luego la maldita linterna se desvió de sus ojos y la voz de Dora Vásquez volvió a acariciarle los oídos.

—¿Está aún vivo y en condiciones de oírme, Roger?

—Gracias a Dios. ¿De dónde sale usted, ángel salvador? La hacía a muchos kilómetros de aquí.

—Por suerte para usted estaba mucho más cerca. Pobrecito, han debido torturarlo bastante, a juzgar por las trazas.

—Un poco, sí. Y sugiero que cierre los ojos para salvaguardar su pudor, me desate aprisa y me dé un trago de agua fresca.

—¿Qué prefiere primero, la libertad o el agua fresca?

—Podré aguantar un poco más las ligaduras. Deme el agua.

Ella se movió veloz. Poco a poco, Gaillard logró acostumbrar sus quemados y escocidos ojos a mirar de nuevo. Vio al tipo que lo vigilaba caído de bruces delante de la puerta abierta de la cabaña y con todas las señales de estar ya lejos de los problemas de este mundo. Dora venía ya con un vaso de agua en la mano, su chispeante mirada y su cálida sonrisa. Nunca Roger Gaillard había visto a una fea tan adorable.

—Creo que le ayudaré a tomarla. Debe estar bastante

malparado.

—Es usted una maravillosa samaritana. Pero este tipo no cazaba solo, su compañero está al llegar...

—Lo esperaremos. Beba despacio.

El agua era gloria pura para sus estallantes pulmones y sus venas ardiendo de dolor. Y la huesuda tabla pectoral de Dora Vásquez, dónde con mucha buena voluntad uno podía percibir algo semejante a un abultamiento, tan cálidamente agradable y reconfortante como el regazo de la madre.

Ella desató sus ligaduras por el expeditivo procedimiento de cortarlas. Entonces Gaillard cayó al suelo de rodillas. Estaba tan entumecido, adolorido y agotado que no consiguió levantarse, la cabeza le daba vueltas y semejaba ir a estallarle. Pero trató de defender lo restos de su dignidad viril cuando ella dijo, alzándolo con más vigor del que parecía capaz de poseer:

—Va a echarse ahí y le daré un masaje. Está agotado.

—Nada de eso. Me voy a vestir...

—Hará lo que le mando, no sea niño.

En verdad, Gaillard no estaba ni física ni mentalmente, en condiciones de resistir ninguna orden. Se derrumbó, pues, y durante los minutos siguientes cerró los ojos, dejando que penetrara en su organismo el bálsamo aliviador de las manos delgadas, suaves, rápidas y diestras de Dora Vásquez, la mujer más deliciosa, la más fea, la más extraordinaria del mundo...

—Una cosa es que se muestre dócil y otra que se duerma.

En efecto, se había dormido bajo la inefable caricia... Gaillard respingó, tomó su *slip* y se lo puso como mejor pudo. Aún estaba fuertemente dolorido, pero aquello ya no era nada comparado con lo anterior. Dora estaba encendiendo un infiernillo de alcohol puesto sobre la mesa y colocó encima una pequeña cafetera. Había también una cantimplora pequeña sobre la mesa, que tomó, tendiéndosela con otra sonrisa de su enorme boca.

—Es coñac. Estos tipos se habían preparado para una estancia bastante larga aquí.

—¿Dónde estamos? Me atizaron en la nuca y desperté ya amarrado aquí.

—En una cabaña de pescadores y cazadores a orillas del riachuelo Baulmes, a unos seis kilómetros de Sainte Croix.

—¿Cómo diablos pudo saber que me traían aquí y llegar tan oportunamente? Dijo que iba a escaparse por otro lado...

—Usted ya lo sabe, querido, está siendo el señuelo, mi peón de ataque. Le dejé ir delante para disparar las trampas que sin duda había tendidas y, en efecto, ha ido disparándolas una a una.

—Es todo un alivio saberlo...

—No debe quejarse. Oyó un disparo de rifle, ¿verdad? Y no fue herido.

Gaillard ya se había embutido los pantalones, tras atizarse un largo trago de reconfortante coñac. Miró tan fijo como pudieron sus doloridos ojos a su interlocutora.

—En efecto...

—Había un tipo apostado a cosa de quinientos metros de distancia, con un rifle de mira telescópica, esperando a que apareciésemos, y otro abajo, en el hondón del valle. El proyecto consistía en liquidarnos el del rifle y que el otro registrara nuestros cadáveres bajo la protección de su compinche. Pero un amigo mío se encontraba lo bastante cerca y cuando el del rifle se dispuso a matarlo a usted se le anticipó, descolgándolo de su nido con un buen balazo. Luego dejamos que usted se encargara del otro.

Y por eso no escuchó ningún proyectil...

—En cuanto a éste de ahí y su compañero, pertenecen a otro equipo. Subieron tras de usted, pero en Sainte Croix sufrieron un inesperado contratiempo que les retrasó, haciéndoles perder su pista. Sin duda recibieron la orden de esperarlo, emboscarlo, atraparlo y conducirlo aquí para someterlo a interrogatorio. Alguien permaneció todo el tiempo vigilándoles, vio lo que le hacían y les siguió cuando lo transportaron hasta aquí, no sin tomar las necesarias precauciones para avisarme. Por mi parte no pensé nunca dejarlo solo ante el peligro. ¿Satisfecha su curiosidad? Ya está el café. Con un par de pastillas de analgésico va a quedar razonablemente reconfortado.

Lo estaba tratando como una madre cariñosa al hijo enfermo. Y ahora ya sabía Gaillard el porqué de su tranquilidad. Al parecer un par de tipos eficientes andaban vigilando por allí fuera...

Tomó la taza llena de humeante café negro y miró de reojo al muerto.

—¿Fue usted?

Dora esbozó una sonrisa. Se estaba sirviendo café.

—Si puedo evitarlo no mato, no me resulta agradable. Pero ahora no tuve opción, había visto cómo le pegaba cobardemente y tenía que dispararle en un mal ángulo, a través del cristal, con la luz de la linterna molestándome. Se precisa mucho entrenamiento.

Se había sentado en la esquina de la mesa, dejando colgar una de sus flacas piernas. Parecía un hombre, un hombre feo. Dios Santo, y era una mujer estupenda, en algunos sentidos...

—¿Sospecha quiénes sean éstos, y los otros? Insistieron mucho en que les dijera dónde estaban los documentos, traté de hacerles creer que el tipo al que maté era mi compañero de excursión.

—Los dos de arriba actuaban por cuenta de alguien que no desea aparezcan esos documentos bajo ningún concepto. En cuanto a éste y sus amigos, creo que han sido contratados especialmente para recuperarlos a toda costa.

—¿Fragoso?

—Más bien el consorcio. Mi tío no emplea pistoleros de ese país. Terminó su café y tomó la camisa de Gaillard.

—¿Se encuentra mucho mejor? Ha de salir de aquí.

—¿Con usted?

—Solo. Si puede, claro.

—¿Y usted?

—Tomaré otro camino. Nuestro conocimiento debe ser exclusivamente social y público, no se le olvide, Roger.

—¿No esperará a ese otro tipo?

—¿Para qué? Es innecesario y podría resultar peligroso.

Gaillard no se sentía en condiciones de discutir. Ayudado por ella acabó de vestirse, recurrió un par de veces más al coñac y, finalmente, se guardó su pistola en el bolsillo. El muerto era un tipo casi de antología, en todos sus detalles físicos, inconfundible en cuanto a su nacionalidad y, casi, casi, su profesión. Había recibido la bala entre los hombros y no llevaba nada de interés, salvo su pasaporte, en el bolsillo. Pero Dora apenas si le echó una ojeada.

—Es falso. No iban a ser tan ingenuos de venir a trabajar aquí con su verdadera identidad. A propósito, ¿por qué dejó el dinero en los bolsillos de aquel otro?

—¿Por qué tendría que habérmelo llevado?

—Por varias razones. Pero yo lo recogí, puede darnos una pista.

¿Qué tal se siente?

—Bastante mejor, gracias a usted. ¿Dónde aprendió a dar masajes así?

—En nuestro país hay toda clase de climas. A veces los grupos guerrilleros debían caminar incesantemente por horas y horas, hasta el mismo borde del agotamiento físico. Hoy aquí, allá mañana... Hacía falta alguien que supiera cómo devolver el vigor y la elasticidad a los paquetes musculares y los centros nerviosos. He estudiado Medicina.

—¿Hay algo que usted no sepa, fea de los diablos?

Dora Vásquez le miró con dos chispas cálidas, risueñas, en los ojos.

—Eso es un piropo, ¿verdad, Roger?

—¿Qué le parece a usted?

Emitiendo una risa baja y grata, ella alzó la diestra y le agarró en inesperado gesto la barbilla.

—No pude aprender a rellenar debidamente mi cuerpo. Y tampoco quise hacerme cirugía facial. Ahora los siento... Largo de aquí, *sir* Galahad, esta noche me he puesto nerviosa.

Roger Gaillard se alejó de la cabaña rumiando aquellas palabras y, también, sus propias inesperadas reacciones. De todos modos, debía ocuparse ahora con prioridad de otra cosa.

—Esa senda no tiene pérdida, desciende por el valle. Como a tres kilómetros, alcanza un camino vecinal más ancho, apto para automóviles. Creo que encontrará allí al que traiga al compañero de este tipo y tal vez a algún otro. Si es así no pierda su tiempo, quíteselo y regrese a Iverdon...

Roger Gaillard era, ante todo, un agente secreto francés. Caminó por la estrecha, retorcida y nada cómoda senda acaso durante tres cuartos de kilómetro, despacio como convenía a su estado y también para ir despejando el cerebro. Luego, al advertir a cierta distancia, ante él, una como luciérnaga movediza, retrocedió sobre sus pasos. Y lo hizo adoptando toda clase de precauciones...

Era una hermosa noche repleta de refulgentes estrellas y abajo, en el estrecho valle por cuyo fondo se deslizaba el turbulento riachuelo, la oscuridad resultaba absoluta. Los búhos y otras alimañas nocturnas movíanse a sus anchas, ellos, y el agua rápida, eran con el viento, los únicos productores de sonido. Magnífica

noche para andar a la caza mayor...

Roger Gaillard se emboscó encima y cerca del sendero a cosa de cien metros escasos de la cabaña, por cuya ventana salía luz, muy poca. Y esperó.

No demasiado. Oyó acercarse, por cierto bastante descuidadamente, gente por el camino. Luego asomó el resplandor de la linterna eléctrica que llevaba el que abría marcha...

Eran dos los que llegaban y pasaron sin ninguna precaución por su lado. Pudo advertir que el de delante empuñaba, no obstante, una pistola y el otro un rifle. También oyó la voz gutural del que antes le habló en la cabaña:

—Espero que Jack lo habrá estado ablandando...

—Hay que lograr que hable, a toda costa. Y luego debe desaparecer sin dejar rastro.

Era una voz cuidada, la de alguien educado en una buena Universidad. Una voz fría y dura, metálica, que Gaillard se propuso no olvidar.

Luego aquellos dos llegaron a la cabaña. Y cuando llegaron allí, sucedió lo que debía suceder.

Roger Gaillard sabía compaginar la prudencia con la temeridad. La astucia con la cautela. En realidad, es el ABC de la profesión y si no se aprende a obrar así no se llega lejos. Se las supo arreglar para conseguir lo que deseaba sin ser descubierto y después descendió por aquella senda mucho más aprisa de como lo hiciera antes.

En efecto, había un coche detenido en el punto donde el sendero desembocaba en un camino vecinal más ancho. Estaba con todas sus luces apagadas, pero aunque no tenía abierta ninguna portezuela ni menos puestas las llaves de contacto, éstas eran nimiedades para un agente secreto.

El coche era italiano y de tipo más bien corriente pequeño, apto para no despertar las sospechas de nadie. Gaillard descendió sin prisas hasta la bien cuidada carretera que bordeaba el lago, pasó por Grandson y siguió a Iverdon, pero no fue a su alojamiento. En vez de ello abandonó la ciudad y tomó la enrevesada carretera que había seguido a primera hora aquella misma mañana.

Sainte Croix dormía apaciblemente como era de esperar, en la hermosa noche primaveral. Y su propio coche se encontraba donde debía hallarse, o sea donde lo dejó. Una rápida y concienzuda

revisión le tranquilizó con respecto a la posibilidad de que hubieran metido alguna bomba en él.

Eran cerca de las tres de la madrugada cuando se detuvo delante del Auberge des Pics en la pequeña y bonita población fronteriza de Vallorbe. El hombre viejo que acudió a su llegada y le miró con suspicacia recibió una convincente explicación.

—Me caí cuando estaba escalando el Dent de Vaulion y estuve conmocionado mucho tiempo, después me costó lo mío llegar a Vaulion...

Que un excursionista se accidentara era algo de todos los días en realidad. Y como Gaillard afirmó haber pasado ya por el médico para que le visitara el conserje nocturno se encogió de hombros, hizo los consabidos comentarios sobre la mala suerte y las imprudencias de los aficionados, le plantó el libro delante, cobró por adelantado la habitación y luego lo acompañó a ella, que no era ni mejor ni peor que otras de otros albergues de las pequeñas poblaciones montañosas suizas.

Roger Gaillard durmió como un leño durante diez horas. Luego se despertó con dolor de cabeza y en todo su cuerpo. Una ducha fría lo tonificó, aliviándole la cabeza. Su hinchazón de la boca no era nada serio ya y los ojos, tras los concienzudos lavados con agua fría de la noche anterior, la caminata en la oscuridad y el sueño reparador, estaban de nuevo en buen estado...

Ya estaba cerrado el comedor, le anunciaron. No parecían conceder mayor importancia ni a su persona ni a su presunto accidente. Ligeramente envarado, Gaillard abandonó el hotel y, antes de entrar en un café cercano, adquirió *La Tribune de Lausanne*. Luego, en el café, pidió un café con leche y unas tostadas con mantequilla, encendió un cigarrillo y buscó la página de sucesos.

No venía ni una palabra acerca de dos hombres muertos a tiros en las laderas meridionales del Chasseron.

Tampoco era como para extrañarse, después de todo. Podían no haberles encontrado aún...

Gaillard se tomó su tiempo para reponer fuerzas y volvió sin ninguna prisa a Iverdon, por la retorcida carretera que desciende desde la frontera al valle que comunica las cuencas de los lagos de Neuchâtel y Léman, desde la cual pueden divisarse por cierto muy

bellos panoramas. Después continuó solazando su espíritu por las riberas del Talent y el Thiele, paró en un bonito rincón a orillas del segundo para degustar una excelente cerveza y unas salchichas exquisitas, con mostaza, servidas por rozagante moza de claros cabellos y sonrisa, casi estuvo en un tris de iniciar un «flirt» de carretera con una hermosa mujer ya no demasiado joven, pero afortunadamente acompañada por una amiga y un hombre, todo lo cual dió el pretexto necesario para anudar primero una charla, después una incipiente amistad, luego relatarles su presunto percance de montañismo en el Dent de Vaulion, y, finalmente, completar el viaje hasta Iverdon en caravana. La joven y apetitosa dama estaba al parecer tramitando el divorcio de su marido, un industrial belga, y por eso había venido a aliviarse de penas y disgustos en compañía de sus amigos, matrimonio formado por un dentista y una agradable, pero bastante charlatana, señora. Que había encontrado a Gaillard muy de su gusto no necesitaba ser expuesto con mucho rigor para resultar evidente. Iban camino de Neuchâtel, le informaron, a pasar allí la noche y seguir después hacia un hotel de montaña donde completarían sus breves vacaciones...

Con absoluto descaro, Gaillard manifestó que él también andaba en plan de descanso y sin verdadero rumbo ni meta. Luego insinuó que Neuchâtel le parecía una hermosa ciudad...

Pasaron por Iverdon al atardecer y se detuvieron a tomar una copa en Le Canard Bleu. Gaillard descubrió al menos una docena de caras conocidas, entre ellas a uno de los ayudantes de Dora Vásquez, que por cierto se hizo el desentendido con exquisita naturalidad. Desde luego, el hombre debía ignorar que ya Gaillard le conocía. Bien, él y otros pasarían el dato de que acababan de verle en muy agradable compañía y con todos los indicios de estar emprendiendo una no menos grata aventura. Alguien iba a sentirse bastante desconcertada y alguien cambiaría sus planes sobre la marcha ante su insólita actitud...

Neuchâtel es una hermosa ciudad, pero sobre todo en primavera. A la sazón estaba bastante llena de turistas, aunque todavía quedaban posibilidades de alojamiento. Gaillard lo encontró en el mismo hotel donde sus recientes amigos tenían reservada habitación, les invitó a cenar y tendió las redes de su galantería

hacia la hermosa señora Carrouge —que así se llamaba la casi divorciada— con toda la destreza de un profesional. Ella, por su parte, facilitó delicadamente las cosas y en cuanto al dentista y su mujer mostráronse de lo más comprensivos y discretos.

De todo lo sucedido después, lo único que realmente tiene que ver con el relato es en verdad muy poco. Puede indicarse que la noche era hermosa, la ciudad también, que pasear en canoa por el lago bajo la fresca brisa alpina es un placer muy recomendable, sobre todo para las almas románticas, y que también pueden recomendarse los paseos por las calles estrechas y retorcidas de la ciudad vieja, en los alrededores de la hermosa abadía medieval y del museo de Arte. Si se quiere, puede añadirse que Neuchâtel, ciudad de casi cuarenta mil habitantes, sita a cuarenta kilómetros de Berna y a orillas del lago de su nombre —que con sus doscientos treinta y ocho kilómetros cuadrados es el mayor de los lagos enteramente suizos— tiene un antiguo castillo, una población de habla francesa y religión en su mayoría protestante, manufactura relojes, joyería y aparatos eléctricos... pues puede decirse sin ofender a nadie ni alzar suspicacias.

Roger Gaillard se levantó al alba, abonó su cuenta y dejó una breve nota para la señora Carrouge en la cual mencionaba a su propia esposa, sus cuatro hijos pequeños «uno de ellos poliomielítico», y la certeza de que su recuerdo y el de aquel breve «intermezzo» romántico sería para siempre jamás como una flor fragante dentro de su pecho. Cosas de éstas suelen conmover a las mujeres...

Luego montó en su coche y salió de Neuchâtel a buena marcha. Media hora después entraba en Iverdon.

La noche anterior había hecho una llamada telefónica de larga distancia desde la misma central de teléfonos. Tardó veinte minutos largos en regresar junto a sus recientes amigos y explicó que había solicitado le mandaran el equipaje al hotel de montaña a dónde ellos se proponían ir. Eran buena y honesta gente de clase media, le creyeron sobre su palabra.

Pero en el mundo de los agentes secretos nadie cree en la palabra de nadie. Y hacen bien.

Por eso él, ahora, venía a Iverdon de nuevo. A dormir. Y a ver qué sucedía después.

## CAPÍTULO VIII

De momento nada sucedió. Roger Gaillard volvió a dormir a pierna suelta unas cuantas horas, que bien lo precisaba. Luego se levantó, se duchó, comprobó que no le quedaban apenas huellas visibles de la tortura de dos noches antes y que volvía a encontrarse físicamente en forma, comprobó el perfecto funcionamiento de su automática, la que había encontrado en el salpicadero de su coche por la mañana, que no era la misma que dejó por la noche y con la cual diera muerte al tipo llamado Schultze, se la guardó en lugar adecuado, se vistió de modo no menos conveniente y bajó a almorzar.

En el comedor del hotel reinaba la animación habitual y no descubrió a nadie especialmente de su interés. Llegó el *maitre*, pidióle su comida y, al desplegar la servilleta, encontró la nota.

Era muy breve y expresiva.

«Le espero en un “Mercedes” azul con placa de Berna, estacionado a cien metros del hotel, en la esquina del muelle. Si es inteligente, vendrá».

No había firma. Pero tales notas no suelen llevarla. Gaillard volvió a doblarla, sacó su mechero, le prendió fuego despacio y la dejó en el adjunto cenicero. Sabía que al menos dos personas estaban vigilándolo.

Comió con apetito y sin ninguna prisa. Cuando salió del hotel, nadie habría advertido que todos sus sentidos estaban en tensión.

El «Mercedes» estaba allí, en efecto. Junto a él, un chófer de uniforme, un chófer de película de agentes secretos importantes. Al verle llegar se movió de manera impecable para abrirle la portezuela trasera.

De entrada, Gaillard se llevó una bonita sorpresa. Porque quién

estaba esperándole era una despanpanante morena cuidadosamente vestida para resaltar sus encantos pero, a la vez, sin lugar a dudas una señora. Aquella mujer no excedería de los treinta años y era, en efecto, la clase de «enemiga» que ha dado tanto éxito de público masculino a James Bond. Lo acogió con una sonrisa deslumbrante y un francés de colegio caro.

—¿No quiere pasar, señor Gaillard?

—Con sumo placer, señora Morães.

La hija tercera del general Frago, por muchos años dictador absoluto de Esperanza y a la sazón exiliado forzoso en Suiza, ensanchó su sonrisa.

—Veo que me conoce...

—Es usted demasiado hermosa. Pero además, estuve en su país hace unos años y pude ver su fotografía muy a menudo.

—¿Sólo eso? Tenía entendido que conoció a mi esposo.

—Deben haberla engañado en tal detalle. No tuve nunca en menor contacto personal con él.

Ya estaba dentro del coche. Y el coche se alejaba despacio, hacia la salida occidental de la pequeña ciudad. La viuda de Morães había sacado un largo cigarrillo emboquillado, ahora esperó fuego. Tenía unos ojazos verdes realmente magníficos y no se le notaba gran cosa el que hubiera dado cinco veces a luz. Su caro perfume impregnaba las membranas nasales de Gaillard.

—Entonces deben haberme informado mal —dijo suave—. Me contaron que es un gran amigo de Julio Augusto y que él le tiene mucha confianza.

—Hay gente capaz de todo con tal de ganar un poco de dinero. Ya ve, a mí me dijeron, no sé dónde ni quién, que usted odia mortalmente ahora a su marido y que él se ha escondido por eso.

Hubo un centelleo muy breve, pero muy significativo, en los hermosos ojos femeninos. Luego ella se escondió en humo azulenco.

—En eso no le informaron mal, señor Gaillard. Yo odio a mi marido con toda mi alma porque traicionó a mi padre. Pero a la vez le amo con locura, y es el padre de mis hijos. Tal vez le resulte extraña mi afirmación...

—Hace tiempo que aprendí a no extrañarme de nada que pudiera venirme de mujeres.

Ella sonrió de nuevo. Parecía simplemente muy hermosa, pero...

—Mi prima Dora no me engañó al describírmelo —dijo sorprendentemente—. En realidad, ella tiene una grandísima ventaja sobre nosotras, es tan abominablemente fea y falta de atractivos físicos, la pobre, que a ustedes no les importa mostrársele tal como son. Con las que tenemos cierto atractivo, en cambio, siempre se comportan falsos y engañadores.

—Es terrible que opine así de nosotros, señora...

—Es la pura verdad. Pero la pobre Dora tiene sus compensaciones, al estar tan por completo fuera de juego. Me contó que eran antiguos y buenos amigos. ¿Se conocieron tal vez en Esperanza?

Aquella hermosa gata de lujo, mimada, pasional y, si no mentían sus informes, tan cruel como su padre, no iba a jugar con él... Gaillard asintió con la más galante de sus sonrisas.

—Así es. Y fue totalmente por casualidad. En realidad, su prima de usted, cuando se la conoce un poco, resulta tan fascinante que uno llega incluso hasta olvidarse de su clara falta de atractivo físico.

—¿De veras? Sin duda es por eso que ella se muestra tan apasionada de usted. No me diga que la cortejó...

—Por Dios, señora. Soy galante, pero no un perverso.

Ella rió y jugó muy aviesamente sus pestañas.

—¿Y a mi esposo, cuándo le conoció?

Pero Gaillard era un veterano.

—Jamás, ya se lo he dicho.

—Sé que me está mintiendo, señor Gaillard. Es más, sé que en la actualidad obran en su poder determinados documentos que mi esposo robó a mi padre hace tiempo, documentos de la máxima importancia...

—Quien le haya informado sin duda demuestra mucho sentido del humor. No sé de qué me habla.

Ella no reía ahora. Curioso, cómo sus grandes ojos verdes podían pasar rápidamente del acariciante fulgor a un brillo verde, maligno y cruel...

—Estamos perdiendo el tiempo, señor Gaillard —dijo con voz cortante e imperiosa—. Sé muy bien que tiene esos documentos. Póngales precio y los pagaré.

—Ya veo que no me cree...

—No le creo.

—¿La ha enviado su padre o actúa por propia iniciativa? Lo digo a causa de la fama de él, que me resulta de lo más inquietante, aunque estamos en Suiza, que es un país civilizado...

—Deje los histrionismos. No me envía mi padre, pero le aseguro que soy digna hija suya y que puedo, si se me obliga, ser muy implacable.

—Diablos, señora, eso parece una amenaza...

—Usted parece ser hombre muy duro, tras su apariencia de «playboy» tallado y apacible. Bien, yo voy a ir directa al grano, señor Gaillard. ¿Le gustaría tener un millón de dólares en una cuenta corriente cifrada, a su nombre, en uno de los Bancos de este país?

Gaillard silbó con suavidad. No le quitaba ojo a su bella acompañante y tenía la certeza de que aquel juego sólo había comenzado.

—Eso no se le pregunta a un humilde mortal, señora...

—Deme esos documentos y será suyo inmediatamente.

—Está convencida de que tengo esa cosa...

—Totalmente. Anteayer, usted viajó al monte Le Chasseron, cerca de la frontera francesa, como un apacible excursionista; pero en realidad fue, con otra persona, a recoger esos documentos en el punto que mi marido le indicó, exactamente una cueva que existe en la parte alta del risco en la cima del monte. Más tarde usted asesinó a su acompañante y ocultó los documentos en alguna parte, o tal vez tenía a un cómplice preparado para escapar con los documentos mientras usted procuraba despistar a posibles perseguidores. Admito que ha sido muy hábil, señor Gaillard, pero eso terminó. Los documentos nos pertenecen a nosotros, los Fragoso, devuélvanoslos, cobre su dinero y disfrútelo en paz.

—¿Está segura de que podía... caso de tener en realidad esos documentos que dice, señora Morães?

Ella parpadeó ligeramente.

—Si se refiere a que podríamos darle muerte, usted mismo lo ha dicho, nos encontramos en un país civilizado y nosotros, los Fragoso, deseamos permanecer en él.

—Bueno, desgracias imprevistas ocurren también en Suiza. No hace tanto le sucedió una a un pacífico pescador.

Centellearon los ojos verdes de la mujer.

—Esperaba que lo mencionase. Piensa que nos hemos tragado esa historia de que se trataba de mi esposo...

—Vuelve a hablarme en chino. Yo me refería a un pacífico pescador, un compatriota mío.

—Y yo me refiero al individuo con unas cicatrices producidas por un accidente de automóvil y posterior cirugía facial barata, al que trataron de hacer pasar por mi marido para así mejor engañarnos. No, señor Gaillard, los dos sabemos que Julio Augusto está vivo. Yo sospecho, además, que usted sabe dónde se halla, por eso voy a darle un mensaje para él.

Hizo una leve pausa y añadió, apretando el acento:

—Dígale que no deseo su muerte porque aún le amo demasiado y no puedo olvidar que me hizo muy feliz; pero que si esos documentos llegan a manos del actual Gobierno de nuestro país, o a los del Servicio Secreto francés, ya no quedará nada entre nosotros y no sólo dejaré que mi padre le dé su merecido, sino que yo misma haré cuanto pueda para lograr su perdición. Dígaselo así, señor Gaillard, y también esto otro; que aún no está todo perdido para nosotros dos...

Calló, suspiró hondo y cambió tanto de acento como de expresión para añadir:

—Usted puede ganarse ese millón de dólares si es hombre prudente y sensato. Yo se lo pagaré de mi dinero. Si es amigo de mi esposo, entregándome esos documentos le salvará la vida. Hay en estos momentos en Suiza, por estos alrededores, mucha gente deseosa de conseguirlos a cualquier precio, señor Gaillard.

Gaillard parecía impasible, pero su cerebro hervía como una caldera puesta a toda presión.

—¿Qué podría hacer para convencerla, señora? Yo...

—Tiene sólo un camino. Y cuarenta y ocho horas de tiempo, ni una más. Quiero esos documentos, tráigamelos. Conoce mi residencia, le espero en ella pasado mañana a esta misma hora. Si no viene... mandaré a por usted. Y le hablo como Haydèe Fragoso, señor Gaillard.

Aún estaba el gélido escalofrío en la espalda de Roger Gaillard cuando se apeó del «Mercedes», que se alejó sin mayores prisas, doblando la próxima esquina para desaparecer. El, ahora, se encontraba en pleno centro de Iverdon porque durante su entrevista

sólo habían estado dando un paseo por las afueras de la pequeña ciudad. En el centro de Iverdon... y del más endemoniado lío que recordaba de su ajetreada existencia de agente secreto.

Sacando tabaco, encendió un cigarrillo pausadamente...

Y medio segundo después de prenderle fuego brincaba en un ágil salto de carnero hacia el interior de la acera, esquivando por pocos centímetros al potente coche deportivo de marca inglesa que había surgido de repente a su espalda como monstruo rugiente, a una velocidad del todo prohibida en población, metiéndose de lleno en la acera esquinera.

Gaillard saltó como un jugador de *rugby* y fue a meterse casi de cabeza en la entrada de una pequeña mercería. Seis metros más allá, dos muchachas muy jóvenes con brevísimas minifaldas debieron gritar mucho, a juzgar por sus gestos, aunque el ruido del motor del coche homicida no lo dejó oír. Dentro de la mercería, otras cuatro mujeres, entre clientes y empleadas, se asustaron mucho también.

Gaillard se reincorporó velozmente, sin hacer caso al dolor de un par de pequeñas contusiones. Llegó justo a tiempo de ver desaparecer la cola del coche deportivo por un recodo de la calle, sesenta metros escasos más allá. Una docena de transeúntes y el conductor de otro vehículo, que debió subirse a la acera de su mano para aludir el choque, estaban aún blancos del susto.

Todo había ocurrido tan aprisa que uno podía preguntarse si de veras pasó. Y ahora, Roger Gaillard era el blanco de la curiosidad hiperexcitada de los espectadores de la escena, podía imaginarse sin error lo que estaban pensando. Demasiadas películas de agentes secretos y criminales internacionales...

## CAPÍTULO IX

Ser blanco de la curiosidad ajena es lo peor que puede sucederle a un agente secreto, lo que más abomina. Roger Gaillard hizo un par de muecas encaminadas a tranquilizar a las mujeres de la mercería y las minifalderas de la acera, dio media vuelta y salió.

Tenía que alejarse inmediatamente de Iverdon, para él la bonita ciudad habíase vuelto una trampa mortal. Faltó muy poco para que el tipo melenudo del coche deportivo se lo llevara por delante y era la segunda intentona en cuarenta y ocho horas, sin contar con que los amigos de la pareja que lo capturó y torturó debían estar más que ansiosos de atraparlo para pedirle explicaciones sobre lo sucedido y la total desaparición de aquellos dos. Además estaban los «muchachos» del general Frago, personajes cuyo sólo recuerdo, y el de su modo de actuar, ponía la carne de gallina. ¿Por dónde diablos andaría Dora Vásquez? Reuniendo, sin duda, el *puzzle* dejado por Morães, que al parecer estaba tan muerto como él mismo, y no más en riesgo de fallecer por muerte violenta...

Llegó al hotel sin novedad y pidió que le preparasen la cuenta. Luego subió a su habitación y antes de entrar tomó las precauciones imaginables.

Después también. Gracias a que ahora sentía una total y absoluta desconfianza hacía todo el género humano, pudo encontrar, dentro de una de sus maletas, el paquetito cuidadosamente envuelto.

Podía ser una bomba... pero no lo era. Se trataba de algo por lo menos tan efectivo para poner a una persona fuera de combate, exactamente cosa de un cuarto de kilo de heroína pura metida en sobres de celofán, dos docenas de sobrecitos cuidadosamente cerrados.

Aquello ardía en las manos. Roger sólo conocía un medio realmente efectivo de quitarse de ellas tal regalito. Estaba seguro de

que antes de mucho la policía suiza iba a presentarse allí, o lo detendrían en el vestíbulo, en la calle, avisados anónimamente de que él llevaba una buena cantidad de droga para expender. De acuerdo con la legislación suiza eso significaba cinco años de cárcel. Y el Servicio no acudía en ayuda de uno de sus agentes cazado de modo tan efectivo y clamoroso.

Afortunadamente el celofán ardía muy bien y el fuego consumía la heroína rápidamente. Por lo demás, la taza del retrete no quedaría demasiado impregnada de humo y el olor característico de la heroína quedaría presto diluido por el otro no menos característico...

Por suerte, también, había una puertecilla al pie del baño y dentro, en el hueco correspondiente, una serie de esos adminículos tan popularizados por los anuncios de la televisión. Gaillard fregoteó la taza del retrete con tanta energía como buenos propósitos, después ocultó aquellos adminículos en su lugar y se lavó de nuevo. Sus papilas olfativas, excitadas por la necesidad, no pudieron captar nada cuando olisqueó. Nada que oliera precisamente a heroína quemada, claro...

Apenas tres minutos después de haber completado satisfactoriamente su trabajo escuchó los pasos pesados y la seca, imperiosa, característica llamada.

—Abra, señor Gaillard. Policía.

Abrió con su mejor sonrisa. Entraron un hombre de paisano y un gendarme. Otro quedó en el pasillo. El de paisano sacó y mostró algo con el gesto ya clásico.

—Inspector Delbecque, Brigada de Narcóticos. A ver, su pasaporte.

Gaillard se mostró como la inocencia personificada.

—Supongo que esto tendrá alguna razón, inspector. Porque de lo contrario pienso quejarme al cónsul en Lausana, a mi Embajada...

Le hicieron el caso que esperaba. Y no dejaron nada por registrar, incluso su propio cuerpo. Naturalmente, encontraron cosas, aunque no lo que venían buscando.

—Excelente arma... ¿Suele llevarla encima cuando sale de paseo, Gaillard?

—¿Y por qué no? Hoy día un hombre pacífico puede verse abocado a situaciones muy desagradables, abundan los «blusons

noirs», «beatniks», «black-jackets» y demás fauna agresiva.

—Ya. Y por eso carga con una «Beretta especial» del nueve corto... Supongo que daría cuenta de eso al entrar en el país, ¿verdad?

—Se lo dije al agente de aduanas y le expliqué por qué la llevaba. Mi licencia de armas está totalmente en regla, como mi pasaporte, puede comprobarlo.

—Lo vamos a hacer.

Luego, el par de agentes de Narcóticos contemplaron con atención las señales de las caricias que le hicieron los dos tipos en la choza de pescadores y cazadores junto al riachuelo.

—Parece como si le hubieran maltratado hace poco...

—Me maltraté yo mismo, en cierto modo. Anteayer sufrí una caída en la montaña...

—¿Quizás en Le Chasseron?

—En el Dent du Vaulion. Pueden comprobarlo, el médico de Vallorbe me curó las contusiones y pasé la noche en el albergue de la población... ¿Puedo saber de una vez de qué se me acusa, señores? Éste es un trato indigno, creo que tengo derecho...

Le hicieron el caso justo y se lo llevaron, junto con su equipaje, a la comisaría local. Allí, durante una hora larga, el par de agentes de Narcóticos se turnaron tratando de encontrarle un punto flaco. Gaillard casi se sentía divertido.

—Anteayer por la tarde fue asesinado un hombre en la cara Sur de Le Chasseron. De dos disparos de pistola, una «Beretta especial». ¿Qué sabe de eso?

—Nos consta que estuvo ese día en Sainte Croix, su coche fue visto allí...

—¿Dónde ha escondido la heroína que le robó a ese individuo?

Así durante sesenta minutos. Pero para un agente secreto, los interrogatorios de la policía de un país civilizado y democrático son fruslerías sin importancia.

Y cuando finalmente el inspector salió, llamado con urgencia, y retomó al cabo de diez minutos, su expresión había cambiado.

—Puede marcharse —le gruñó—. Pero tenga esto en cuenta, vamos a vigilarlo muy de cerca y a la primera le echaremos mano. No nos gustan los agentes secretos, Gaillard.

Eso ya lo sabía Gaillard. Los suizos, sobre todo su policía, son

muy celosos de su soberanía. Quién diablos desveló su identidad aún tenía que averiguarlo. Tal vez los policías suizos, muy eficientes, descubrieron su llamada telefónica desde Neuchâtel a París...

Como le habían traído su equipaje, Gaillard no quiso quedarse en Iverdon. Por otra parte era una pieza marcada y muchos los cazadores, viajar, en tales condiciones, una total temeridad.

La carretera que bordea por el Sur el lago de Neuchâtel va casi siempre pegada al lago. Por otra parte, suele tener una relativa densidad de tráfico circulatorio. Quienes por dos veces intentaron matarle, quienes ya una lo capturaron, más algunos otros, contaban con bastantes oportunidades...

Sin embargo, nada le sucedió. Cabía en lo posible que la conducta de la policía hubiera desconcertado a algunos de ellos, pero los demás...

Yvonand es una de esas encantadoras pequeñas poblaciones suizas que parecen fabricadas a medida para gentes ansiosas de paz, sosiego y buena vida. Apretada entre el lago y la montaña, como a una docena de kilómetros de Iverdon y en la desembocadura del riachuelo Menthue, convidaba a detenerse en su calle principal, o su pequeña plaza típica, a sentarse al sol y saborear una cerveza dejando vagar el ánimo y la mirada en especial beatitud de espíritu.

Aquello parecía estar realizando, en la terracita del coquetón café-bar, una mujer que no se apartaba de la mente de Roger Gaillard desde hacía días.

Ella le miró con su risueña expresión característica cuando frenó a su coche y sacó la cabeza por la ventanilla.

—¡Hola, Roger! ¡Qué fantástica sorpresa! No me diga que vino a buscarme.

Gaillard salió del coche y se le acercó, mirándola a los ojos.

—Y usted no me diga que sabía que yo iba a pasar por aquí. Lo he decidido hace justos diez minutos.

—¿Por qué no se sienta conmigo? Aquí se está estupendamente. El obedeció y sacó tabaco.

—No creo en los milagros ni en la telepatía, pero usted va cambiando mi opinión. ¿Cómo está aquí?

—Llegué hace algo más de dos horas, procedente de Friburgo,

una deliciosa ciudad que debe conocer. Me encantó este sitio y me detuve a tomar algo, mientras pergeñaba uno de mis pequeños poemas.

—Entendido. Y yo soy el soldadito de chocolate que va huyendo de la golosa antropofagia de Juanito.

Ella dejó que se marcaran los semicírculos de arrugitas alrededor de sus ojos.

—De acuerdo. Usted tenía que salir huyendo de Iverdon después de que por poco lo aplastan contra una pared. Sólo tres carreteras salen de Iverdon: Hacia Neuchâtel, hacia Lausana, y ésta. Las dos primeras son magníficas y están normalmente muy concurridas, ésta es pequeña y a menudo poco menos que solitaria. Si volvían a meterse con usted, lógicamente tenderían su trampa en ésta. De modo que se vino por aquí en vez de hacerlo por dónde, lógicamente, escaparía un hombre prudente.

—Elemental, querido Watson. ¿Qué me dice de la visita de la policía suiza... y de todo lo demás? Porque la sé muy bien enterada de cuánto concierne a mis andanzas.

—Enteradísima. ¿Sabe que a la pobre señora Carrouge le acaban de dar un susto de muerte esta mañana? No van a quedarle muchas ganas de buscar nuevas aventuras románticas con arrogantes desconocidos encontrados en medio de un camino. Ella y sus amigos han pasado un mal rato y aún deben estar reponiéndose.

—¿Qué les sucedió?

—Los detuvieron en plena carretera y a punta de pistola se los llevaron a una granja al parecer desocupada, dónde les estuvieron apretando los tornillos para que entregaran lo que todos andamos buscando. Esos muchachos de allende el mar son brutalmente expeditivos, pero no brillan por su astucia. Su eficiencia es clásica, sin embargo carecen del toque genial que suele caracterizarnos a los europeos e hispanoamericanos. Me gustaría conocer la opinión que abriga ahora de usted la guapa señora Carrouge, después añadió:

—¿Qué impresión le ha causado mi prima Haydèe?

Gaillard se tomó un sorbo de la fría cerveza antes de contestar.

—Me gustaría conocerla más a fondo. Totalmente a fondo, a ser posible.

Dora Vásquez rió quedo.

—Bruto. No es posible, entre sus abundantes defectos, Haydèe

no tiene ése tan común. Le habrá dicho que aún ama a su marido. Y es verdad.

—Pero según usted, se ha convertido en su peor enemiga.

—No conoce a las mujeres de mi país, Roger. Son de fuego puro y totalmente irracionales en lo tocante al corazón. Haydèe es hoy día la peor enemiga de su esposo precisamente por tanto como lo ama. No ha tenido otro hombre, eso se lo puedo asegurar. Y no le perdona que nunca le participara sus proyectos en contra de su padre.

—¿De veras?

—Para una mujer como Haydèe, entre el padre, a quien quiere y respeta, y el marido al que ama locamente, que le ha dado varios hijos, no hay opción, Roger. Pero como él le ocultó hasta el final sus manejos, se ha considerado mucho más traicionada que si Julio Augusto hubiera tenido varias amantes públicamente. El padre de sus hijos, el hombre por quién ella se sabe capaz de todo, no tuvo la más absoluta confianza en ella, que sí la tenía en él. ¿Va comprendiendo?

—Ajá... Demonio, me alegro de ser célibe y, sobre todo, de no estar casado con una mujer de Esperanza.

Dora le lanzó una mirada rara y un dardo verbal.

—Le aseguro que podrían ocurrirle cosas muchísimo peores. ¿Cuánto le ofreció Haydèe por los documentos?

—Un millón de dólares. Suyos, asegura.

—Tiene a su nombre diez millones en dos Bancos de este país, puede pagarlo. No creyó sus protestas de ignorante inocencia, claro.

—Ni una sola.

—Es mucho más astuta de lo que parece. Y peligrosa. Pero tiene algo de lo que su padre siempre ha carecido, instinto de lealtad. Está convencida de que usted a despertado en mí una especie de volcánica pasión entre romántica y patológica. ¿No se lo dijo?

—¿Quién se lo ha hecho creer?

—Yo misma. Estuve en su casa almorzando ayer, sin ir más lejos, y vertí en sus oídos una serie de íntimas confidencias femeninas. Como todas nosotras, Haydèe se vuelve loca por tales historias y está tan convencida como cualquiera de que mis glándulas sexuales funcionan normalmente, lo cual, unido a mi relevante imposibilidad de levantar el más mínimo entusiasmo masculino y mi congénita

timidez de mujer fea, debe de provocarme una serie de complejos tremendos y unas reacciones de tipo patológico dignas de una novela de éxito mundial. Nada más fácil que probarla, con un relato no apto para almas pudorosas hecho en secreto confidencial de mujer a mujer, mi patético estado de desvarío erótico-romántico provocado al reencontrarme casualmente el otro día con un estupendo ejemplar macho de nuestra especie al que conocía de antiguo y que siempre me provocó alucinaciones. Naturalmente ya ella conocía su existencia por otras fuentes, así como nuestro encuentro en el hotel de Iverdon; se guardó de decírmelo, compartió caritativamente mis congojas, me dio consejos de mujer casada y, por tanto, experta en tales lides, luego fue a buscarle. Necesita esos documentos tanto como cualquiera.

—¿Para salvarle la vida a su marido o para destruirlo personalmente?

Dora hizo seria su sonrisa y fumó despacio. Ninguna mujer podía, como ella, cambiar tan aprisa la expresión y expresarlo todo con los ojos y la boca sin precisar palabras.

—Le doy mi palabra de que hasta hace cuarenta y ocho horas también creía muerto a Julio Augusto —dijo despacio, mirándolo a los ojos—. Y espero que me crea. Para mí ha sido una inmensa alegría, porque lo quiero como a un hermano.

Algo, el instinto, tal vez un loco deseo de creerla, dijo a Gaillard que era sincera. Suspiró y meneó la cabeza.

—Parece de lo más extraordinario. ¿Cómo lo supo, por su prima?

—No. Ella jamás me habla de nada que atañe a la política. Imagina, como todo el mundo, que detesto a la política y a los políticos, comenzando por su propio padre, que sólo vivo para mis manías, mi erotismo refrenado y subjetivo, mis fantasías mentales y mis estudios desordenados. ¿Recuerda el *puzzle*?

—Muy bien. ¿Lo descifró y halló más piezas?

—Otras dos. En la tercera Julio Augusto me decía cómo pensaba desaparecer definitivamente, sin que nadie, incluyéndoles a ustedes pudiera encontrarlo.

—Ese tipo al que mataron, entonces...

—Un verdadero francés. Julio Augusto lo encontró por casualidad. El hombre había sufrido un accidente de automóvil y

tuvieron que arreglarle la cara, estaba arruinado y padecía un presunto cáncer de hígado. Julio Augusto le ofreció cien mil francos franceses porque ocupara su puesto e hiciera todo aquello que habíase planeado para él. Le hizo creer que era un banquero suramericano desfalcador de los fondos de su Banco. El otro no tenía mucho que perder, sabíase condenado por su enfermedad y los cien mil francos representaban la seguridad para su gente.

—Entonces, Julio Augusto...

—Durante los últimos meses, mientras su cómplice ocupaba su lugar y todos quienes conocíamos el asunto estábamos convencidos de que era él, precisamente porque el convenio había sido no acercársele y dejarlo en paz, se dedicó a ocultar los documentos y las partes del *puzzle* en lugares que nadie imaginaría nunca, preparándose de paso su propio refugio definitivo. Cuando asesinaron a su cómplice, creídos de que acababan con él, se apresuró a esconderse y antes me envió la primera pista, por correo. Pero ni siquiera yo voy a saber dónde se halla, al menos por ahora. Sabe que nunca vivirá a salvo mientras su suegro esté con vida.

## CAPÍTULO X

Ahora los dos iban en el coche de ella y ella conducía. La estrecha carretera comarcal remontaba el curso del Menthue hacia el pueblo de Cronay por un hermoso valle repleto de placidez, como el día.

—Nuestros amigos a sueldo del consorcio tienen órdenes de matarlo a usted a toda costa; el atentado con el coche deportivo les falló y la jugada posterior del servicio secreto de mi tío les ha impedido reaccionar a tiempo.

—¿Le debo a su tío el aviso a la policía?

—La policía suiza fue anónimamente informada de que usted tenía algo que ver con la muerte del individuo cuyo cadáver había aparecido con dos balazos en el cuerpo en las estribaciones de Le Chasseron. El anónimo insinuaba que tratábase de un ajuste de cuentas entre contrabandistas de estupefacientes. Supongo que usted debió encontrarlos antes...

—Tengo cierta experiencia y soy de lo más desconfiado. Después de la conferencia con su prima, del intento de aplastarme contra una pared en un accidente de circulación, no iba a ser tan ingenuo como para no esperar la tercera intentona, así que registré mi habitación y mi equipaje. Esa gente no repara en gastos, me habían metido casi un cuarto de kilo de heroína en una maleta.

—El general Fragoso está acostumbrado a no tacañear. Su proyecto era conseguirle una buena celda en una prisión suiza, a dónde le llegaría a su tiempo una oferta de libertad a cambio de los documentos. En cualquier caso, usted iba a quedar fuera de combate y, a la vez, del alcance de los otros grupos.

—Pues no se ha salido con la suya.

—Sospeché lo que estaba sucediendo. Y yo también sé enviar anónimos.

—¿Quiere decir que fue usted...?

—Quien avisó al Servicio de usted, sí. Ellos hicieron lo demás. Ya hemos llegado.

Detuvo al coche. Gaillard miró a su alrededor desconcertado.

—¿Llegado? ¿A dónde?

Ella le enseñó con su índice un determinado punto en el paisaje.

—Vamos allí.

A cosa de medio kilómetro de distancia las casas del pequeño pueblo de Cronay se apiñaban junto al río. Al otro lado del mismo, encima de un peñasco que emergía del bosque, Gaillard pudo distinguir lo que parecióle las ruinas de una fortaleza.

—La Torre de Cronay. —Dora le tendió los prismáticos que acababa de sacar—. Edificada en el siglo XIII y destruida definitivamente, por el hierro y el fuego, en el XVI, durante las guerras de religión. Los turistas suelen visitarla a menudo, nadie se extrañará si nos ve ir, es un sitio de lo más romántico.

Gaillard ajustó los prismáticos y estudió las ruinas de la fortaleza. Luego miró a su acompañante.

—Ahí está el cuarto pedazo del *puzzle*, ¿verdad?

—Sí. Andando, tenemos que caminar.

Se quitó los zapatos de tacón y se puso otros, recios, que debía traer preparados. Cuando salió del coche, caminó airosa. Sus flacas piernas y su minifalda eran todo un desafío...

Atravesaron el Menthue por un rústico puentecillo y continuaron por un sendero serpenteante hacia el denso bosque.

—Es de lo más excitante, me siento como una de aquellas princesas de antaño lanzándose a temerosas aventuras en compañía de gallardo e invencible paladín.

—Espero que nuestros muchos amigos no conviertan su fantasía en poca agradable realidad.

—Tranquilícese. En estos momentos todos ellos saben que usted va, en compañía de una rubia despampanante, a buena velocidad entre Cheyres y Estavayer-le-Lac. Pero no van a tener tiempo de tenderle una trampa, cuando lleguen junto a su coche usted y la rubia habrán desaparecido. Un apacible pescador de caña que andará por allí contará a quien desee saberlo que los dos se introdujeron en una canoa a motor y salieron disparados a través del lago, hacia Saint Aubin. Cuando lleguen a Saint Aubin nadie podrá darles noticias de usted ni de la rubia. Y mientras tanto,

nosotros habremos podido actuar tranquilamente.

—Maravilloso. Por eso me pidió que diésemos el paseo hacia el lago y ya no volvimos al café...

—Naturalmente. Estaban a punto de llegar quienes le dan caza y era necesario facilitarles pieza. No quiero exponerlo sino lo imprescindible, Roger.

—Por lo cual le estoy muy agradecido.

Ella le sonrió y le tendió una mano, apretándole con agradable fuerza la suya.

—Soy demasiado romántica —dijo—. Y mi debilidad han sido siempre los tipazos de pelo rubio oscuro que tienen un hoyuelo en el mentón y a quienes al sonreír se les llenan los ojos de arrugas.

Lo dijo de tal modo que a Gaillard se le erizó el vello de la nuca.

—¿No correrá peligro en el profundo bosque mi inocencia? —inquirió. Dora le hizo un gracioso mohín con su gran boca.

—Es un riesgo que deberá correr, *sir* Gaillard. Soy una bruja de lo más perverso...

¿Por qué diablos el meterse en el umbrío bosque cogido de la mano de aquella mujer flaca y fea tenía que alterarle el pulso a él, Roger Gaillard, agente especial del Gobierno francés en misión de servicio y harto de acompañar a beldades? Endemoniada mujer...

Endemoniada, lista, hábil, astuta... como pocos agentes secretos que él hubiera conocido. Como el elusivo y misterioso Julio Augusto Morâes, ambos formaban, sin lugar a dudas, una pareja extraordinaria. Lo estaban utilizando simplemente como a un peón en su juego y eso resultaba humillante por demás, sin embargo, por nada del mundo quería echarse a un lado... aunque hubiéranse lo consentido.

Cruzaron el bosque sin novedad y treparon hacia las ruinas por un sendero en estado salvaje, cuidadosamente salvaje. Los suizos son maestros en eso de explotar el turismo y las ruinas de la pequeña fortaleza, por otra parte sita en un lugar muy romántico y de lo más sugestivas en sí mismas, estaban astutamente realzadas, cuidadas y enmarcadas. Por cierto, un pequeño grupo de turistas no identificables a simple vista, pero que resultaron ser, sorprendentemente, españoles, hallábanse allí tomando las consabidas fotografías y escuchando las explicaciones del guía. Ni que decir tiene que las mujeres del grupo, orondas buenas mozas en

su mayoría, demostraron con sus expresiones lo que debían estar opinando acerca de tan dispar pareja y la suerte de algunos adefesios extranjeros.

No había bastantes ruinas para todos, de forma que ellos dos se demoraron hasta que el grupo reemprendió el descenso hacia el pueblo. Entonces, Dora le indicó a Gaillard la torre de homenaje.

—Es ahí.

La torre estaba convenientemente desmochada y hábilmente restaurada, en complicidad con yedra salvaje.

Dora sacó un papel doblado y examinó el croquis a lápiz que contenía.

—Lo he trazado yo misma de acuerdo con las indicaciones de Julio Augusto. Tiene que trepar hasta ahí.

Ahí era un punto a unos seis metros del suelo. Aparte los resquicios entre las grandes piedras del muro, había un tronco de yedra bastante grueso. Dora contestó a la dubitativa mirada de Gaillard con una sonrisa.

—Subiría yo de haber traído pantalones. Francamente, con minifalda no me parece honesto, ofendería demasiado a su sentido estético.

—Puedo prestarle los míos.

—Me vendrían demasiado grandes. Trepe, yo le iré indicando.

Gaillard obedeció. Para eso había sido traído...

A seis metros de altura sobre el suelo, una de las piedras sólo estaba encajada, muy hábilmente por cierto. Pero aunque no era de las mayores, ni mucho menos, extraerla con una mano mientras con la otra uno se sujetaba a un tronco de yedra y los pies introducíanse a duras penas unos cuantos centímetros entre otros dos sillares y entre la yedra y el muro, resultaba una bonita hazaña, a decir verdad. Desde abajo, Dora iba dirigiendo la tarea.

—Saque la piedra y déjela caer, ya no importa.

No había mejor solución, porque pesaba varios kilos y no había modo de sujetarla. Gaillard se preguntó cómo demontes Morães pudo arreglárselas para hacer aquel trabajo...

Allí dentro había una bolsa de plástico. Y dentro del plástico una doblada hoja de papel. Se la tiró a Dora y descendió despacio, porque la yedra crujía ya de modo amenazador...

Ella estaba examinando el papel con entrecejo fruncido cuando

llegó a su lado. Y no le extrañó lo más mínimo descubrir el galimatías cuneiforme.

—Espero que sea el último pedazo y que nos diga dónde están esos dichos documentos...

—Me parece que no. —Dora ni lo miró siquiera—. Pero ya estamos acercándonos al final.

—¿Qué dice ahí?

—Nada especialmente interesante. Deberé cotejarlo con los otros pedazos del *puzzle*.

—¿Los trae encima?

Él sabía que no iba a sonsacarle nada más. Pero había percibido en su actitud una leve tensión que sólo pudo producirle lo que acababa de leer. Se guardó sus propios pensamientos...

Casi no hablaron durante el regreso a dónde habían dejado el automóvil. Vieron pasar hacia Ivonand el pequeño autocar de los españoles. Por lo demás, todo era placidez y hallaron el vehículo tal y como lo habían dejado.

—Parece que en efecto consiguió despistarlos...

—De no haber sido así, nos habrían prevenido. Tengo a un amigo cerca desde antes de que llegásemos aquí. Y también tengo hambre, la excursión me abrió el apetito. ¿Qué tal si nos quedamos a cenar en Cronay? Quiero lucirlo debidamente y ponerles dientes largos a las demás mujeres.

—Por mi parte no tengo ningún inconveniente, es usted quien dirige la operación.

De nuevo ella volvió a sonreírle.

—Adorable compañero... Voy a sentirlo de veras cuando esto termine y debemos decirnos adiós.

Cronay es como todos los pequeños pueblecillos montañeros suizos, con eso está hecho su panegírico. Naturalmente, tenía su correspondiente Aubergue dónde, naturalmente, todo el servicio era italiano o español. El dueño, no, era alemán, aunque casado con una nativa del lugar. La cocina, clásica y excelente, la clientela más bien escasa. Pero, como de costumbre en tales lugares, uno podía sentirse a gusto, relajar el sistema nervioso...

—Es un verdadero placer sentarse a contemplar la puesta del sol en estos pequeños valles suizos —comentó Dora mientras, cómodamente arrellanados en sus butacas, miraban el magnífico

resplandor del cielo. Ante ellos estaban las tazas con excelente café, no menos excelente leche y azúcar cubana legítima. Sus estómagos — al menos el de Gaillard —sentíanse llenos y agradecidos, el coñac rebrillaba como oro antiguo en las copas. Una cinta magnetofónica desgranaba vales vieneses y música típica suiza en tono bajo—. Pero para poder apreciarlo, saborearlo, como es debido se necesitan dos cosas; alma de artista y llevar una vida muy agitada que no suele dejar tiempo a la contemplatividad.

Estaba del todo estirada, sus flacas, huesudas piernas casi completamente al descubierto, su liso pecho hundido entre sus huesudos hombros, su fea cara medio oculta por su espléndida cabellera, que había soltado poco antes, al irse al tocador de señoras. Una extraordinaria mezcla de anti-belleza y gracia femeninas y de femenina seducción. Gaillard no le quitaba ojo y asintió:

—En efecto. Y también conviene tener al lado a una mujer como usted.

Dora le miró de reojo y sonrió.

—¿Como yo, Roger?

—Seguro. Cuando se está junto a una beldad por el estilo de su prima Haydèe uno no mira a los crepúsculos. Y las beldades de ese tipo suelen carecer de espiritualidad, cultura, inteligencia y seducción.

—¿Seducción?

—La que usted posee, sí. Condenada mujer, es como una araña y, sin embargo, uno llega a sentirse a su lado increíblemente a gusto.

—Como una araña... —No había amargura, ni nada parecido, en la voz o la mirada de Dora Vásquez—. Una araña de largas patas, hábil tejedora de sutiles redes en las que quedan atrapados los insectos que constituyen su comida...

—Y también las gotas de rocío, para formar al alba maravillosas joyas. Hay que tenerlo todo en cuenta.

Ella lo miraba con fijeza. Imposible adivinar sus pensamientos.

—Me agrada lo que ha dicho, Roger —dijo en tono suave—. Sí, de veras, me complace que me compare a una araña, tanto en lo físico como en lo moral. Porque usted sabe lo que conoce cualquier aficionado a la Botánica y la Zoología, las arañas son feas, incluso

repulsivas a la vista, pero no malignas.

—Animalitos sumamente útiles, puesto que se alimentan de insectos casi siempre dañinos para la agricultura... Dora, usted es una adorable araña de fascinante fealdad.

Lo dijo cálidamente y además le cogió una mano, apretándosela. Ella reaccionó con una presión viva, nerviosa, mientras también la mirada se le volvía brillante y cálida.

—Y usted es un bicho de lo más peligroso, Roger —repuso—. Peligrosísimo para una chica fea, desgarrada y romántica. Si sigue por ese camino no voy a tener salvación. ¿Qué tal se le da el buceo nocturno en aguas frías?

Gaillard respingó y olvidó de golpe el romanticismo.

—¿Buceo nocturno en aguas frías? —repitió, provocando otra de las especiales sonrisas de Dora Vásquez.

—Es nuestra próxima tarea. Hay que recoger el siguiente fragmento del *puzzle* y, como nativa de un país tropical, detesto cordialmente las frías aguas de los lagos alpinos, luego le toca a usted.

## CAPÍTULO XI

Las luces de las poblaciones costeras rielaban sobre las tranquilas aguas del lago de Neuchâtel. Dentro de los innumerables chalets, villas y cottages que festoneaban las orillas del lago las gentes que los habitaban estaban cenando, o distrayéndose de diversas maneras. Afuera solía ser todo paz.

Dora Vásquez y Roger Gaillard llegaron sin novedad a la orilla. Estaban exactamente junto a la salediza roca desde donde solía pescar el hombre al que pocos días antes asesinaran de un certero balazo.

Naturalmente, a aquella hora, casi medianoche, no había nadie por los alrededores. Un viento más bien fresco no contribuía a hacer grato el paseo, unido a la humedad proveniente del lago, del que también surgía una neblina fría. El agua chapoteaba despacio contra la orilla.

Habían dejado el automóvil de Dora en la carretera y ahora ellos dos se acurrucaron junto a la roca. Dora habló en tono bajo y claro:

—Métase despacio en el agua, por si hubiera alguien cerca que no pueda oír nada. Nade hacia la punta de la roca y entonces encienda la linterna. Lo que buscamos ha de estar en el fondo, perpendicularmente al vértice de la roca. Desnúdese y lo frotaré con aceite.

Gaillard obedeció. La temperatura ambiente era de unos diez grados sobre cero y la del agua debía ser de varios menos, todo un agradable chapuzón, Dora había adquirido en Yvonand un frasco de aceite especial para buceadores y ahora se lo esparció por todo el cuerpo hábilmente con sus ágiles manos. Mientras, Gaillard se entonó por dentro con un par de trago de coñac traído en un caneco. Luego tomó la linterna eléctrica especial que trajeran también y gruñó:

—Que se divierta aquí afuera...

—Brrrr... Me dan escalofríos de pensar cómo estará el agua. Dese prisa, no vaya a cogerme una pulmonía.

El agua estaba como para brincar. Pero Gaillard entró paso a paso hasta que el helor le llegó al estómago. Entonces se zambulló silenciosamente y nadó contorneando la roca.

Aquel endemoniado de Morâes era a no dudarlo un tío listo y astuto de verdad. Porque ni al padre de todos los sabuesos se le habría podido imaginar que parte del *puzzle* que daría al completarlo la clave para encontrar los dichosos documentos por tantos buscados a cualquier precio se encontraba precisamente dentro de una lata de conservas caída accidentalmente en el fondo del lago, debajo de la roca donde el presunto Morâes acostumbraba a ponerse a diario a pescar y filosofar. Condenado bribón...

Encendió la linterna y se hundió rápidamente hacia el fondo. No podía entretenerse demasiado en aquella agua frígida sin exponerse a un contratiempo...

El dardo luminoso atravesó las claras aguas, alcanzó la roca y descendió a lo largo de su espinazo frontal hacia el fondo, allí de casi cinco metros.

En el fondo había de todo lo que suele haber en el fondo del agua de los lagos europeos. También varias herrumbrosas, corroídas, latas de conservas más o menos cubiertas por el fango y la vegetación subacuática. Pececillos desconcertados acudían al señuelo del rayo luminoso y escapaban veloces ante la para ellos enorme sombra peligrosa que lo manejaba...

Allí estaba. Una simple lata de conservas, sólo que herméticamente cerrada e incrustada hábilmente en el fango al pie de la roca, de modo que sobresalía del mismo la mitad. Ni el mismo diablo habría imaginado...

Tomándola, salió hacia arriba con vigoroso pataleo, al tiempo que apagaba la linterna, y una vez en la superficie nadó vigorosamente hacia la orilla, donde ya lo esperaba Dora Vásquez con una gruesa toalla de baño.

—Aquí está. ¡Brrrr!

—Tome, frótese bien y reaccionará.

Gaillard no se hizo de rogar y luego se vistió a toda prisa, tras terminar con el resto del coñac que había en el caneco. Mientras tanto, Dora utilizaba un abrelatas diestramente. En la reinante

oscuridad, él no pudo ver lo que sacaba del bote, aunque podía imaginárselo.

—Espero que sea el último pedazo...

—No lo creo. Vámonos, si está listo.

Retornaron al automóvil. Dora se había guardado lo que sacó del bote y ahora tomó el volante, sonriendo a Gaillard, que estaba aún morado de frío.

—Creo que por el momento han terminado sus tareas, Roger. Se ganó un buen descanso.

—Dígame dónde. En estos momentos debe haber un montón de tipos cargados de malas intenciones rastreándome por toda esta región.

—Y nosotros no nos quedaremos en ella. Elija, Lausanne, Berna o Ginebra.

—¿Qué me aconseja usted?

—Para esta noche, un hotelito en las afueras de Morges. Podemos llegar allí en poco más de una hora. Lo he alquilado para un mes y confío en que el matrimonio de cuidadores no opinen demasiado mal de mi integridad moral cuando por la mañana le descubran dentro.

—No quisiera causarle trastornos...

—Ninguno, querido Roger, de verdad. Hay cuatro dormitorios, de modo que puede encerrarse en el suyo tranquilamente a descansar.

Era una magnífica conductora y además tenía una bonita voz, muy entonada, un estilo grato y especial para entonar canciones típicas de su país. Sentado a su lado y reaccionando rápidamente entre el calor del vehículo y el coñac, Roger Gaillard díjose que por el momento todo parecía ir muy bien. Ojalá no se torcieran las cosas en seguida...

Atravesaron Iverdon, sumido en la calma de la medianoche, y tomaron la carretera de Lausana a razonable velocidad. Gaillard no perdía de vista la retaguardia, pero no parecían estar siendo seguidos. En cualquier caso, Dora Vásquez sin duda arregló muy bien las cosas. Quedaba por ver cómo se las arreglaría para meterlo en el cubil del lobo... y sacarlo con vida de allí.

Antes de llegar a Lausanne torcieron a su derecha y atravesaron un pequeño río, continuando durante algunos kilómetros hacia el

Oeste y acercándose al lago Léman, que era cual un enorme espejo negro festoneado de gemas rutilantes. Un poco antes de entrar en Morges, Dora se metió por un camino lateral y se detuvo delante de una villa pequeña, con pequeño y cuidado jardín.

—Llegamos. Un momento.

Apeándose, fue a abrir la verja de entrada al jardín y luego llevó al coche despacio hasta el pequeño garaje. La casa estaba del todo silenciosa y a oscuras.

Era una villa como tantas y tantas en Suiza, para alquilar a gentes con dinero y ganas de paz en un bello paisaje. Los muebles y el decorado, de serie, dando el pastiche típico. Dora le sonrió, mientras entraban en el saloncito de la planta baja.

—Nadie va a venir a molestarnos aquí esta noche, Roger. Alquilé la villa por medio de una agencia y a nombre supuesto, naturalmente. De manera oficial ando de un lado para otro satisfaciendo mis excentricidades y fantasías al modo en mi usual. Me cabe la satisfacción de que nadie me haya sospechado mezclada en este juego, ventajas de ser tan escandalosamente fea y chiflada. ¿Le apetece una especialidad de mi patria? Es algo realmente explosivo, sólo para hombres de pelo en pecho. Afirman que quien puede aguantarlo es capaz de resistir ya cualquier cosa, desde el ataque de un tiburón hasta la poligamia; y tengo fama de saber prepararlo como nadie.

—Con tales antecedentes, ¿quién se niega? ¿No va a examinar el último mensaje?

—Tenemos tiempo sobrado. Primero lo primero. Póngase cómodo mientras preparo mi Chula china.

—Vaya nombrecito...

Gaillard se acomodó en uno de los sillones y contempló el trajín de Dora en el bar, pequeño pero bien surtido. Estaba preguntándose muchas cosas y totalmente alerta, porque no podía ser todo tan bueno y bonito...

Dora terminó de arreglar su preparado y lo batió con fuerza, luego llenó dos copas de las de agua con el resultado. Tenía una tonalidad verdosa clara, ligeramente lechosa, y a las narices de Gaillard llegó el olor inconfundible de la menta, pero sabía que también entraban en la mezcla el ron de caña, el tequila y un endemoniado aguardiente típico de las tierras calientes y selváticas

de Esperanza, en cuya composición entraban determinadas yerbas sólo conocidas de los indios.

Dora le tendió la suya con su picante sonrisa.

—Entre mis muchas abominables costumbres está la de beber como un cosaco —dijo—. Al menos eso opinan muchas mujeres de mi país. A ver qué le parece...

Entraba suave, casi dulce y estallaba dentro... Después de hacer algunas muecas, Gaillard reencontró su voz, aunque ahogada.

—Demonios... Esto es... dinamita pura... Buffff...

—Ya se lo dije, para hombres de pelo en pecho.

Ella era mujer, aunque al pronto resultara difícil discernirlo, y lo trasegaba como si tal cosa. El amor propio de Gaillard se sublevó contra aquel reto.

¿Cómo sucedió? En un momento determinado estaba del todo consciente y sereno, contemplando el feo y fascinante rostro de su colega y sus ojos chispeantes de amistoso desafío burlón, preguntándose cuándo se proponía ella examinar el último fragmento del *puzzle* de Morães...

Y en otro momento determinado se halló tumbado cómodamente en el amplio sofá de factura típica del país, cubierto con una manta y mirando incrédulamente al frente. Incrédulamente porque entraba un estupendo sol por la ventana entreabierta.

Por lo demás, su cerebro estaba razonablemente despejado, incluso más de lo que a veces, y sin mediar ninguna rareza, le ocurría al despertarse. Pero era día claro y su último recuerdo claro, consciente, pertenecía a una hora alrededor de las dos de la madrugada...

Sentóse en el sofá y, maquinalmente, miró a su muñeca. Entonces respingó, emitiendo un juramento; porque el reloj marcaba las diez y cuarto de la mañana.

La casa estaba en total silencio. Una rápida inspección le demostró que se encontraba totalmente solo. Ninguna cama había sido deshecha. Dora Vásquez se la jugó lindamente...

Estaba repleto de ira y malhumor cuando abandonó el chalet. A la esplendorosa luz mañanera todo tenía rientes perspectivas, pero él no se entretuvo con la belleza del paisaje. Tenía que moverse aprisa, aunque dudaba de conseguir otra cosa que un humillante fracaso, indigno de su historial...

Morges es otro de esos pulcrísimos y bonitos pueblos suizos que se asemejan unos a otros como hermanos gemelos. La empleada de la centralilla telefónica, una sólida muchacha suiza de discutible belleza y tierno corazón...

El jefe de Roger Gaillard un hombre comprensivo, pero áspero como un membrillo a medio madurar y muy gráfico en sus afirmaciones.

Gaillard fue a tomarse un pisolabis a un cercano café. Y estaba terminándolo cuando se le acercó el camarero español que servía las mesas.

—Perdone, señor. ¿Se llama usted Gaillard?

Gaillard se lo quedó mirando con fijeza, listo para todo.

—Supongamos que sí. ¿Y qué?

—Ah, yo no sé. Me encargaron entregarle esto...

Era una carta, mejor dicho, cartita, inconfundiblemente perfumada.

«A las doce en punto, tome su aperitivo en el café que hay frente a la casa donde Gibbons terminó de escribir DECLIVE Y CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO».

Anónima. No para él...

## CAPÍTULO XII

Que bella es Lausana, ¿verdad? Desde su maravillosa catedral, donde hasta se puede perdonar el que aquel inmenso aburrido, aquel reseco de alma que se llamó Calvin, perorara sus interminables teología, hasta sus cuidadísimos paseos a las orillas del Flon son Europa, una Europa que, si no tuviera otro merecimientos, le bastaría con ciudades así para probar su primacía estético-espiritual directamente heredada de la Hélade. No en balde siempre ha sido preferida por los genios y los grandes cerebros.

Ahora, que no nacen ni una cosa ni otra, pues que se llama genio solamente a cualquier obstruso inventor de máquinas apocalípticas o meramente genocidas, cuando no a un compositor de música *beat*, y a los mayores cerebros, si se les saca de sus superespecialización son unos verdaderos zoquetes en los restantes campos del conocimiento —no digamos ya en la verdadera metafísica—, Lausanne, como otras ciudades hermosas, ha descendido en la proporción de las grandes hetairas antaño favorecidas de reyes y grandes hombres que para subsistir deben exhibirse, como una Lola Montes cualquiera, en circos y *music-halls* a la curiosidad entre morbosa y ramplona de la masa ignora o incluso admitir en su intimidad a un fabricante de calcetines, como ejemplo de personalidad importante de la época.

Roger Gaillard, que era un espíritu selecto y, como buen francés de París, un intelectual en potencia. —¡Oh, Francia, elegida por las Musas! ¿Dónde, fuera de tus fronteras, un pensionado de Cayena, un pupilo de todos los reformatorios, una ramera, pueden probar cualquier buen día ser nada menos que magníficos escritores, dónde? En otros países, para que le acepten a uno el apelativo debe forzosamente seguir todos los cursos universitarios-disciplinario-administrativos o nunca pasará de ser, a lo sumo, considerado un bigardo presuntuoso e inmoral, sospechoso de protervas y nefandas

intenciones— estaba pensando tal cosa mientras paladeaba un excelente pastis sentado a un velador de la pequeña terraza que tiene el pequeño bar estratégicamente situado frente a la vieja casa donde el más grande de los historiadores anglosajones terminó su *Opus Magnum* —con perdón y respeto— hace casi dos siglos. Sólo en una ciudad verdaderamente civilizada puede ser negocio un bar situado frente a la casa donde vivió o murió, o simplemente trabajó por un tiempo, un hombre ilustre...

Se le había pasado lo bastante el enfado, tanto como para apreciar el vivo contraste entre el camarero —italiano— del bar y el grupo —norteamericano— que descendía de un autocar rutilante guiado por un cicerone español de la empresa turística nazi. El primero le había servido su pastis con un *alacre* y punzante comentario acerca de la casa de enfrente, su antiguo inquilino y sus actuales visitantes. Luego dijo que él era de Gaeta y había vivido en Siracusa, eso explicaba muchas cosas. Por su parte, el español cicerone entró a tomarse un blanco mientras su rebaño tomaba fotografías del edificio y cambió con el camarero unas palabras cargadas de sal mediterránea en esa lengua franca hoy tan extendida.

—No tienen ni idea de lo que ven y hasta sospecho que tampoco lo ven. Les cuentes lo que les cuentes se lo tragan, ya que lo único que les interesa de verdad es el coñac y sus afines. Pero de cultura, peor que los analfabetos de mi pueblo...

Era una buena transacción. Unos tenían moneda fuerte en abundancia, los otros sabiduría vieja. No era Europa quién salía ganando más.

—Le digo a usted, señor, que es europeo y me entiende. Las fábricas de Detroit o Chicago no pueden levantar una catedral como la de aquí, ni hay computadora electrónica capaz de pintar la Gioconda...

¿Dónde había oído él eso? Daba lo mismo, las grandes verdades son internacionales, como las grandes aventuras.

Y ahora la vio salir. Tan estrafalariamente vestida, tan abominablemente carente de atractivos físicos, que hasta las poquísimas agraciadas damas del grupo yanqui tuvieron miradas de asombro para ella. Difícilmente hubiera podido superarla una de esas solteronas anglosajonas que son de antología...

Ni se inmutó. Traía, por si fuera poco, un horrendo animal todo pelos en brazos y atravesó por entre la admiración enemiga como Cleopatra por las calles de Roma. De pronto se paró y chilló, de tal modo que la atención general siguió instantáneamente a sus palabras:

—¡Oh, Dios de bondad! ¡Pero si es Roger, mi adorable Roger!

En determinadas ocasiones también a un agente secreto se le pueden encender las orejas. Ahora le pasó a Roger Gaillard, que se sintió del todo incómodo bajo las miradas y sonrisas de cuántos presenciaron la jocosa escena.

Porque Dora Vásquez se le llegó con un ridículo contoneo de sus más que magras caderas caminando sobre tacones que semejaban una continuación de sus largas y flacas piernas, y siguió alborotando con un cacareo indecoroso:

—¡Querido Roger, qué alegría, pero que gran alegría! ¡Déjame que te bese, granuja...! No debería perdonártelo, me dejaste plantada el otro día... ¡Hummm... Hummm!

Y por si algo faltaba, el engendro peludo, quizá sintiendo celos, comenzó a ladrar atipladamente y hasta hizo ademán de morderle.

Sofocado y azorado como un colegial ante tanta impudicia, Gaillard suplicó ahogadamente:

—Compasión, por favor...

Ella debía estar divirtiéndose de lo lindo. Bastaba con verle los ojos.

—Eres un bandido, un perfecto miserable, cherí. Pero te adoro, oh, sí, te adoro... ¿Conoces a mi prima Clara María Frago? Éste es Roger Gaillard, Clara María. Un verdadero encanto de hombre, pero te aconsejo que no te fíes absolutamente nada de él, es perverso y peligroso...

Clara María Frago era menos estupenda que su hermana Haydèe, pero no mucho menos. Eso sí, más joven, sólo contaba veintidós años. Había estado contemplando la escena entre divertida, incómoda y curiosa de él, ahora le tendió la mano y lo saludó cordialmente.

Pero Dora estaba lanzada, en plena representación.

—Dinos la verdad ahora mismito, seguro que estás esperando a alguna de tus conquistas, ¿eh? Granuja, más que granuja... Ya sé que el otro día te largaste con una divorciada...

Gaillard ya había descubierto al par de tipos bien trajeados, morenos, fuertes y jóvenes que salieron de la casa de Gibbons poco detrás de ambas mujeres y permanecían haciéndose los desentendidos junto a ella. Hizo una mueca y juró por todos los santos hallarse simplemente de reposo.

—Tú sabes que no soy ese tipo de hombre, Dora. Además, me senté a descansar un rato, tomarme una copa de pastis y disfrutar de la temperatura y la animación de la calle...

—De caza, granuja, de caza al ojeo. Si te conoceré... Anda, vente con nosotras, tú conoces muy bien la ciudad y debes saber dónde hay lugares realmente excitantes...

—Dora, por Dios, tu amigo pensará que lo estamos raptando.

—¡Tú no le conoces! Y con lo guapa que eres, ya estará pensando en embaucarte.

Sencillamente arrolladora, perfecta magnífica... Gaillard debió quitarse, metafóricamente, el sombrero ante ella. Y poco después los tres caminaban, él a la izquierda de la hija menor del hombre al que pretendía llevar a la muerte y que, a su vez, sin duda había dado órdenes de liquidarlo a la primera oportunidad, hacia el suntuoso «Bentley» color plata estacionado a corta distancia y cuyo chófer tenía más bien aspecto de ser un buen perro de presa. Naturalmente, detrás venía aquella otra pareja de lobos...

Durante algo más de una hora no le dio Dora la menor ocasión de un aparte. Tampoco él lo intentó, sabía que el juego lo llevaba ella y que el menor desliz por su parte podría resultarle fatal. Luego, Dora dijo:

—Te vienes con nosotras a almorzar a la finca de mi tío.

De modo que era aquello. Condenada mujer...

Clara María Fragozo parecía a la vez divertida y halagada, lo primero por la conducta de su prima, lo segundo por la de Gaillard hacia ella.

—Me temo que no tendrá otro remedio sino aceptar, señor Gaillard. Cuando a Dora se le mete algo en la cabeza...

Gaillard sentíase como si lo introdujeran desnudo en un estanque lleno de cocodrilos hambrientos, pero hizo de tripas corazón.

—Ya conozco a Dora. Pero quizás a su padre de usted no le resulte grata mi irrupción.

—Tú no conoces a mi tío y has leído demasiados periódicos franceses, Roger. Ahora verás.

Aquél era un «Bentley». Ellos tres iban holgadamente en el asiento posterior, entre otras razones por la esquelética delgadez de Dora, sentada en medio. Alargó la mano y abrió un compartimiento en la parte de atrás del asiento delantero, tomó el teléfono del color de la tapicería y pidió:

—Soy Dora Vásquez, póngame con mi tío.

Su prima sonreía, divertida. Gaillard estaba simplemente dándose a todos los diablos por aquella nueva encerrona. Dora le guiñó un ojo con picardía y luego habló.

—Hola, tío. Escucha, me he encontrado a un querido amigo, Clara María y yo le llevamos a almorzar ahí, ¿te importa...? Se llama Roger Gaillard... No le conoces, es un tipazo y además se da la gran vida, totalmente vagabundo e independiente... No, no es un *play-boy* al uso. A mí me chifla, pero es que encima de estar estupendísimo tiene inteligencia y cultura, ya sabes que no soporto a los Apolos rellenos de serrín...

Clara María Fragozo estaba conteniendo la risa a duras penas. Gaillard creía recordar que la muchacha estaba clasificada como de inteligencia algo menos que mediana, presumida, coqueta, superficial y, desde luego, totalmente ajena a las siniestras hazañas de su padre, una típica representante femenina de la tercera generación. Era un alivio...

Dora colgó y volvió a guiñarle un ojo a Gaillard. Naturalmente, todo eso no lo veía el chófer, los Fragozo mantenían aislada su intimidad. Había un cristal especial de separación entre ambos asientos, desde el posterior podía verse todo claramente, pero desde el delantero nada del de atrás, quedaba opaco. Y lo mismo sucedía con la acústica. Además, todos los vehículos de la familia eran blindados. Eso lo sabía Gaillard por diversos conductos.

—Todo arreglado, cherí. Mi tío no tiene ningún inconveniente en que nos acompañes a la mesa.

Así de sencillo... Gaillard hubiera querido estrangularla y se lo dejó entrever en la mirada, pero no le causó ningún efecto, salvo, tal vez, el de aumentar su diversión.

Y ahora tenía que meterse, sin preparación previa, en la boca del lobo...

Que sabía perfectamente quién era él.  
Toda una risueña perspectiva.

## CAPÍTULO XIII

El dictador exiliado poseía una de esas fincas que sólo pueden adquirir los dictadores en exilio. Exactamente un kilómetro cuadrado de terreno cuidadosamente escogido, de forma que ningún excelente tirador pudiera, desde un punto exterior cualquiera, disparar sobre el propietario mientras disfrutaba de su bien ganado reposo y las ganancias de sus años de lucha y poder.

En este caso, la villa —un verdadero pequeño palacio de treinta habitaciones— ocupaba la falda meridional de un otero densamente arbolado, dando vista a un pequeño lago de propiedad privada, un tercio de cuyo perímetro quedaba dentro de la finca. Todo lo demás era parque, un hermoso viñado...

Un alto y recio tapial de algo más de tres kilómetros de longitud rodeaba la propiedad privada. Su parte superior estaba electrificada, no con la suficiente potencia para matar a un intruso, pero sí para aturdirlo. También había una instalación de alarma adosada a aquel muro. Los ingenuos conseguían eludir ambas fácilmente...

Y solían caer en la astuta trampa tendida unos metros más al interior de la propiedad privada. Una red potentemente electrificada, servida por un generador especial situado en los sótanos de la casa y hábilmente situada de forma que de día resultaba invisible, podía convertir en carbón a cualquier imprudente temerario. Otra red de alarma, conectada con un circuito cerrado de televisión, cubría toda la finca y, también, los alrededores inmediatos; estaba equipada con aparatos de luz infrarroja y toda una serie de adelantos tecnológicos, prácticamente convertía a la finca en invulnerable y era controlada desde una habitación de los sótanos, día y noche, por especialistas de absoluta confianza del exdictador.

Una docena de asesinos implacables, potentemente armados y

cuya lealtad había sido puesta muchas veces a prueba, pagados regimiento, vigilaban día y noche la finca, bajo las más apacibles apariencias. Con ellos media docena de feroces y bien adiestrados perros pastores alemanes, capaces de degollar a un hombre de una dentellada. Otros seis de aquellos individuos formaban ostensiblemente la guardia de corps del exdictador. Luego había el consabido servicio normal... cada uno de cuyos componentes, mujeres incluidas, era tan peligroso como un tigre con dolor de muelas.

Naturalmente, casi ninguno de todos aquellos hombres y mujeres figuraban como nativos de Esperanza. La mayoría eran oficialmente ciudadanos de distintos países ribereños del Mediterráneo, venidos a la acogedora y liberal Suiza a ganar buenos sueldos en empleos serviles. Nunca alborotaban, no se emborrachaban, trataban a las buenas gentes del país con absoluta corrección y procuraban pasar desapercibidos...

El gobierno suizo es muy estricto y quisquilloso con los refugiados políticos. Pero cuando un refugiado político dispone de varios cientos de millones de dólares sólidamente situados en los Bancos de cualquier país, se suele hacer la vista gorda a ciertas actividades suyas de defensa propia, considerándolas lógicas. En todo hay clases. Y además, desde siempre el general Frago se había distinguido por su habilidad para escamotear cadáveres molestos. Ahora los servicios secretos, por ejemplo, calculaban en un par de docenas los visitantes clandestinos de la finca de reposo del exdictador que habían sido diluidos totalmente en ácido en determinada habitación subterránea. Tal vez andaban cortos.

Y eso, para un agente secreto de un país notoriamente culpable del derrocamiento fulminante del general Frago, que se disponía a entrar en su finca sin más armas que una triste «Beretta» especial del 9 corto, resultaba francamente desasosegante.

La finca del general hallábase en algún lugar al norte de la pequeña población de Savigny, lejos de toda ruta frecuentada, en un país de lo más hermoso y bucólico, aislado y tranquilo. Gaillard sabía que desde que llegaron a corta distancia de la única entrada oficial, una cámara de televisión estaba siguiendo su avance, automáticamente. También que no tardarían en detectar su pistola. Ni una sola vez tuvo la oportunidad de desembarazarse de ella...

Y ahora, una de las manos de Dora estaba haciéndole cosquillas.

Le bastó un intercambio de miradas para comprender. La de ella apuntó un instante hacia el piso del vehículo, debajo del asiento delantero. Luego, al punto donde él llevaba la pistola. Inmediatamente se volvió a su prima y le pidió un cigarrillo, asegurando haber terminado con los suyos.

Mientras Clara María se inclinaba ligeramente a abrir otro de los múltiples compartimientos del vehículo y sacar cigarrillos, Dora se movió de modo que le ocultó la visión de Gaillard. Veloz, éste sacó su pistola y la tiró entre sus pies, listos para recibirla y sujetarla. Luego, con la punta del zapato derecho presionó en el lugar justo que le indicara la mirada de Dora, mientras su pie izquierdo, tras depositar en el piso la pistola, ocultábala a la vista de Clara María Fragoso.

A la presión de su zapato algo cedió con suavidad. Había un hueco debajo del asiento del chófer. Su pie izquierdo empujó despacio la pistola y la metió allí dentro. No hubo ruidos ni dificultades. Dora estaba medio dándole la espalda y encendiendo el cigarrillo, sin dejarle ver nada a su prima.

Otro tanteo y la placa metálica forrada se cerró con la misma suavidad. Gaillard respiró con alivio y asintió al volvérselo Dora.

—Sí, gracias, dame uno...

La enorme verja de hierro forjado se abrió por sí sola cuando el coche llegó a ella. Detrás había una graciosa casa de guarda y un par de guardas que no tenían nada de graciosos, los cuales saludaron a su paso. Tras ellos entró el coche con los guardaespaldas y la pesada verja se cerró. Estaba atrapado...

Menuda finca, la del general Fragoso... El sueño de todo tirano para una tranquila vejez. El «Bentley» rodó pausadamente por sobre gravilla de senderos exquisitamente cuidados, flanqueó magníficos macizos de plantas y flores, estanques con bordes de mármol, rotondas y parterres, una cancha de tenis... Había una piscina casi de dimensiones olímpicas, totalmente cinematográfica, y otras maravillas que sólo quienes tienen demasiado dinero pueden costearse.

La casa era magnífica, sin paliativos. Pero también la clase de vivienda que un hombre sin gusto prepararía para su vejez. Demasiada riqueza detonante, demasiados detalles brutalmente

evidenciadores de que la educación estética y la cultura del propietario no sobrepasaba gran cosa el nivel de un suboficial de caballería. Sin embargo, allí había muebles, tapices, objetos, verdaderamente artísticos dejando aparte su valor intrínseco. Eso obedecía a las influencias de las hijas y los yernos del tirano. Otros, sin lugar a dudas, denotaban los gustos peculiares de su esposa, una antigua señorita de la baja clase media de Esperanza, educada en un convento de monjas y casada a los diecisiete años con un capitán de treinta, hijo de un comandante que comenzó su carrera como soldado raso y aprendió a leer y escribir en el cuartel.

Un mayordomo imponente, una doncella realmente impresionante... Las aficiones del general Fragoso eran bien conocidas en su país y fuera de él. Durante muchos años se complació especialmente en humillar y degradar a las mujeres de la mejor sociedad de Esperanza, forzándolas a soportar el peso de su bota para salvar, a las veces, la vida de un ser querido, a las veces la fortuna familiar. Su esposa no pertenecía a la aristocracia, ni mucho menos, pero también soportó muchas humillaciones, sólo que ella lo hizo con resignación de lo más heroica, ya que no hacerlo le habría costado, como poco, la separación y el exilio y se encontraba muy a gusto con aquel abyecto inciensamiento que drogaba cualesquiera reacciones de su conciencia eficazmente. Las hijas, crecidas y alguna incluso nacida en aquel ambiente de adulaciones, servilismo, cobardía y abyección, aisladas eficazmente de todo cuanto pudiera darles la verdadera medida de las realidades, se habían deformado moral y espiritualmente de distintos modos. La mayor, por ejemplo, era un paradigma de vicios cuidadosamente tapados hasta que el padre fue derrocado. La cuarta, una epileptoide extraordinariamente gruesa, de cerebro infantil, había desviado su libido hacia los placeres del estómago y aledaños. La tercera, o sea la esposa de Morães, era la favorita de su padre y también quien más disgustos le dio siempre, la única con su temperamento, hasta cierto punto. Clara María, la más joven, semejava de todas la más apacible y vulgar. La hija segunda coleccionaba joyas, maridos, muñecas antiguas, y vivía casi entregada a los astrólogos, fabricantes de horóscopos y otros embaucadores por el estilo. El propio exdictador solía decir, cuando se sinceraba, que Dios lo había castigado dándole cinco hijas y ningún hijo legítimo.

Haydèe Fragoso fue precisamente quien salió a recibirles. Estaba abrumadoramente guapa y sin duda se había vestido adrede para la ceremonia. La mirada que dirigió a Gaillard era como una daga, pero su sonrisa y sus palabras fueron cordiales.

—Tanto me había hablado Dora de usted que ya tenía ganas de conocerle...

Luego llegaron la madre, gorda, ajada, avejentada, vulgar, engreída y enojada con exceso, y la supergorda Flor Celeste con su cara de angelote guapo y estúpido. Dora sorprendió a Gaillard una vez más al demostrarle que era capaz de ofender a sus primas en su propia casa con toda desvergüenza.

—A Flor Celeste le sobra toda la carne que me falta a mí y bastante más, de forma que ella por exceso y yo por defecto, nunca veremos a un hombre enamorado de nosotras.

Sin duda la consideraban el bufón de la familia. Cuando por fin el ogro apareció, Gaillard, que estaba alerta como nunca, vio el súbito, fugaz y duro centelleo en las negras pupilas de Dora Vásquez, pudo escuchar otro de sus incisivos ataques verbales.

—Y aquí llega el superhombre. De todos modos pierde mucho sin su uniforme constelado de condecoraciones. Hola, tío. ¿Qué te parece mi amigo, exageré?

Roger Gaillard había visto en persona al general Fragoso por última vez tres años antes, cuando aún era el omnipotente dictador de Esperanza. Entonces le vio de lejos, rodeado por su densa escolta de perros de presa, embutido en uno de sus extravagantes uniformes, dirigiéndose a una de aquellas rimbombantes ceremonias de auto endiosamiento entre los clamores frenéticos y no en todos los casos preparados de una muchedumbre que en su mayor parte no llenaba el estómago dos días de cada tres.

Ahora el punzante comentario de Dora Vásquez se le hizo patente con crudeza. Tenía delante a un hombre de sesenta y dos años prematuramente avejentado, grueso, más bien fofa, con la cara manchada y repulsiva, trajeado como un hombre de negocios norteamericano de vacaciones. Un hombre de sesenta y dos años que había gobernado casi veinte a su país y sobre cuya negra conciencia pesaban millares de asesinatos...

Mirado más de cerca, el tirano causaba más repulsión que miedo, pero también una extraña fascinación. Sólo en sus ojos había

vitalidad, dureza implacable unida a una astucia de zorro viejo. Crueldad, en la boca, pero virilidad, energía, en ninguna parte, ni siquiera en la chillona voz. No obstante, aquel hombre era uno de los más siniestros tiranos de la historia de Iberoamérica...

Tendió su mano a Gaillard de modo desmayado y su mismo saludo fue fríamente cordial, forzada su sonrisa.

—Mi sobrina Dora está falta de unos cuantos tornillos, pero es también divertida y chispeante...

—Como un antiguo bufón. Por eso me toleras y me llamas a tu lado cuando te aburres —fue la insolente respuesta—. Yo te detesto cordialmente y procuro rebajarte la bilis, limpiarte un poco de abyectos inciensamientos. Eso hace que nos llevemos bien. Te anticipo que Roger me conoce lo bastante para que no le hagan mella vuestras opiniones sobre mi persona. Es todo un galante caballero francés y encima sabe arreglárselas para que mis arrebatos no lo coloquen en la ingrata necesidad de recordarme que carezco de todo atractivo erótico para un hombre normal.

La esposa del dictador exiliado hizo uno de aquellos aspavientos tan clásicos entre las damas de tiempos idos y las educadas en colegios religiosos de antaño; Flor Celeste rompió a reír de modo escandaloso, que hacía moverse el enorme volumen de sus senos y barriga del modo obsceno de un antiguo ídolo, se le saltaron las lágrimas y acabó dándole hipo; Clara María afirmó entre risas que su prima era feroz y Haydée se limitó a remacharlo con suave frialdad un tanto desdeñosa. El exdictador, por su parte, apenas sonreía. Y tampoco quitaba ojo a Gaillard, que sentíase como dentro de un pozo de serpientes...

## CAPÍTULO XIV

Fue una verdadera pesadilla aquel almuerzo. Gaillard lo tomó entre Dora y Clara María, teniendo a Haydèe enfrente. Por todas partes había silenciosos y eficientes criados. Dora siguió oficiando de bufón. Qué desagradables eran las risas de Flor Celeste... aunque muchísimo menos que la fría mirada del general. Por cierto, éste apenas comía. Según se le burló Dora, su estómago estaba demasiado podrido para soportar comidas normales. Gaillard observó, con asombro, que a él no sólo no parecía molestarle, sino que le complacía el fustigamiento de su sobrina. La generala era insulsa, insoportable y vacía. Haydèe, silenciosa...

Y luego, el general lo invitó a conocer su colección de armas antiguas.

—Estoy seguro de que le gustará...

Gaillard lo había estado esperando. Asintió y dejaron a las señoras a sus anchas. Un frío letal, ingrato, recorría la espalda del agente secreto mientras acompañaba a su anfitrión ahora. Y el frío se le volvió erizamiento cuando vio al hombre alto que esperaba junto a la entrada del museo privado de Fragoso.

Porque aquel hombre había estado noches atrás en la cabaña de pescadores dónde le torturaron. Tenía una voz metálica...

La colección del general era magnífica, sin duda. Y sin duda un pretexto, como no tardó en advertirle Fragoso con su fría voz de timbre chillón.

—Ha sido usted muy hábil, señor Gaillard, al embaucar a la chiflada de mi sobrina despertando sus instintos eróticos y usándola como llave para abrir las puertas de mi casa. Le felicito.

Gaillard sabía que su vida, ahora, no valía un centavo. Y deseaba conservarla, naturalmente. Sonrió apenas. Sentía la presencia del otro individuo a su espalda como la punta de un puñal.

—Trato de cumplir lo mejor posible con las tareas que se me encomiendan, general —repuso despacio midiendo sus palabras. Fragoso permaneció impasible.

—Eso supongo. Y que ha venido con una misión específica. Bien, dígamelo.

—¿Decirle, qué?

Hubo un centelleo maligno en los ojos del general.

—No me agrada el juego, señor Gaillard. Y por sí no lo sabe, le diré que está más cerca de la muerte que nunca en su vida.

—Eso no lo dudo. Y usted comprenderá que nunca habría venido a no tener segura la salida de esta trampa.

Se entrecerraron los ojos de Fragoso. Un poco nada más.

—Así que la tiene segura...

—Juzgue usted. Soy una de las dos únicas personas en el mundo, aparte de su yerno, que saben dónde están los documentos que a usted tanto le interesan.

—¿Cuál es la oferta, Gaillard?

—De momento no lo sé. Sólo vine a advertirle que los tenemos y que serán inútiles cualesquiera intentos suyos para conseguirlos por sus métodos habituales. Están muy a buen recaudo, yo no he de acercarme ni a muchos kilómetros de ellos hasta que este asunto se cierre y luego, la verdad, no veo la razón para que envíe a sus asesinos a liquidarme. Después de todo sólo soy un subordinado que se limita a cumplir órdenes.

—Tiene usted coraje. Y sangre fría. Y muy buena suerte. ¿Cómo escapó la otra noche?

—Porque tengo mucha suerte. Y buenos, eficientes camaradas. Eso ya es historia, general, ¿no le parece?

—Sí... Estévez, sírvanos un coñac. Me gustan los hombres valerosos señor Gaillard, pero más si saben ser prudentes. Usted rechazó una oferta de mi hija Haydèe por un millón de dólares...

—No la rechacé.

—¿No?

—Sólo le pedí tiempo para reflexionar. Siempre puede encontrarse un mejor postor en una subasta, ¿no le parece, general? Y yo soy muy prudente.

El exdictador esbozó una sonrisa sin alegría. Llegaba Estévez con las dos copas de coñac en una bandeja de plata repujada. Copas de

cristal de Sajonia, perfectas, y coñac con tres cuartos de siglo de vejez, oloroso...

—Paladéelo, señor Gaillard. Vale la pena...

La valía. Y su vida seguía sin valer un centavo.

—Voy a hacerle una oferta, señor Gaillard. Una sola, y no admitiré chalaneos. Entrégume esos documentos, dígame dónde se esconde mi yerno y bajo qué disfraz, y yo le pondré a su nombre, en el Banco que elija, cinco millones de dólares. Pero tiene que decidirlo en doce horas. Y eso significa, exactamente, que puede vivir tranquilo y feliz durante muchos años... o exactamente doce horas y unos pocos minutos. Ya conoce mi fama, señor Gaillard. Piénselo bien.

Haydée Fragoso tenía fuego verde en la mirada cuando lo abordó con una esplendorosa sonrisa. No se veía a Dora por ninguna parte y el general tampoco estaba cerca.

—No acepte ninguna oferta que mi padre le pueda hacer, señor Gaillard. Si me traiciona, si le vende a mi esposo, yo le juro que no vivirá para disfrutar de sus beneficios. Y otra cosa, le quedan dieciséis horas para entregarme esos documentos...

Poco más tarde, al fin, Gaillard logró un aparte con Dora. Ella debía haber estado en algún sitio mientras a él lo acosaban las fieras. Y desde luego, seguía fingiendo a maravilla.

—Si consigo salir vivo de este cubil de tigres, Dora Vásquez, le juro que me las pagará.

—Tranquilícese, usted no corre ningún peligro. ¿Y por qué está tan furioso conmigo?

—¿Aún me lo pregunta? ¿Qué clase de droga traicionera me puso anoche en aquella bebida?

—Desvaría. Sólo fueron los efectos del Chula china en quien lo bebe por primera vez, se lo advertí.

—Es usted una maldita tramposa y embustera, Dora. Pero yo también tengo cartas para jugar, no se le olvide.

—No lo olvido. ¿Va a vender los documentos a mi prima por un millón o a mi tío por más? Lo pagará muy caro si me desenmascara.

—¡Váyase al...!

—Allí iremos los dos por la vía directa y cruel como mi tío sospeche nuestras verdaderas relaciones.

—No hay cuidado. Usted es una maravillosa comediante... y

sabe jugar muy bien este juego. ¿Cuál es el próximo movimiento, si lo puedo conocer?

—Volvemos juntos a Lausanne dentro de media hora. Nuestra tarea ha concluido.

—¿Concluido? ¿Quiere decir que ya tiene todas las piezas del *puzzle*?

—Sí.

—Ya. Anoche se aprovechó de mi ingenuidad para drogarme y buscar solita el último pedazo...

—El penúltimo. El último lo acabo de recoger.

Gaillard pegó un respingo sin poderlo evitar.

—Bromea, ¿verdad?

Con una de sus cálidas sonrisas y más acusado que nunca el fino collar de arruguillas alrededor de sus ojos chispeantes, Dora Vásquez denegó:

—En absoluto, Roger. Julio Augusto es genial, simplemente. E hizo algo genial... Pero ahora dígame algo gracioso, o ingenioso, porque llega mi prima Haydèe y está muy alerta. No vayamos a estropearlo todo en el último instante.

Así era. Llegaba Haydèe Fragoso y no hubo modo de continuar con aquella conversación porque no tardaron en reunírseles de nuevo el general y su esposa, aparte de que estaban demasiado cerca siempre los guardaespaldas vigilantes...

Gaillard sentíase por completo aturdido. ¿Sería posible que Dora le hubiese dicho la verdad, que Morães hubiera ocultado la última y decisiva parte del *puzzle* precisamente en la protegidísima finca de su peligrosísimo suegro? Resultaba demasiado fantástico para tragárselo...

Media hora después, en efecto, el y Dora despidiéronse de los Fragoso y abandonaron la finca del exdictador en uno de sus magníficos automóviles... conducido por uno de sus hombres y con otro sentado a su lado en el asiento delantero. Pero aquel automóvil carecía de cristal separatorio y no podían, por lo tanto, conversar sino de trivialidades, así que debió resignarse a esperar.

Fue, simplemente, un milagro lo que sucedió...

Estaban alcanzando la desembocadura de la pequeña carretera de Savigny con la que desde Lausanne va por el valle del Broye a Payenne, cuando advirtieron la presencia de una pequeña furgoneta

al parecer allí detenida por avería. Dos hombres vulgarmente vestidos estaban manipulándola, uno debajo del vehículo y sin mostrar otra cosa sino sus pantalones y botas, el otro moviéndose y diciéndole algo. Miraron hacia ellos y el que iba junto al conductor comentó con disgusto que iban a tener dificultades de maniobra. En el último instante, Gaillard advirtió algo que alertó de golpe su cerebro, crispándole el sistema nervioso...

Pero no hubo tiempo a nada. Estaban maniobrando para pasar por el costado de la furgoneta cuando ésta pareció desintegrarse en diez mil fragmentos mientras un potente estallido rasgaba los tímpanos de Gaillard y escuchaba la voz vibrante de Dora Vásquez:

—¡Agáchese!

Todo fue demasiado rápido, su consciencia de mortal e insoslayable peligro, su acción de encogerse en el asiento echándose hacia Dora, notar cómo ella abría la portezuela donde apenas instantes antes pusiera la mano súbitamente crispada...

Luego algo brutal lo golpeó, haciéndole perder la consciencia de todo.

Al recuperar la consciencia hallóse tendido sobre la áspera tierra, bajo un roble. Tenía sangre en la cara, eso lo notó en seguida, también su pierna derecha entumecida y violentos dolores subiéndole desde ella a juntársele con otros semejantes en el costado. El lado derecho del cráneo también le dolía como mil diablos y la sangre le cegaba un ojo, el de aquel lado.

Alentó ansiosamente y miró, aturdido, a su alrededor. Dos hombres con expresiones ansiosas y preocupadas, dos desconocidos vestidos vulgarmente, estaban inclinados sobre él y el de más edad lo interpelló:

—¿Cómo se siente?

—Mal... ¿Y... la mujer que me acompañaba?

—Está malherida, ya se la han llevado en un coche... Ha sido tremendo, vimos la explosión y creímos que habían lanzado una bomba...

—Debió estallar algo dentro de la furgoneta cuando ustedes estaban pasando. Los dos que iban en el asiento delantero de su coche recibieron el impacto de lleno y quedaron casi destrozados, ha sido horrible... También han muerto los que había en la furgoneta...

El se acababa de salvar. De puro milagro, algo casi increíble. Sin duda el tipo que detonó la bomba se puso nervioso, o debió advertir su brusco ademán, y el de Dora, cosa que le hizo precipitar la explosión. Así, él estaba salvado... y Dora también... Dora también...

Volvió a sumirse en la negra y dolorosa inconsciencia.

## CAPÍTULO XV

La noticia venía en la primera página de todos los periódicos, con fotografías de choque.

«FRACASA EL INTENTO DEL DICTADOR FRAGOSO PARA RECUPERAR EL PODER EN ESPERANZA. EL DICTADOR HA MUERTO EN EL COMBATE SUBSIGUIENTE A SU DESEMBARCO, SEGÚN ANUNCIA EL GOBIERNO CONSTITUCIONAL».

Luego venían los detalles, pocos todavía, pero más que suficientes en su conjunto para quien conociera los entretelones de la tragedia.

El general Fragoso se había lanzado a su última aventura. Veinticuatro horas antes, tras volar clandestinamente desde su principesco y bien guardado refugio suizo hasta su país, habíase presentado en la pequeña ciudad costera de Abancay, donde se hallaba de maniobras casualmente un regimiento de infantería motorizada, con algunos carros de combate y alguna artillería, todo al mando del coronel Sigfrido Vacaray, un duro del que ya se conocían su ambición y sus maquinaciones anticonstitucionales. Otro prestigioso coronel, Justo Iglesias, se había sublevado al mismo tiempo en Puerto Alcázar, donde era segundo jefe de la guarnición. Había otros conjurados dispuestos para secundar el alzamiento, pero el Gobierno de Esperanza, al parecer, estaba apercibido de la intentona y había tomado muy bien sus medidas. La aviación permaneció leal, aunque dos o tres docenas de jefes y oficiales tuvieron que ser detenidos en el último momento, apenas si una pequeña parte de la guarnición de Puerto Alcázar secundó al coronel Iglesias, que quedó encerrado en un viejo cuartel, y el grueso del ejército, así como la pequeña fuerza naval, también

restaron leales al Gobierno. El regimiento de Vacaray, con las demás unidades que le acompañaban en las maniobras, un total de escasos tres mil hombres, habíase visto violentamente atacado por la aviación leal desde los primeros momentos, los ataques aéreos desorganizaron su propia acción ofensiva y muy pronto las fuerzas leales le cerraron el paso a la capital del país. Batidos por el aire y enfrentados a dura resistencia terrestre, el viejo dictador y sus adláteres, que habían llegado a reunírsele, así como numerosos partidarios civiles armados, se vieron muy pronto acorralados y trataron de replegarse hacia una región selvática y montañosa cercana. Pero las fuerzas leales, sobre todo la aviación, con sus continuos ataques, no les permitieron la maniobra, ni siquiera pudieron despegarse. Y en el curso de los confusos combates, tanto Fragoso como Vacaray habían muerto...

En su lecho de dolor, con la pierna izquierda escayolada hasta la cadera y heridas de cierta importancia cicatrizando bien, al cabo de veinte días de curas y reposo, Roger Gaillard relejó lentamente aquella información periodística sintiendo una mezcla de profunda satisfacción y leve amargura.

Porque el negocio se terminaba sin haber estado él presente en su final, aunque debía dar gracias al Cielo de que pudiera enterarse de cómo acababa.

Los periódicos apuntaban hipótesis para explicar el Fracaso del dictador. Los más sagaces coincidían en que Fragoso se precipitó y eso le fue fatal. Uno apuntaba la hipótesis de que el bestial atentado contra uno de sus coches, en el que quienes lo prepararon debían pensar que él se encaminaba a Lausana con su esposa o una de sus hijas, cuando en realidad quienes lo ocupaban eran una sobrina suya casualmente de visita en su finca en compañía de cierto *play-boy* francés llamado Gaillard, había sido lo que lanzó al exdictador a la acción sin esperar a que sus planes madurasen del todo...

El, Roger Gaillard, sólo sabía que estaba vivo, aunque le iban a quedar bastantes señales de aquel atentado. Una brecha de ocho centímetros en el cráneo, con seis centímetros de hueso cortado casi por completo, otra herida de catorce centímetros de longitud en la cara externa del muslo derecho, otra de nueve, otra de cinco... y otras menores, en la pierna derecha, con dos fracturas, otra herida seria en el costado, encima de la cadera... Pero estaba vivo y aún no

se lo explicaban cómo quienes investigaron el asunto.

Dora había salido al parecer tan malparada como él mismo. Sólo había que, tras conducirla a toda prisa a una clínica privada, mientras él era llevado por otros samaritanos al hospital general de Lausanne, había desaparecido de la circulación. Al menos sus intentos de comunicarse telefónicamente con ella resultaron del todo infructuosos, no podía aún hablar...

La policía suiza, también un camarada llegado expresamente de París, incluso sus propios padres, éstos atribulados por su desdicha, habíanle contado lo bastante del asunto para que se pudiera hacer una composición de escena; pero algo le decía que no era exactamente la verdad de lo ocurrido. El había notado muy bien la rígida inmovilidad del tipo debajo de la furgoneta, el pánico cervical en los ojos del otro tipo que fingía torpemente estar arreglando algo. Nadie permanece junto a una carga de explosivo sabiendo que va a estallar en cualquier instante, pero aquel tipo estaba, y había sido hecho pedazos por la explosión...

Ahora ya no estaba en el hospital general, sino en una clínica privada, en los alrededores de París. Naturalmente, el Servicio no lo había dejado desamparado y, por otra parte, los suizos tenían grandes deseos de verle fuera de su país, así que en cuanto le practicaron las primeras curas, voló, lejos de la curiosidad de los periodistas y otros tal vez menos inofensivos...

Pasaron ocho días más. En el cuarto de Roger Gaillard se amontonaban los periódicos con informaciones sobre lo ocurrido en Esperanza. Contradictorias informaciones acerca del verdadero curso de los acontecimientos en aquellas veinticuatro horas cruciales para el destino del país, pero coincidentes en lo esencial. Fragoso había muerto...

Ahora mismo estaba con el *Le Monde* en las manos cuando se abrió la puerta. Creyendo que sería la enfermera, no se molestó en dejar la lectura.

—Vaya, tiene buen aspecto, menos mal.

Casi gritó. De veras.

Fea, flaca, adorable... Allí la tenía. El brazo izquierdo en cabestrillo y la hermosa melena negra suelta sobre los hombros, vestida con inesperada discreción, contemplándolo con una abierta y cálida sonrisa, los pequeños ojos chispeantes de malicia... y calor.

Dora Vásquez.

Una alegría irrefrenada lo invadió. Era una cosa loca y absurda...

—¡Santo Dios! ¿De veras es usted?

Dora Vásquez se acercó, sonriente.

—Recién llegada de mi patria para cerciorarme en persona de su estado. Lo dejé tan estropeado que no podía sentirme tranquila.

—Pero... Me han asegurado que estaba muy mal...

—Sólo sufrí una fractura doble de este brazo y pequeñas heridas. Tengo tan poco cuerpo, que resulta difícil acertarme. Ni siquiera perdí el conocimiento, pero me fue imposible quedarme a su lado, era demasiado peligroso para ambos.

—¿Qué fue lo que pasó, Dora? La verdad.

—Nos habían tendido una hermosa encerrona mortal. A nosotros, no a mi tío o a alguien de su familia. Atraparon a un par de desdichados que iban recogiendo leche por las granjas con su camioneta, a uno le sacudieron duro, dejándolo casi muerto, y al otro debieron llevárselo lejos de la furgoneta, asustándolo a fondo mientras preparaban la cosa. Debieron meter una potente carga explosiva dentro de la camioneta, y conectada a un detonador eléctrico, sin que el desdichado aquel lo notara, después pusieron la furgoneta en aquella curva y metieron debajo al que estaba inconsciente, diciendo al otro que debía actuar como si de verdad hubiesen tenido una avería; sin duda le advirtieron que estaban vigilándolo y apuntándole con algún arma, debieron hablarle de modo que imaginó un clásico atentado con ametralladoras y no la realidad. El pobre estaba muy asustado, ¿se dio cuenta?

—Eso, el ademán que hizo mirándonos, y la rara forma de tener los pies el que estaba bajo la furgoneta, me alertó.

—Eso nos salvó, también; y que la carrocería del coche, sin ser totalmente blindada, lo era hasta cierto punto. La carga explosiva debía estallar justo cuando la parte trasera del coche se encontrara a la altura de ella, entonces nos habría destrozado, porque los cristales y la carrocería no habrían resistido. Pero el que debía pulsar el detonador advirtió seguramente el súbito gesto de aquel pobre hombre y temió que nos avisara, se adelantó dos décimas de segundo y fueron el chófer y su acompañante quienes recibieron de lleno la metralla, a nosotros nos valió el asiento delantero de

salvavidas. Y Dios...

Hizo una breve pausa. Habíase sentado con desparpajo en el borde del lecho y miraba como siempre a Gaillard, que estaba sintiéndose absurdamente a gusto.

—Por suerte, mis hombres estaban cerca, aunque no habían descubierto la encerrona. La explosión les alertó y se apresuraron a venir. Los asesinos, a su vez, estaban seguros de habernos liquidado y no se detuvieron a comprobarlo, corrieron a la otra carretera, donde tenían su automóvil, y escaparon hacia Lausanne. Mis amigos me encontraron en bastante buen estado, pero usted estaba bastante mal. Yo no podía entretenerme y con todo el dolor de mi corazón debí dejarlo con dos de ellos mientras el otro me conducía a Lausanne.

De modo que los dos tipos que estaban con él cuando recobró el conocimiento... Gaillard suspiró. E inquirió:

—¿Por qué tenía tanta prisa? ¿Para saber quién nos preparó la trampa o para ir a por los documentos antes de que su prima y Morâes se anticiparan?

Dora ensanchó la sonrisa.

—Cree conocer ya todo el juego, ¿verdad, Roger?

—Me parece que sí. Estuve sirviendo de ratón todo el tiempo pero a usted también se la jugaron, después de todo...

—No. Es cierto que a usted se le asignó el muy incómodo papel de cebo para todos cuantos andaban detrás de esos documentos, pero ocurrió algo el día de nuestro encuentro que cambió mucho el plan. En cuanto a que al final me la hayan jugado... no, no ha sido así. Usted cree que desde un principio yo actué de acuerdo con mi prima y con Julio Augusto...

—Y que me hicieron danzar de un lado para otro atrayendo golpes mientras entre los tres le preparaban a Fragoso la tumba y el desastre, sí.

—Haydèe jamás hubiera hecho eso a su padre. Y Julio Augusto ama a su esposa demasiado para mezclarla en el asunto. Por eso, y no por otra cosa, hizo lo que hizo.

—¿Y qué hizo, si lo puedo saber?

—Julio Augusto es muy hábil, ya se lo dije. Y sabía que jamás su suegro le perdonaría el que lo hubiera traicionado, sabía, también, que Fragoso tenía comprado a un funcionario de los servicios

secretos franceses, aunque ignorara su identidad. Nunca habría logrado sobrevivir bajo el disfraz de Bonnard y necesitaba, por tanto, otro. Pensó en otro...

—En Estévez.

—En Estévez, cierto. Ni siquiera a mí me lo comunicó, sólo trató el asunto con Haydèe, cuyo concurso necesitaba y de cuyo amor y lealtad estaba seguro. El verdadero Estévez, era un fanático de mi tío, que en sus últimos tiempos lo empleó en el extranjero como agente especial bajo pasaporte diplomático. Pero Julio Augusto le conocía tan a fondo como a su propio hermano, incluso habían colaborado durante un tiempo. Lo escogió también porque Estévez, en secreto, estaba enamorado de Haydèe, aunque sin atreverse nunca a nada; eso fue la propia Haydèe quién se lo contó. Así que cuando Julio Augusto se cambió la cara hizo que le pusieran la de Estévez. Tenían parecida contextura, también el color del cabello era idéntico. La dificultad de la voz se subsanó con una cinta magnetofónica y una leve operación en las cuerdas vocales. Estévez sufrió un accidente de automóvil por aquel entonces, en Brasil, y debió pasarse tres meses encamado. Eso mi tío lo supo a su debido tiempo y por eso no le extrañaron los levísimos cambios faciales que pudo advertir en su perro fiel cuando vino a Suiza más tarde. El, que desconfiaba de todo el mundo, más aún al final, no pudo jamás imaginarse que su propio y odiado yerno se ocultaba debajo de aquel rostro de un hombre al que conocía como uno de sus más seguros servidores desde muchos años atrás.

—Desde luego fue una jugada de audacia asombrosa...

—Julio Augusto es así. Y Haydèe supo ser su más perfecta colaboradora, hasta el punto de que entre ambos engañaron a todo el mundo, yo incluida. Pensar en las veces que estuve hablando con él sin sospechar... Mejor dicho, sí que sospeché, pero no la verdad. Sospeché que estaba jugando a varios paños desde el momento en que me insinuó que estaba dispuesto, por mucho dinero, a traicionar a mi tío en favor del gobierno constitucional. El muy ladino me conoce bien y le divirtió el juego...

—Cuando aquella noche vi que les ayudaba a atrapar al tipo que me torturó, y que usted parecía tratarlo como a un viejo amigo, sólo pensé que era un agente doble.

—Sé que regresó sobre sus pasos para espiarnos. Además, lo

esperaba. En todo este tiempo, Roger, nunca he dejado de tutelarlos.

Lo dijo con inusitada calidez. Gaillard suspiró...

—Entonces, todo ese apasionante juego del *puzzle*...

—Verídico desde el principio al fin y sincero también por mi parte. Seguro en su disfraz de piel, y mientras el hombre al que había contratado para embaucar a todos cuantos le buscaban, también a quienes querían protegerle, hacia lo que se supuso él debería hacer y era mantenido bajo discreta, pero cerrada vigilancia por los servicios secretos suyo y mío, Julio Augusto dispuso todo para garantizarse que, en cualquier eventualidad, y lograría llegar, y sólo yo, hasta donde él dejó a buen recaudo los documentos. Tenía que jugar de modo muy sutil, sin dejar un solo cabo suelto. Ni siquiera Haydèe podía conocer todos sus planes, pues no lo habría secundado en llevar a su padre a la muerte. Yo sola debía y podía hacerlo... y me avisó el mismo día que los agentes secretos del país que no deseaba apareciesen a la publicidad los documentos dieron muerte al que todos creían Julio Augusto Morães.

Dio una larga chupada al cigarrillo y prosiguió:

—Lo demás fue un bonito y excitante juego cuyos detalles conoce usted casi por completo. Tuve que drogarlo aquella noche en la villa de Morges, que por cierto estaba alquilada por una buena amiga mía, inglesa que ha vivido algún tiempo en Esperanza y nada tiene que ver con la política. Le dejé allí a salvo y me fui a prepararlo todo, porque el último pedazo del *puzzle* se encontraba oculto exactamente dentro de un ídolo maya de oro puro, una de las más preciadas joyas de mi tío, en su museo particular. Y sólo contadísimas personas teníamos acceso al museo privado de mi tío no estando él presente. Fue así como descubrí que Julio Augusto y Estévez eran la misma persona.

—¿Qué fue del verdadero Estévez?

—Murió, como puede suponer. En un momento determinado, en la misma Lausanne, acompañando a mi prima como su escolta personal. Julio Augusto estaba esperándoles en el lugar más oportuno y todo se hizo en diez minutos. Una inyección de cianuro en las venas, un cambio de ropas, y Estévez continuó siendo el guardaespaldas privado de mi prima. Uno de estos días se sabrá que han contraído matrimonio en una discreta ceremonia. Y muerto mi tío, nadie va a ocuparse demasiado por ellos ni nadie sospechará la

insólita verdad. Se lo merecen, se aman y son muy felices.

—Y su prima no sospecha...

—¿La verdad? No, no puede. Ella siempre ha creído que esos documentos secretos le habían sido robados a su esposo por alguien muy interesado en que su padre volviera a ocupar el poder. Sigue creyéndolo así y es mucho mejor.

—¿Cómo fue el asunto?

—Fácil y sencillo. Pero por poco falla, al menos para nosotros dos. Salvada milagrosamente y en condiciones de actuar, me hice llevar a toda prisa a sitio seguro, una clínica donde todo estaba preparado para emergencias de tal índole. Allí me curaron y se hizo saber a todo el mundo, policía y mi tío incluidos, que mi estado era demasiado grave para hacerme declarar, incluso para recibir visitas. Como cosa excepcional se permitió a mi tío, y a ciertas otras personas, verme tan vendada como una momia y ver un espeluznante cuadro clínico. Eso, ya sabe usted, si sabe prepararse con tiempo es muy eficaz.

—Y tanto...

—Más tarde se hizo el cambiazo. Alguien ocupó mi puesto en la cama de una habitación sumamente guardada y yo, mientras, tomé un helicóptero que me condujo a Zúrich. Allí, en determinado Banco, en una caja fuerte especial cuya clave de apertura yo llevaba, se encontraban los documentos. Los saqué y me fui al aeropuerto internacional. Por el camino me dieron todo lo necesario para salir volando de suiza con una falsa personalidad. Me había roto el brazo practicando deporte de nieve y regresaba a mi casa en México... En México cambié de personalidad y de avión. En mi patria me estaban esperando ya. Entregué los documentos y todo se preparó rápidamente, en absoluto secreto, tendiendo la trampa al exdictador y cuando pensaban renovar los siniestros días del pasado a costa de nuestro pueblo.

—Y se salieron con la suya...

—Como habíamos calculado. En cuanto quien sabíamos que iba a ponerse muy nervioso recibió el aviso de que los documentos iban ya a ser ofertados al mejor postor, la presión sobre mi tío se le hizo intolerable. El, por su parte, sólo tenía una salida de modo que dio órdenes a sus secuaces de acelerar preparativos y anticipar en dos meses la fecha del golpe de fuerza. Les dejamos moverse en la

creencia de que estábamos en el limbo, tendimos tranquilamente la trampa y, en el momento justo, cuando todos se habían metido en ella, la cerramos.

—¿Y no pudo haberse evitado el combate?

—Era absolutamente necesario para romper muchos mitos, el principal, que la inmensa mayoría del pueblo y casi todas las fuerzas armadas respaldaban a mi tío, a la dictadura tiránica y asesina. Así hemos probado al mundo, pero sobre todo al pueblo, que no. Ahora mi patria tiene por delante una larga perspectiva de paz y progreso, eso bien vale unas cuantas vidas.

—¿Cómo cayó Fragoso?

—A él y a Vacaray los destruyó un mismo cohete aéreo cuando trataban de alcanzar la sierra para allí fortificarse y reorganizarse. Muertos ellos, todo se hundió de golpe. Han habido tres docenas de fusilamientos sobre la marcha, que naturalmente se han hecho pasar como muertes en combate o ajusticiamientos en el calor de la lucha.

—¿Estuvo usted presente?

—No me lo podía perder. Se lo había prometido a mi padre.

Suspiró y aplastó el cigarrillo, añadiendo:

—Y éste, Roger, es el fin de Dora Vásquez como agente secreto, conspiradora y mujer de acción. Estoy verdaderamente cansada, muy cansada...

—¿Qué piensa hacer ahora?

—No lo sé. De veras, no lo sé. Han sido tantos años...

—A mí me dan de alta dentro de diez días, me han contado. ¿Qué le parecería una cabaña en lo alto del monte, en los Alpes franceses? Nos llevaríamos provisiones para un mes y no dejaríamos acercarse a nadie.

Dora Vásquez se estremeció y muchas cosas parecieron cambiar en su feo rostro. Muchas... entre ellas el tono de su voz.

—¿Se ha vuelto loco, Roger? ¿Todo un mes allá arriba, a solas conmigo?

Y luego se inclinó sobre él, besándolo como ninguna otra mujer jamás lo había besado.

Como ninguna otra mujer. Mujer...

FIN





Las mejores obras de:  
**"SUSPENSE", ESPIONAJE  
Y POLICIACAS**  
escritas por los mejores  
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos  
colecciones son prueba evidente  
del favor que el público dispen-  
sa a nuestras series populares



---

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)  
**PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.**      Impreso en España

